

JUAN LUIS GALLARDO

OPERACIÓN ALGECIRAS



EMECÉ

ESCRITORES ARGENTINOS

Novelas, cuentos, relatos



Juan Luis Gallardo

OPERACIÓN ALGECIRAS

OPERACIÓN
ALGECIRAS

ENÈCE EDITORES

Juan Luis Gallardo

OPERACIÓN ALGECIRAS

EMECÉ EDITORES

Fotografía del autor: *Hernán Seeber*

Diseño de tapa: *Eduardo Ruiz*

© *Emecé Editores, S.A.*, 1989

Alsina 2062 - Buenos Aires, Argentina

Primera edición en offset: 2.000 ejemplares.

Impreso en Compañía Impresora Argentina S.A., Alsina 2041/49,
Buenos Aires, abril de 1989.

IMPRESO EN LA ARGENTINA - PRINTED IN ARGENTINA

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723.

I.S.B.N.: 950-04-0863-5

11.223

A la memoria de Manfred Schönfeld

ADVERTENCIA

Esta es una novela. Por lo tanto, alguno de los hechos en ella relatados podría no ser real.

J.L.G.

I

—Almirante, ya conoce mi interés por todo lo que se relaciona con la Guerra de las Malvinas, en la cual tuviera Ud. papel tan destacado. Pues bien, durante su transcurso apareció en los diarios una noticia breve, referida a un incidente ocurrido en España y que involucró a presuntos comandos argentinos, que habrían viajado para sabotear Gibraltar. Fuera de esa escueta información, nunca se volvió a mencionar el tema que, habiendo transcurrido casi un lustro desde que concluyeran las acciones en el archipiélago, sigue rodeado de una estricta reserva. Quisiera saber si Ud. puede y quiere contarme algo sobre eso.

Formulé esta pregunta al almirante Jorge Isaac Anaya una tarde de noviembre del año 1986. Anaya era quizá la persona más indicada para suministrarme los datos que buscaba. En representación de su Arma integró la Junta Militar que gobernaba el país durante los combates del Atlántico Sur. Profesional distinguido, se decía de él que siempre soñó con arrebatarse a los británicos las islas de las que éstos se apoderaron en 1833. El general Haig, entonces Secretario de Estado del presidente Reagan y enviado por el mismo a Buenos Aires, en una misión que argentinos y norteamericanos califican de distinto modo, dio reiterados testimonios sobre la firmeza del marino durante las

negociaciones finalmente fallidas. Dentro de la escala de valores admitida por Anaya, el honor de su Patria ocupa lugar muy destacado.

Esa tarde de primavera visité al almirante en el alojamiento que se le destinara dentro de la Escuela de Mecánica de la Armada, que ocupa un amplio solar próximo al límite norte de la capital argentina. Estaba allí en calidad de detenido, habiendo sido condenado por el Tribunal Militar que juzgara la conducta de quienes asumieran responsabilidades relevantes con relación al conflicto. El fallo dictado contra el general Galtieri, el brigadier Lami Dozo y el propio Anaya —miembros de la Junta— fue celebrado en Inglaterra y sordamente resistido por los argentinos, pues la mayoría de éstos considera que el juicio de la Historia será favorable a la decisión extrema de recobrar por las armas el territorio usurpado, agotados los medios pacíficos encaminados a ello. Además —explicaría el almirante—, los incidentes acaecidos en las Islas Georgias del Sur, a principios del otoño de 1982, no dejaron abierta sino la opción bélica; situación ésta que los ingleses comprendieron acabadamente, ya que parte de su flota zarpó hacia el sur el 25 de marzo, vale decir una semana antes que los argentinos ocuparan Puerto Stanley el 2 de abril.

Mi interlocutor es un hombre delgado, moreno, de facciones finas y expresión enérgica. Tiene los ojos claros, de un color extraño. No obstante su exacta cortesía, la resolución de sus gestos hace pensar que una persona prudente procuraría no cruzarse en el camino de Anaya. Por entre las cortinas se filtra el sol, que declina sobre Vicente López, Martínez, San Isidro, los barrios elegantes extendidos junto al Río de la Plata, aguas arriba de la ciudad.

—Puedo y quiero contestarle esa pregunta, señor — me responde el almirante. Y pone énfasis en la palabra señor, al modo como lo hacen los marinos, que así se tratan entre ellos.

II

El Círculo Naval se alza en la esquina que forman la calle Florida y la Avenida Córdoba, en Buenos Aires. Es un edificio finisecular, de estilo francés, con escaleras guarnecidas por barandas que presentan volutas y guirnaldas fundidas en hierro, salones en penumbras donde la boiserie tallada en tableros atenúa conversaciones quedas, óleos representando goletas y tempestades, colecciones de revistas que —en todos los idiomas— tratan temas marineros.

En el último piso se encuentra el comedor y sus ventanas se abren sobre las techumbres vecinas. Por las que dan a la Avenida Córdoba se observa la manzana correspondiente a una vieja construcción que perteneciera al Ferrocarril Pacífico, una empresa británica. Hoy aquélla es administrada por la Secretaría de Cultura de la Nación y las galerías de exposiciones que allí existen se llaman “Malvinas Argentinas”. El nombre fue impuesto durante la guerra del 82 y las autoridades designadas posteriormente no se atrevieron a cambiarlo, por temor a herir los sentimientos de la población.

Comparto la mesa con el almirante Eduardo Morris Girling y con un empresario de edad mediana —cofundador de la Asociación Miembros Honorarios de la Flota de Mar—, que oficiara de nexo para posibilitar el encuentro. Se aproximan las fiestas navideñas y hay poca gente en el comedor del Círculo Naval.

—¿Así que Ud. quiere escribir sobre la Operación Algeciras, señor?— dice el almirante, acentuando también el término señor.

—Eso me propongo. ¿Oficialmente se llamó así, Operación Algeciras, señor? —El trato con marinos me ha ido llevando, inconscientemente, a utilizar su modo de hablar.

Girling era jefe del Servicio Secreto Naval durante la Guerra de las Malvinas. Es alto, sanguíneo, tiene manos grandes y lleva un anillo con el escudo de la Armada. Sus ojos son muy celestes, peina con raya al costado el pelo abundante y completamente blanco. En algún momento comandó la Flota de Mar. Pienso que, por su aspecto, tanto pudo ser gobernador de una posesión colonial británica en el siglo XIX como ganarse la vida caracterizado de Santa Claus. A poco de conocernos me explicó que su bisabuelo era inglés, católico, y que pobló varios campos junto a las vías del Ferrocarril Central Argentino, en Santa Fe y el sur de Córdoba.

—No —contesta Girling—. El operativo nunca tuvo denominación oficial. Pero entre nosotros nos referíamos a él llamándolo de ese modo o, sencillamente, el asunto de Algeciras. En caso de haberlo bautizado, nunca le hubiéramos puesto un nombre tan obvio que, en caso de trascender, habría puesto al enemigo sobre aviso. Le contaré todo aquello que estime prudente contarle.

III

Logré establecer contacto con Jorge Tapia, ex oficial montonero, por medio de un antiguo conocido mío que, cuando ambos desplegábamos una intensa actividad política estudiantil, era dirigente del M.S.U. (Movimiento Sindicalista Universitario). Los avatares de aquellos menesteres llevaron a que coincidiéramos y discrepáramos muchas veces, manteniendo no obstante una cordial relación entre nosotros, que no se alteró al través de los años pese a vernos sólo esporádicamente, ya abogados los dos.

El encuentro tuvo lugar en un restaurant próximo a Tribunales. Ocupamos para almorzar uno de los reservados a manera de boxes con que cuenta el local. Está instalado éste de manera tal que basta entrar para sentirse transportado a alguna cervecería bávara, recubiertas las paredes con madera, una cabeza de ciervo sobre el dintel de la barra, escenas alpinas pintadas al fresco y repisas donde se alínean jarros de peltre ornados por escudos ducales. Gruesas vigas cruzan el cielo raso y, mientras uno camina hacia su mesa, debe saludar habitualmente a gente a quien cabe rol destacado en la vida política, forense, comercial o literaria de la Argentina.

Tapia viste correctamente y se adivina su complexión atlética bajo el traje bien cortado, dentro del cual no parece sin embargo hallarse demasiado cómodo. Tiene cara de aguilucho y algunas canas estrían su pelo castaño, que lle-

va muy corto. Un tic le sacude a veces la comisura izquierda de los labios, que mantiene apretados. Su continente todo delata al hombre de acción, a uno de esos hombres que no cabe imaginar vendiendo corbatas detrás de un mostrador o correteando pólizas de seguros.

Después de estudiada la carta y acordados los platos a pedir, mi amigo reitera a Tapia los motivos de nuestra reunión que, evidentemente, ya le había hecho conocer de antemano. El ex guerrillero no parece entusiasmado con la perspectiva de suministrarme los detalles tras los cuales ando, pero tampoco se resiste terminantemente a ello: de lo contrario no estaría allí.

—¿Está seguro que quiere hablar de eso, doctor? —me pregunta, ensayando algo así como una última defensa para evitar volver sobre el pasado. Y advierto que Tapia ha reemplazado el señor, grato a los marinos, por la mención a mi título profesional.

—Como seguro, estoy seguro. Pero usted es muy dueño de callarse si quiere. Sé que no tengo derecho a complicarle la existencia.

—Está bien, lo ayudaré en lo que pueda. Y espero que se maneje con discreción cuando escriba.

Hablamos durante dos horas y media.

PRIMERA PARTE

Operativo Trini

1 - Operativo Trini

El buzo levantó apenas la cabeza sobre el nivel del agua y observó a su frente. La visión que se le ofreció fue confusa, pues el petróleo que impregna el canal de acceso al Astillero Naval de Río Santiago se había adherido al cristal del visor, tornándolo opaco. Levantó la luneta sobre su frente y, entonces sí, vio el casco de la fragata amarrado a un muelle construido sobre pilotes e intensamente iluminado. Algo menos de medio kilómetro lo separaba del mismo. Detrás suyo, otros dos buzos imitaron sus gestos, casi invisibles en la noche pues el combustible flotante había vuelto más mimético aún el color negro de sus trajes de goma. Realizado el fugaz reconocimiento, los hombres bajaron otra vez sobre sus rostros las lunetas, repitiendo el gesto de un combatiente antiguo que abatiera la visera de su yelmo; aunque tal comparación seguramente no habría gustado a esos tres hombres pues, pertenecientes a la *Organización Montoneros*, renegaban del pasado batiéndose por el futuro: por la conquista de un futuro libre del “imperialismo yanqui” y signado por la impronta socialista.

Eran las diez de la noche del 22 de agosto de 1975, aniversario de la fecha en que efectivos de la Marina argentina, encargados de custodiar el penal de Trelew, en

plena Patagonia, frustraron una fuga de elementos allí detenidos, pertenecientes al ERP y a *Montoneros*, matando a muchos de ellos. En la jerga subversiva aquel suceso fue denominado “masacre de Trelew” y la misión emprendida por los tres buzos configuraba una venganza. El primero de ellos se sumergió nuevamente y siguió avanzando, cerca de la orilla derecha del canal. Los otros lo siguieron.

El Astillero se encuentra frente a la Base que, con el Liceo y la Escuela adyacentes, forman el complejo naval de Río Santiago. De manera que allí se construyen y reparan buques, se forman niños dentro del espíritu de la Armada y, finalmente, cursan sus estudios quienes serán luego oficiales de la Marina argentina. Tal complejo se halla bien al sureste de Buenos Aires y muy próximo al Río de la Plata, con el cual se comunica por medio del afluente que le otorga nombre. Su cauce separa al astillero de las demás instalaciones, construido aquél sobre la margen derecha con relación a un espectador que, desde la desembocadura, mirara corriente arriba. Un canal transversal convierte en isla la porción de tierra que forma la ribera izquierda. Es una isla anegadiza, con alguna vegetación natural, orlada por juncas.

En el Astillero se construía la fragata *ARA Santísima Trinidad*, bajo licencia adquirida a Gran Bretaña. Concluido el casco, fue botado y amarrado a un muelle para dotarlo de sus circuitos eléctricos y electrónicos.

En noviembre de 1974, la *Organización Montoneros* (o, sencillamente, *La Orga*, tal como era conocida familiarmente entre sus adherentes) constituyó un equipo de

buzos tácticos, destinado a combatir contra la Armada argentina. Lo mandaba un guerrillero que detentaba grado de oficial, llamado Arturo Lewinger.

Los integrantes del grupo estudiaron las diversas acciones subacuáticas llevadas a cabo durante la Segunda Guerra Mundial, se sometieron a un riguroso entrenamiento, acopiaron 500 kgs de explosivos, construyeron un bote desarmable y se proveyeron con equipos de buceo, compuestos por trajes, *patas de rana* y visores.

El material de demolición que habría de emplearse en la primera operación consistió en dos cargas de 85 kgs. de *gelamón* cada una, que se activarían mediante espoletas retardadas. Para transportar las cargas bajo el agua se les adosaron flotadores, regulables mediante válvulas.

En mayo de 1975, el equipo estaba listo para entrar en acción.

Ese mes, durante el asalto a una estación policial en Mar del Plata, fue abatido Lewinger. Su puesto lo ocupó Jorge Tapia, otro oficial montonero experimentado, quien nadaba ahora al frente de sus compañeros, junto a la orilla del canal de acceso a Río Santiago.

Tapia había nacido veintisiete años antes en el barrio porteño de Núñez, no lejos del estadio de River Plate, cuya imagen se difundiría a lo ancho y a lo largo del planeta cuando, en 1978, la Selección argentina de fútbol ganó el Campeonato Mundial en medio del entusiasmo popular, imponiéndose en el partido final a los holandeses por 3 a 1.

Su padre era un español esforzado, que arribara al país en calidad de inmigrante, sin una peseta en el bolsillo. Trabajó con ahínco en los menesteres más modestos, lle-

gando a dormir tras el mostrador del almacén donde, durante el día, repartía mercaderías en bicicleta. Ya adulto, completó la instrucción primaria, concurriendo a un colegio nocturno. Adquirió luego algunas habilidades en una herrería suburbana y, asociado a un compatriota, instaló por fin su pequeño taller de metalurgia en un galponcito alquilado. Tal fue el origen de la firma *Tapia y Londeiro S.A.* que, con el correr del tiempo, llegaría a transformarse en una pujante empresa, cuyas acciones se cotizaban con firmeza en la Bolsa de Valores.

Casado con la hija de un italiano llegado al Plata por la misma época que él, don Secundino Tapia tuvo cuatro hijos, dos varones y dos mujeres. Jorge fue el menor de los varones y tercero en la escala que conformaban los Tapia Ballinotti. La vida resultó fácil para el muchacho. Su padre consideró en efecto que las privaciones que sufriera resultaban suficientes para toda la familia y resolvió no negar nada a sus hijos, nacidos cuando ya don Secundino empezaba a consolidar una excelente posición económica.

Concurrió Jorge a una escuela paga; hizo su Primera Comunión, luego de aprender un catecismo enseñado con desgano; en motocicleta propia acudió a las clases del bachillerato, vistiendo el saco verde, con escudo en el bolsillo superior, que distinguía a los alumnos del colegio más elegante de la ciudad; se inició precozmente en la vida nocturna y, dueño de su automóvil —regalo de don Secundino— ingresó a la Facultad de Derecho sin hacer el servicio militar, del cual se exceptuara gracias a los buenos oficios de un médico que, previo trato con su padre, lo declarara inapto pese a su salud envidiable.

Durante esos años regalados, la única actividad que demandó esfuerzo a Jorge fue la natación, que practicó entusiastamente, llegando a competir en 400 metros libres y

obteniendo buenas marcas en diversas confrontaciones inter-clubs. Con toda naturalidad tal afición lo llevó a incursionar en la pesca submarina y así, siempre holgado de fondos, viajó a distintas partes del mundo donde, arpón en mano, extrajo de las profundidades variadas y numerosas piezas.

Con el ingreso en la Facultad, la vida de Jorge Tapia comenzó a cambiar, sutil y progresivamente. Había caído hacía poco el gobierno del general Juan Carlos Onganía, un militar parco y rectilíneo que pretendió modernizar la Argentina, otorgando eficacia al Estado y proyectando variar a largo plazo las formas de representación popular. Lo sucedió fugazmente el general Levingston que, a su vez, fue desplazado por el general Lanusse, responsable del movimiento que derrocara a Onganía. Durante la gestión de Lanusse entró nuevamente en ebullición la actividad política, congelada mientras sus predecesores ocuparan la presidencia. Al orden sucedió el desorden; al silencio, la algazara. Lanusse inició secretas tratativas con Perón, exiliado en España. Fracasadas éstas, lo desafió a volver, utilizando una bravata que le costó cara: Perón volvió. Volvió, permaneció un tiempo y regresó a Madrid, manejando desde allí los hilos de una hábil jugada en la que Lanusse terminó enredado, presa fácil para el viejo caudillo.

Todos estos acontecimientos repercutieron, obviamente, en la Universidad. Y, parte integrante de ella, también lo hicieron en la Facultad de Derecho, donde Jorge recién ingresara. Los claustros apacibles se vieron conmovidos por enfrentamientos de facciones antagónicas. En los pasillos y en las paredes de las aulas aparecieron inscripciones que gritaban lemas cada vez más violentos. A las innúmeras agrupaciones estudiantiles de izquierda, que

surgían como hongos, se sumaron dos organizaciones armadas cuyo ámbito de acción excedía en mucho el campo universitario: ERP definitivamente marxista-leninista, y *Montoneros*, nacida de las filas del *progresismo* católico y que, pese a su formal filiación peronista revolucionaria, coincidía con la praxis marxista del ERP. *Montoneros* apareció en escena secuestrando al general Aramburu, ex presidente de la República, el cual fue luego asesinado en la localidad de Timote, provincia de Buenos Aires.

El coraje es un atributo que se desarrolla mediante su ejercicio. Y que, a lo largo de una existencia muelle, Jorge Tapia casi no había puesto a prueba, salvo para superar algún riesgo propio de la pesca submarina o al terciar, con varios tragos de más, en alguna pendencia de cabaret. Por lo tanto, se sintió realmente atemorizado cuando, en un rincón de la Facultad, fue cercado por varios activistas cuya militancia en *Montoneros* conocía. Y, consecuentemente, accedió a la invitación que, sin formular amenazas explícitas, le hicieron ese día.

Acudió a la primera reunión presa de sentimientos encontrados. Por un lado, cierto temor lo estremecía, traducándose en una cosquilla serpentiforme que a ratos le recorría la espina dorsal; por otro, le atrajo el sabor de la aventura, que se le hiciera presente en la cautela con que se le transmitieran las señas del lugar donde debía concurrir, en la exigencia de reserva absoluta y en la contraseña que había de memorizar para que se le franqueara la entrada al local. El contenido del mensaje que allí escuchara luego lo dejó, en cambio, relativamente indiferente, reteniendo apenas las diatribas dirigidas contra el imperialismo norteamericano, la casta militar y los capitalistas explotadores. Respecto a estos últimos, al intentar concretarlos en imágenes, recordó inesperadamente a su pa-

dre, rechazando tal asociación de ideas como un mal pensamiento. Salió no obstante de la reunión con una misión a cumplir, que *Montoneros* le confiaba y en cuya realización no podía fallar. Fue así cómo tiró los primeros volantes de *La Orga* en varias aulas de la Facultad y fijó en las paredes de ésta los primeros carteles que pegaría cumpliendo órdenes precisas.

El proceso de succión a que fue sometido Tapia tuvo un desarrollo rápido. De las *volanteadas* iniciales pasó a formar parte de un piquete que impidió a profesores —declarados “indeseables” por *Montoneros*— proseguir dictando clase. Después pintó leyendas en los frentes, ya fuera de la Facultad, mediante las cuales se incitaba a la rebelión armada. Integró más tarde el grupo que bloqueó la entrada a una fábrica, donde se prolongaba cierta huelga alentada por la guerrilla.

Mientras colaboraba de hecho con la *Organización*, sin haber terminado de prestar un consentimiento expreso a la ideología que sustentaba las acciones emprendidas, se proseguía metódicamente la labor de adoctrinamiento emprendida a su respecto. Recibía ininterrumpidas clases teóricas que iban depositando en su espíritu una creciente animadversión hacia el orden establecido e incorporaban a su lenguaje un arsenal de *slogans*, que le proporcionaban respuestas dialécticas para las discusiones en que se veía envuelto cuando, cada vez con mayor frecuencia, deslizaba acres observaciones referidas a los usos y costumbres del que, hasta poco tiempo antes, fuera su propio medio. A medida que se completaba el adoctrinamiento recibido, la imagen de su padre iba adquiriendo para él un aspecto más odioso. Llegó así un momento en que, luego de ofrecerse como voluntario para ello, integró el *Comité de Agitación y Lucha* que llevó al paro el establecimiento me-

talúrgico de la firma *Tapia y Londeiro S.A.*

Cuando, en cumplimiento de una orden que, a la vez, significaba una prueba decisiva, mató a un agente de policía por la espalda, Jorge Tapia alcanzó un punto sin retorno en su militancia y, adquirida la categoría de combatiente, pasó a la clandestinidad.

El comando montonero, compuesto por seis hombres al mando de Tapia, llegó al punto establecido de la costa a las 21:00. Dos de sus integrantes quedaron allí, dentro del vehículo que los transportaba y provistos de un *walkie-talkie*. Los otros armaron el bote y se embarcaron hacia su objetivo. Se ponía en marcha el *Operativo Trini*.¹

La noche era clara, más clara de lo deseable. Numerosas estrellas tachonaban el cielo limpio y una ligera brisa ondulaba los juncales de la ribera. A las 21:45 los ocupantes del bote alcanzaron el P.P.A. (*Punto de Partida para el Ataque*), sobre la margen izquierda del canal. Allí quedó la pequeña embarcación a cargo de uno de ellos, equipado con otro W.T. y una metralleta PAM. Sus tres compañeros se enfundaron en los trajes de buceo y, transportando las dos cargas de *gelamón*, cruzaron a nado el canal para, al abrigo de la orilla derecha, avanzar hacia el muelle donde se hallaba amarrada la *Santísima Trinidad*, setecientos metros aguas arriba.

A poco de continuar el avance, Tapia advirtió que uno de sus compañeros se retrasaba. Nadó hasta él, ob-

1. La *Organización Montoneros* denominaba habitualmente sus operaciones con nombres de mujer.

servando que la carga de explosivos que transportaba se iba a pique, por haberse atascado una de las válvulas del flotador que la mantenía equilibrada, apenas bajo la superficie. Fueron inútiles los esfuerzos realizados para rescatarla, de manera que, finalmente, Jorge resolvió dejar que se hundiera, abandonándola en el fondo fangoso del canal. No debían perder tiempo y, de todos modos, con la otra carga bastaba y sobraba para hundir dos acorazados.

Al entrar en la zona vívidamente iluminada por los reflectores continuaron nadando sumergidos, apenas impulsados por el suave batido de las *patas de rana*. Alcanzaron finalmente la protección del muelle y, tomados de los pilotes que lo sustentaban, practicaron una última inspección.

Los buzos habían emergido a la altura de la Sala de Máquinas del buque. Arriba, sobre ellos, se oían voces de los centinelas apostados.

—Che ¿no oíste un ruido raro?

—Yo no oí nada.

—Serán ideas mías no más.

Jorge buscó alguna saliente, grampa o aleta, en el casco del navío, para fijar allí la carga. Las planchas de acero se sucedían, lisas, pulidas. Decidió entonces atar la masa de *gelamón* a un pilote, próximo al barco y debajo de su línea de flotación. Concluida la tarea, reguló el detonador para que la explosión se produjera dos horas después. Luego, los tres hombres se alejaron, nadando en silencio.

A las 2:35 del 23 de agosto de 1975, el estallido de un poderoso explosivo abrió una amplia brecha en el casco de la fragata *ARA Santísima Trinidad*, durante su cons-

trucción. Ese rumbo hizo que la nave se hundiera, aunque la escasa profundidad de las aguas en que flotaba determinara que pronto tocara fondo. Su reparación y terminación insumirían todo un año de trabajos.

2 - La guerra sucia

Un Ford Falcon verde circulaba hacia el norte, por la Ruta Panamericana. No era casual que los pequeños focos que deberían iluminar su patente se hubieran averiado ambos, resultando imposible identificar el vehículo. Dentro viajaban cuatro hombres, que tampoco era posible reconocer en la oscuridad de la noche.

Sin embargo, cuando los altos faroles que flanquean la autopista alumbraban a intervalos regulares el interior del automóvil, podía advertirse que sus tripulantes llevaban camisas idénticas, de color azul grisáceo, desprovistas de toda identificación, y que, de la cintura para abajo, su indumentaria eran sendos uniformes de combate. Los que viajaban en el asiento trasero portaban escopetas *Itaka*, de repetición. El que guiaba estaba armado con una metralleta *Uzi* cobrada al ERP como botín de guerra, mientras el oficial sentado a su derecha llevaba simplemente una pistola *Colt*, calibre 45, metida en el cinturón, sin funda. Sobre el piso descansaban cuatro cascos de acero.

El teniente de corbeta Facundo Chilavert era quien comandaba el grupo que, en ese momento, se aproximaba a toda velocidad al lugar donde la Ruta Panamericana atraviesa bajo nivel la Avenida Márquez, bifurcándose en dos

ramales: uno se dirige hacia Pilar y el otro conduce hasta El Tigre.

—¿Por dónde tomo? —preguntó el conductor.

—Siga hacia Pilar —respondió Chilavert—. Podríamos subir a la derecha y bordear el SIC² para tomar Sucre, pero ahí arriba hay un puesto de la policía provincial. Y aunque hayamos pedido *zona franca* más vale evitar complicaciones.

Zona franca era la solicitud que las distintas Fuerzas comprometidas en la lucha antsubversiva cursaban para evitar posibles interferencias durante el desarrollo de determinados operativos.

El Falcon enfiló por el ramal de la izquierda. Facundo observó la esfera de su reloj, tenuemente luminosa: eran las 03:27 y, aunque estaban en pleno verano, aún faltaba mucho para que comenzara a despuntar el alba del 11 de enero de 1978.

—Ahora suba y doble por Juan de San Martín a la derecha, despacio —ordenó Chilavert.

La familia de Facundo Chilavert tenía antiguo arraigo en la Argentina. Si bien, por vías colaterales, empalmaba con algún conquistador del siglo XVII, su antecesor más notorio era el coronel Martiniano Chilavert, uno de los jefes del ejército de Juan Manuel de Rosas, fusilado después de la batalla de Caseros por orden del vencedor. Tales antecedentes influyeron sin duda para teñir a los descendientes del coronel ejecutado con un color político definido y para que el joven teniente de corbeta fuera bautizado Facundo.

2. San Isidro Club.

Según suele ocurrir cuando en una familia alguien abraza la carrera de las armas, la de Chilavert contó con muchos militares en sus generaciones sucesivas. Coronel fue el padre de Facundo, almirante un tío segundo suyo, sargento mayor expedicionario al desierto su bisabuelo, tenía un primo vicecomodoro de Aeronáutica y otro capitán del Ejército. Eso sin contar un par de milicianos, cuya sangre llevaba y que combatieran en los regimientos organizados para la defensa de Buenos Aires, cuando las invasiones inglesas de 1806 y 1807, amén de cierto guerrero de la Independencia que ocupaba un gajo secundario de su árbol genealógico.

Nada extraño resultó, entonces, que el joven Facundo ingresara un día al Liceo Naval, continuando sus estudios en la Escuela respectiva para graduarse al fin de guardiamarina, en 1973.

Concluida la vuelta al mundo a bordo de la fragata *Libertad*, Chilavert regresó a su país, que vivía épocas de gran conmoción.

Luego de jaquear políticamente al general Lanusse, Juan Domingo Perón impulsó hacia un éxito electoral aplastante la fórmula Cámpora-Solano Lima, reservándose para sí el papel de mentor supremo del nuevo gobierno y líder indiscutido del movimiento triunfador, al cual nunca gustó de llamar partido.

Las cosas se complicaron sin embargo, a poco de iniciar su gestión las nuevas autoridades. Una temprana amnistía, arrancada al Congreso por presión de las organizaciones guerrilleras, determinó se pusiera en libertad a todos los elementos pertenecientes a ellas que habían caído presos. Por convicción o terror, diputados y senadores aprobaron el proyecto velozmente y gran cantidad de activistas, duchos en asaltos, secuestros y atentados, ganaron

la calle incluso antes de aprobarse la ley respectiva, pues las puertas de las cárceles se abrieron sin aguardar que se completara el trámite de su sanción. La medida, naturalmente, desalentó a quienes se manifestaban partidarios de combatir la subversión armada con métodos legales y alarmó a jueces y fiscales que habían intervenido en procesos seguidos contra los terroristas que, ahora, retornaban a la acción. Tal alarma resultó justificada, pues muchos de esos funcionarios serían asesinados por aquellos a los que condenaran en el pasado reciente.

Los presidentes marxistas de Cuba y Chile —Dorticós y Allende— especialmente invitados concurrieron a la asunción del nuevo gobierno, que fue tomando un acentuado tinte izquierdista. Se sucedieron las ocupaciones de fábricas y edificios públicos por parte de operarios y empleados que, para ello, contaban con el apoyo de las escuadras irregulares. Hubo usurpaciones de propiedades privadas y ningún miembro de las Fuerzas Armadas pudo salir vistiendo uniforme, ya que eran vejados de palabra y de hecho. Se sucedieron los asaltos a cuarteles y destacamentos policiales, aumentaron los secuestros extorsivos que proveían de fondos a ERP y *Montoneros*, así como también a grupos armados de menor cuantía como FAP y FAR. A las concentraciones peronistas —multitudinarias— acudía *Montoneros* con banderas y pancartas, cubiertos por máscaras sus militantes y férreamente encuadradas sus columnas numerosas.

Perón, mientras tanto, observaba preocupado los sucesos. Es verdad que, desde su exilio, alentó la guerrilla, a cuyas organizaciones denominara eufemísticamente *formaciones especiales*. Pero no es lo mismo actuar en la oposición y desde el extranjero que junto al gobierno y dentro del país. En su anterior situación, el anciano líder

se preocupó tan sólo por sumar adhesiones a su causa y apoyar a cuantos pudieran, de cualquier manera, deteriorar a sus adversarios políticos. Ahora, en cambio, había llegado el momento de seleccionar los aliados y discriminar los apoyos. Sobre todo, había llegado el momento de restablecer el orden, ya que el caos resulta idóneo para carcomer las bases en que se sustenta cualquier gobierno, echándolo por tierra. Esto, con dos agravantes: el gobierno amenazado por el caos era peronista y, en última instancia, Perón era un hombre de orden, un militar de carrera, un lector de César, de Clausewitz, de Spengler y Mussolini.

Con motivo de su regreso definitivo, instaladas las autoridades electas, ya se planteó a Perón la disyuntiva como una opción férrea. El acto de recepción organizado en Ezeiza, junto al aeropuerto internacional donde arribaría, amén de reunir densas muchedumbres que se alinearón en el trayecto que habría de recorrer el caudillo, convocó también a elementos de signo opuesto dentro del peronismo, perfectamente armados y adiestrados: la izquierda revolucionaria, con fuerte influencia marxista, nucleada en *Montoneros*, y la derecha de extracción nacionalista que, en la emergencia, se aglutinó junto al coronel Osinde, a cargo de quien estuvo la custodia del acto. Aquello terminó en una batalla campal, subrayada por el tableteo de las ametralladoras, viéndose Perón libre de verse envuelto en ella gracias a un aviso oportuno, en virtud del cual la máquina que lo traía no aterrizó en Ezeiza sino en la base militar de Morón. Al caer la tarde de ese día sangriento, Perón habló al país por TV: su decisión de hacerlo vistiendo uniforme de teniente general del Ejército resultó por sí una definición clarísima.

La izquierda peronista, sin embargo, no pareció ente-

rarse de tan claro mensaje: siguió viviendo a Perón, siguió ganando posiciones en el gobierno de Cámpora, siguió con las armas en la mano. Y entró en abierto conflicto con las organizaciones gremiales, columna vertebral del movimiento, cuyos dirigentes —formados en el nacionalismo— resistieron siempre la infiltración marxista. Durante la campaña electoral el peronismo usó un lema: *Cámpora al Gobierno, Perón al poder*. Pero pronto se hizo evidente que la simbiosis a que aludía tal lema se había transformado en una dicotomía. Cayó Cámpora y Perón reunió en su persona el gobierno y el poder.

Viejo y enfermo, Perón procuró marcar un nuevo rumbo. Reforzó el poder sindical y consintió que creciera de modo desmesurado el de cierto valido suyo, José López Rega, un ex suboficial de policía adicto a las prácticas esotéricas, creador de la organización anticomunista denominada *Triple A* e impulsor de una iglesia cismática que hizo corto camino. Las luchas intestinas no decrecieron dentro del oficialismo, pese a haberse instalado en la Primera Magistratura de la Nación el jefe que todos decían acatar, con veracidad dudosa. El 25 de septiembre de 1973, *Montoneros* asesinó frente a su casa al Secretario General de la C.G.T. José Rucci, un hombre incondicionalmente adicto a Perón.

En enero de 1974, la *Organización Montoneros* atacó el cuartel militar de Azul, matando al jefe de la unidad y a su mujer. Los guerrilleros fueron rechazados no obstante: contrariamente a lo que indican los manuales de lucha insurreccional, aquellos soldados conscriptos, lejos de volverse contra sus superiores, se batían denodadamente ante las formaciones irregulares, obedeciendo con eficacia y convicción las órdenes recibidas. A partir de ese ataque, Perón se hartó, resolviendo romper con *Montoneros*. Ello

ocurrió el 1º de mayo de 1974, durante el acto organizado para celebrar la fecha en Plaza de Mayo, al cual acudieron los montoneros formando una nutrida columna, estacionada sobre la Avenida Rivadavia. Perón, en su discurso, los increpó duramente, calificándolos de “imberbes” y obligándolos a retirarse de la plaza. Toda la importancia histórica de ese hecho aún no ha sido suficientemente calibrada, pero nadie la pone en duda.

El 1º de julio de 1975 murió Perón, sucediéndole su mujer en la presidencia. A poco, el caos amenazó nuevamente con hacer presa en la Nación. Los sindicatos extremaron sus exigencias, la guerrilla redobló su actividad violenta, los grupos armados por López Rega libraban con aquélla una lucha clandestina, sorda y despiadada, la crisis económica se extendió.

Los proyectos de la guerrilla marxista alcanzaron una dimensión tal que incluyeron segregar un trozo de territorio nacional, en el norte del país, declarándolo “zona liberada” y reclamando a su respecto reconocimiento internacional. El gobierno de Isabel Perón ordenó a las Fuerzas Armadas aniquilar la subversión y poner fin al intento segregacionista. En virtud de ese mandato, formalmente instrumentado, el Ejército Argentino llevó a cabo el *Operativo Independencia* y, luego de dura lucha, limpió el área controlada por los efectivos del ERP.

Un hombre de López Rega, Celestino Rodrigo, ocupó el Ministerio de Economía y, con el propósito de “sincerarla”, decretó una devaluación sin precedentes del peso, conocida como “Rodrigazo”. Cundió el pánico financiero.

En medio de una situación gravísima y cuyo carácter los medios de información contribuyeron a magnificar aún, el gobierno de Isabel se encaminó hacia su colapso.

Ricardo Balbín, jefe indiscutido de la oposición radical, fue convocado para hablar por TV y aportar una solución: confesó no contar con solución alguna. Todos miraron entonces hacia los cuarteles, incluidos los miembros del gobierno, que no atinaban a hallar una salida.

El 24 de marzo de 1976 los militares se hicieron por fin con el poder, respondiendo a todas las previsiones. Un helicóptero transportó a Isabel Perón desde la *Casa Rosada* hasta su lugar de detención y una Junta asumió la conducción del país, siendo designado presidente de la misma el general Jorge Rafael Videla. Se iniciaba el llamado *Proceso de Reorganización Nacional* o, simplemente, “El Proceso”.

El automóvil en que viajaban Chilavert y los tres suboficiales de la Armada puestos a sus órdenes, trepó por el acceso que vincula el ramal de la Panamericana, por el cual circulaban, con la avenida transversal Juan de San Martín.

—Despacio, Loguzzo —repitió Chilavert—, siga a la derecha y apague los faros.

—Muy bien, señor —respondió el conductor, cumpliendo la indicación.

A esa altura de su traza, la Avenida Juan de San Martín es angosta y sinuosa, corriendo entre quintas muy arboladas. Algún farol la ilumina de trecho en trecho y las grandes casas vecinas dormían en las sombras.

—Cuando llegue a la esquina, doble de nuevo a la derecha.

—Sí, señor.

Facundo Chilavert concluyó su viaje de instrucción cuando aún gobernaba Cámpora. Sufrió la humillación de no poder vestir el uniforme del que se enorgullecía y conoció la zozobra derivada de no saber en qué momento un comando terrorista atentaría contra él o su familia. Inmediatamente después de volver, en efecto, se había casado con Mónica Salgado, novia suya desde la adolescencia e hija de un teniente coronel de caballería, retirado con motivo de las luchas entre *azules* y *colorados*, dos fracciones militares enfrentadas durante el gobierno de Frondizi, al comenzar los años 60. Mónica le había dado una hija, Manuelita, a la cual quería entrañablemente.

Durante las turbulencias que rodearon la gestión de Cámpora, Perón e Isabel, su espíritu se fue endureciendo. Relativamente indiferente en materia política, su interés, su empeño, su vida en fin, se vieron comprometidos en la lucha feroz que sostenían sus pares contra la subversión armada. Apoyó con toda el alma la embestida del Ejército en el monte tucumano, que concluyó en victoria; veló a sus camaradas caídos, conociendo el horrible efecto que produce una bomba en el cuerpo de un hombre, irreconocible tras su estallido; pasó noches de tensa vigilia en lugares donde, por delaciones o interferencias telefónicas, se sabía que debían reunirse combatientes de ERP o *Montoneros*; vio a la policía abandonar las calles para refugiarse en sus destacamentos, reiteradamente asaltados por formaciones irregulares.

Sólo celebró el arribo de los militares al poder porque, pensó, de allí en más la lucha se podría librar con mayores posibilidades de éxito.

Y, efectivamente, la eficacia de la acción represiva se multiplicó durante "El Proceso", comenzando a sucederse los triunfos. Pero a un alto costo.

Ese costo consistió en que los militares no pudieron exhibir los éxitos conseguidos, pues muchas de sus acciones se llevaron a cabo en la clandestinidad, operando del mismo modo que el enemigo. Les llevó a proceder así lo sucedido a Franco y Pinochet que, actuando al amparo de las leyes y valiéndose de tribunales constituidos, habían ejecutado guerrilleros, cosechando una estentórea repulsa de la prensa mundial, no obstante la corrección formal del camino seguido. Agregóse a ello el recuerdo de la amnistía dictada por el Parlamento en épocas de Cápura, en virtud de la cual quedaron en libertad todos los activistas legalmente detenidos. De modo que los militares resolvieron actuar en secreto, soslayando la intervención de tribunales destinados a juzgar los prisioneros capturados. Ello fue creando una suerte de sentimiento de culpa en los represores, del que ya nunca se verían libres. Sin embargo, acallaron esos remordimientos sosteniendo que, si hubieran *actuado por derecha* —como decían— nunca habrían logrado vencer en aquella guerra tremenda a un adversario que utilizaba cualquier medio para imponer su ideología inmisericorde. Sólo después de concluida la lucha con el descalabro del terrorismo guerrillero, desde la confortable seguridad lograda por el triunfo de los militares, comenzaron a elevarse voces de protesta contra los métodos represivos utilizados.

Facundo Chilavert se vio inmerso en la que, con razón, empezó a llamarse *guerra sucia*. Se trataba de su vida o la del enemigo. Se trataba de las vidas de Mónica y Manuelita o la de un activista desconocido, extranjero a veces, al cual podía llegar a respetar por su coraje pero con cuyo ideario discrepaba en absoluto, hallándose dispuesto a salvar el país de caer en la situación al que aquél quería conducirlo.

Sabía que muchas veces se torturaba a los guerrilleros aprisionados, con el fin de obtener informaciones necesarias para proseguir la campaña con éxito. Le repugnaba la tortura, de modo que prefirió no averiguar al respecto. Pero, se dijo, si todas las policías del mundo la utilizan para lograr confesiones, difícilmente en esta guerra implacable los interrogatorios se redujeran a corteses pedidos de colaboración. Y evocó entonces el odioso papel que se viera obligado a desempeñar el capitán Boisferas, protagonista del libro de Lartéguy *Los Pretorianos*, durante la lucha desarrollada en Argel entre el ejército francés y el *Frente de Liberación*. Si bien nunca participó de tales menesteres, el teniente Chilavert no se hizo preguntas sobre el particular, cerró los ojos a esa parte de la guerra, apretó los dientes y se circunscribió a pelear. No le importaba saber cómo se obtenían los datos que permitían establecer sus objetivos, noche tras noche.

Pese a ello, el origen de la información a que respondía el procedimiento que estaba realizando en la madrugada del 11 de enero no tenía nada de inconfesable, salvo en cuando se refiriera a proteger al camarada infiltrado en las filas enemigas que la suministrara. Infiltrar agentes propios en los cuadros rivales, por parte de uno y otro bando, estaba en efecto dentro de las reglas de juego aceptadas. Claro que la inmediata eliminación de esos agentes, en caso de resultar descubiertos, también formaba parte de ellas.

Fue precisamente un teniente infiltrado en las filas enemigas quien informó que, en la noche del 10 al 11 de enero tendría lugar una reunión entre elementos montoneros y del ERP. Con ese fin utilizarían una vieja quinta, conocida como "La Damita", próxima al puente donde el ra-

mal a Tigre de la Ruta Panamericana cruza sobre la calle Blanco Encalada, en el partido de San Isidro.

Chilavert y los suyos tomaron por Reclus, un camino de tierra, y antes de alcanzar la cuadra pavimentada donde se levanta el colegio *Cardenal Newman*, se detuvieron en una transversal.

—Dejaremos aquí el coche —dijo Facundo.

Sin mediar otra palabra bajaron los cuatro. Se colocaron los cascos y luego de verificar sus armas avanzaron, pegados a los arbustos que componían el cerco de una quinta, cuyo portón de madera estaba cerrado.

—Sígueme —ordenó Chilavert— sin hacer ruido.

3 - Una reunión de guerrilleros

A las 03:40 el grupo al mando del teniente había rodeado la mole cuadrangular del *Newman* y, siempre pegados a los cercos vivos que allí abundan, sus integrantes marchaban por una calle irregular, luego de abandonar Reclus doblando a la izquierda. El cielo estaba nublado, silbaba el viento en la copa de unas casuarinas próximas y se olía el aroma botánico del césped recién cortado en las canchas de rugby anexas al colegio. A su frente, sobre los follajes, brillaban los faroles que iluminan el ramal a Tigre que, en ese tramo, corre sobre un alto terraplén.

Simultáneamente con el avance del cuarteto, tres automóviles se detenían del otro lado del terraplén, que así se interponía entre unos y otros. Quienes los tripulaban bajaron velozmente, cruzaron un descampado y, con cautela, comenzaron a trepar hacia la ruta. Eran las 03:45. A partir de entonces, los sucesos adquirirían creciente ritmo.

El edificio principal de "La Damita" constituía ya un anacronismo en la zona que, por esos caprichos de la moda, se había transformado en elegante lugar residencial,

multiplicándose las casas construidas a todo costo, provistas casi siempre de piletas e, incluso, de canchas de tenis: los émulos de Guillermo Vilas proliferaron en la Argentina a partir de los primeros torneos internacionales ganados por el zurdo de la vincha.

Dicho edificio era de dos plantas, contaba con un mirador que disimulaba el tanque de agua, las ventanas estaban protegidas por rejas y su estilo arquitectónico era vagamente andaluz. En su momento había resultado una construcción característica, hasta el punto que todo el paraje donde se hallaba era conocido con su nombre, destacándose el mirador entre las pocas quintas cercanas y entre las muchas huertas de verduras que, por entonces, había en ese rincón de las Lomas de San Isidro, adyacente a la periferia de Boulogne. Un matrimonio de viejos habitaba la casa, gente retraída que no contaba con servicio doméstico y que, un buen día, se mudó de allí para buscar comodidad, seguramente, en un pequeño departamento de la capital. Permaneció cerrada “La Damita” durante años. Los murciélagos y la humedad se encargaron de manchar sus paredes. Muchas tejas volaron del techo y el viento batía los postigos abiertos de una ventana, que se oían golpetear a intervalos. El abandono y cierto aire lóbrego que aquella vivienda había adquirido, determinaron que los vecinos procuraran no pasar por sus inmediaciones cuando regresaban después de caer el sol.

Alguien, por fin, adquirió el solar donde se hallaba el caserón. Pagó solamente el valor del terreno pues aquél, dado el estado en que estaba, fue entregado de balde. Cuando los nuevos propietarios tomaron posesión de la finca, gruesas capas de mugre cubrían los pisos. Detalle curioso, vinculado sin duda con las costumbres de sus antiguos moradores, infinitas latas de conservas aparecieron,

vacías, en los distintos aposentos.

Nadie por cierto hubiera supuesto que la joven pareja que ocupó “La Damita” militara activamente en el *Ejército Revolucionario del Pueblo* y que su unión no derivara del amor sino de acatar una orden precisa, impartida por la dirigencia del grupo clandestino. Y, si bien ello pudo llamar la atención al principio, pronto el vecindario se acostumbró a las visitas que recibía el aparente matrimonio, aun a altas horas de la madrugada. Para explicarlas, la mujer deslizó alguna vez ciertas veladas referencias a encuentros de carácter cultural y ya no se volvió sobre el tema: es sabido que la gente relacionada con la cultura resulta siempre gente extraña.

Mientras sus compañeros tomaban posiciones amparados por el terraplén, Chilavert y los suyos abandonaron el camino y, torciendo a su derecha, se internaron en el pastizal de un lote baldío, lindero a “La Damita”. Escasos cincuenta metros los separaban de ésta y, arrastrándose, los cuatro hombres acortaron esa distancia protegidos por la maleza.

—Alto. Esperaremos aquí— mandó el teniente.

Dos automóviles estaban estacionados cerca de la casa. Dentro de ésta se desarrollaba una reunión importante. El rumor de las conversaciones no llegaba al exterior y sólo algunos hilos de luz que se filtraban entre los postigos cerrados indicaban que allí había alguien despierto.

—Mantengan silencio total porque tiene que haber centinelas —previno Chilavert. Al rato, en efecto, advirtió que una sombra se disimulaba en la que proyectaban algunos árboles, los cuales formaban una hilera discontinua

junto a la calle que corre paralela al Acceso a Tigre.

Entre espesos nubarrones la luna aparecía a ratos.

Seis personas permanecían en la casa. Cuatro hombres y dos mujeres, incluida la pareja que vivía habitualmente en ella. Decía uno de los hombres, calvo y con anteojos:

—...Reconozcan por lo menos que los hechos nos han ido dando la razón. En el mundo hay una sola revolución posible, la marxista-leninista, que se expande por los cinco continentes simbolizados en las cinco puntas de nuestra estrella. Y ustedes ¿dónde van? Tuvieron casi todo el poder en la mano cuando gobernaba *el tío* Cámpora. ¿Y después? Les siguieron pegando a los militares y empezaron a darles a los sindicalistas, olvidándose que *el viejo* era militar y que él creó los sindicatos. Así les fue. Su líder les ladeó el caballo y le dio toda la manija al *brujo*. Ustedes insistieron, tirándole cadáveres sobre la mesa para que se sentara a negociar. Y se quedaron sin la más remota posibilidad de conquistar a los obreros. Se convirtieron en predicadores sin auditorio, que se proponían lograr el triunfo para un proletariado utópico, mientras los trabajadores concretos no querían ni oír hablar de ustedes. De ahí para adelante las cosas les fueron de mal en peor. Con Isabel y Lorenzo no vieron más la pelota, jugando con la camiseta peronista. Olvídense del peronismo, reunamos lo que queda de nuestras fuerzas y trabajemos definitivamente juntos por la revolución marxista, que es el único camino posible para alcanzar la liberación de los pueblos.

—Hemos hecho nuestra autocrítica —respondió una mujer, de facciones acusadas y vestimenta masculina.

—También ustedes deben hacer la suya. ¿Cómo les fue en el monte tucumano? ¿Cómo resultó eso de que había que empujar a los milicos para que tomaran el poder y acentuar así la dialéctica revolucionaria que llevaría a la victoria total? Hasta ahora, aunque el pueblo no lo aguanta a Martínez de Hoz, lo cierto es que los militares nos superan en todos los frentes, a nosotros y a ustedes.

—*Montoneros* estuvo de acuerdo en impulsar el golpe militar.

—No lo discuto. Pero, si vamos a ver, la propuesta de unificación que nos traés no cambiará mucho las cosas. De hecho hace rato que actuamos juntos en distintas operaciones y nuestras conducciones se consultan para evaluar los acontecimientos. Así me han dicho, al menos.

—Esos asuntos se tratan en un nivel superior al mío, de manera que no cuento con información precisa sobre el particular. —El hombre calvo se expresaba metódicamente, como repitiendo párrafos de una lección aprendida.

—¿Cómo?... Esos asuntos se tratan en un nivel superior al tuyo, pero sos vos el que venís a discutirlos con nosotros... No entiendo.

—Sólo he recibido instrucciones para hacer una primera aproximación, destinada a verificar el grado de receptividad en los niveles medios de *Montoneros*.

—¿Y desde cuándo a las conducciones les ha interesado la opinión de los niveles medios? Nosotros y ustedes cumplimos órdenes.

—Los tiempos han cambiado.

—Esta es una reunión extraña... Parece una trampa.

Un hálito de desconfianza invadió la habitación donde estaban reunidos los guerrilleros. Cada uno miró a los demás inquisitivamente, tratando de descubrir en alguno de ellos un infiltrado.

Jorge Tapia no había dicho ni una palabra durante todo el cónclave de “La Damita”. Algo apartado del grupo, fumaba en silencio, entregado a sus pensamientos y observando el lugar, así como también a las cinco personas que lo acompañaban.

El sitio era sórdido, pese a la remoción de basura que en él se llevara a cabo y pese a una mano de cal con que se pretendiera mejorar el aspecto de las paredes. Colonias de hongos se extendían por éstas; faltaban tablas en el cielo raso, carcomidas por la polilla; muchos vidrios de las ventanas estaban rotos. Se olía a rata muerta y a excrementos de murciélago. Claro que Tapia ya estaba curado de espanto en materia de sordidez, pues hacía muchos años que era sórdido cuanto le rodeaba: guaridas infectas; olores de sudor y aguas servidas; el lamento de los prisioneros, reducidos a condiciones infrahumanas en las *cárceles del pueblo*; la agonía de los ejecutados por la justicia revolucionaria, tantos de ellos ex camaradas suyos que intentarían retomar una vida normal. Al principio, esa existencia tenía sus compensaciones y, como el dinero abundaba en *La Orga*, después de determinados operativos quienes en ellos participaban disfrutaban de largas licencias, regalándose como príncipes y descargando la tensión acumulada en desenfundadas fiestas privadas. Pero —bien lo decía el oficial del ERP que estaba en uso de la palabra— los tiempos habían cambiado. Sentían los pasos del enemigo sonando tras sus talones.

En cuanto a los que lo acompañaban en ese momento, su traza ya resultaba familiar para Jorge, pues la clandestinidad uniforme de algún modo a cuantos se amparan en ella. Las expresiones hoscas, el aspecto cada vez más

descuidado, las muletillas del lenguaje revolucionario, eran comunes a los militantes de las formaciones irregulares. Sin embargo cabía distinguir aún, al primer golpe de vista, a los miembros del ERP y a los de *Montóneros*: fríos, mecanizados, los primeros; más espontáneos y algo retóricos los segundos. En cuanto a las mujeres combatientes, no suscitaban en Tapia atracción alguna; pese a que *Montoneros* alentaba mantener relaciones con ellas, en determinadas condiciones: probablemente la extrema crueldad que les había visto exhibir inhibía en él toda ternura, incluida la mínima necesaria para concluir una unión fugaz, impulsada por el instinto.

A esta altura de su lucha, Jorge Tapia estaba saturado de violencia, vacío de toda convicción.

El centinela que custodiaba “La Damita” practicó una atenta recorrida, amparado en la sombra de los árboles, necesaria para disimular su presencia en ese instante pues la luna brillaba, declinando en el horizonte. Su luz cenicienta arrancó un destello del arma que empuñaba. Llegó hasta las inmediaciones del lugar donde Chilavert y los suyos permanecían cuerpo a tierra. Pero prefirió no internarse en el pastizal.

Detrás del terraplén, los hombres apostados también se mantenían inmóviles. El capitán a cargo miró su reloj y verificó que faltaban pocos minutos para la hora en que debía iniciar el ataque.

La discusión seguía entre ambas representaciones guerrilleras y la terminología empleada se había llenado de siglas, apócopes y frases extraídas del léxico militar

—*FAL, M3, aproximación táctica, Columna Sur, metras, retirada estratégica*— unidas a otras, propias del lenguaje político subversivo, como *concientización, burocracia sindical, elementos opresores, sentido de la historia o sirvientes del capitalismo*. Jorge Tapia no escuchaba. Miraba sin ver la bandera roja, signada por una estrella amarilla, que los dueños de casa —pertenecientes al ERP— habían desplegado sobre una de las paredes para otorgar marco adecuado a la reunión que sostendrían con militantes *montoneros*. Habitado a una rutina previsoras, Tapia acariciaba distraídamente el metal de una subametralladora que, en un bolso abierto, tenía al alcance de la mano. Pensaba. Pensaba y sus pensamientos estaban por cierto lejos de aquella habitación sucia, maloliente.

Recordaba su niñez y primera juventud, reprochando a sus padres la excesiva blandura con que lo habían educado. Una blandura tal que, en el subsuelo del inconsciente, su fuerte temperamento pronto empezó a reclamar una exigencia mayor, una causa que requiriera sacrificio y diera razón a su vida. Exigencia y requerimiento que creyó encontrar en la empresa a que lo llamó *Montoneros*. Pues, en efecto, primero fue cierto temor el que le impidió zafar a la captación que sobre él se ejercía pero, luego, además del martilleo doctrinario sufrido, algo análogo al anhelo de entregarse a un ideal totalizador fue lo que hizo que se lanzara a la lucha con fervor creciente. Así, transformó su flamante ideología en una mística y el combate en una ascesis.

Pero la mística había abandonado a Jorge Tapia —*Chacho*, para la Organización— y advertía que su ascesis era estéril. Peor que estéril, dañina. Como saldo de su entrega sólo quedaba un ancho reguero de sangre. Pensó entonces en Dios. Suponía no creer en El, sin haberse de-

tenido mayormente a considerar la posibilidad de su existencia, sobre la cual respondiera afirmativamente cuando, mecánicamente, contestara de niño a las preguntas de una catequista poco entusiasta. Sin embargo, desde algún tiempo atrás, se había sorprendido al comprobar que, allá en el fondo de su corazón, se entablaba una lucha muy diferente a la que sostenía bajo las banderas subversivas. Incluso descubrió que, previo a iniciar una misión peligrosa y en lo que calificaría luego como un momento de debilidad, llegó a repetir las primeras invocaciones del Avemaría, no logrando recordar las siguientes.

Intentó ahora reconstruir el resto de la oración. "... Bendita tú eres entre todas las mujeres y..." No había caso. Hasta ahí no más llegaba. Su esfuerzo por atrapar las palabras que venían a continuación lo llevó a evocar las circunstancias en que las aprendiera. Sí, se las había enseñado su madre, creía que estando él enfermo. Vino así a su memoria un cuarto tibio, apenas iluminado por una lámpara con pantalla celeste. En cierto recipiente colocado sobre una estufa hervían hojas de eucalipto, embalsamando el ambiente. Las sábanas eran muy blancas, limpias, endurecidas por el almidón. Y su madre, inclinada junto a la cabecera, repetía despacio: "entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús". El resto de la oración llegó todo junto, en dulce tropel.

Al conjuro del Avemaría recobrado, Jorge Tapia evocó de nuevo a sus padres, esta vez sin acritud, sin resentimiento. Y dijo para sí:

—Pobres viejos. Al fin de cuentas quisieron ser buenos conmigo al darme de todo. Si se les fue la mano no soy yo el que se lo debe echar en cara... Pobres viejos.

En ese momento el hombre del ERP insistía:

—¿Están o no están de acuerdo en reunir fuerzas de-

finitivamente? El *Ejército Revolucionario del Pueblo* entiende que la lucha insurreccional así lo requiere.

La lucha insurreccional interesaba ya poco a Jorge Tapia. Su mención, no obstante, lo llevó a recapacitar, a espantar los recuerdos.

—Estás aflojando, combatiente —se dijo—. Estás aflojando...

El oficial a cargo de la fuerza parapetada tras el terraplén miró de nuevo su reloj. Había que iniciar el operativo.

—Cabo, adelántese hacia allá, hacia Buenos Aires, y corte el tráfico a doscientos metros de aquí. Usted haga lo mismo, adelantándose para el lado del Tigre —ordenó, dirigiéndose a dos de sus subordinados—. Si el asunto se pone muy feo, olvídense del tráfico y vuelvan para darnos apoyo. Gómez, Moretti, preparen los reflectores. Y alcáncenme el megáfono.

Chilavert también verificó la hora. Explicó:

—Los que están del otro lado de la Panamericana empezarán la cosa. Ustedes estén atentos hasta que mande atacar desde acá.

Eran las 04:05 de la madrugada. Aún no comenzaba a aclarar y, por el contrario, la oscuridad parecía más densa, como suele ocurrir antes del amanecer. En algún lugar cantó un gallo.

4 - Enfrentamiento en “La Damita”

Proseguía el largo parlamento entre los guerrilleros reunidos, que no llegaban a un acuerdo. Cada tanto, alguno advertía sin embargo que aquello a nada conducía y que los motivos del encuentro no justificaban el riesgo que implicaba. Entonces, como un fantasma helado, la sospecha volvía a aposentarse en el lugar, la discusión cesaba y se cruzaban miradas suspicaces entre los presentes.

Tapia se mantenía ajeno a los altibajos del debate. Seguía acariciando distraídamente el metal de la metralleta, como quien acaricia un perro fiel echado junto a sí. Al tomar conciencia de su actitud fue precisamente ese símil el que acudió a su mente, concluyendo que realmente preferiría estar en su casa, sentado frente al fuego una tarde de invierno, con un perro amigo durmiendo cerca suyo, mientras una mujer amable y burguesa —que sería su mujer— entretendría a un hijo —que sería su hijo—, sin descuidar las tareas domésticas.

—Y a mí que no me vengán más con reivindicaciones feministas —se dijo Tapia.

Listo para iniciar el procedimiento, una duda se planteó al capitán encargado de ello. Dos posibilidades se

le ofrecían: encender súbitamente los reflectores, alimentados con baterías, que hiciera transportar hasta allí, intimando rendición a los ocupantes de la casa por medio del megáfono o, en cambio, aprovechar las ventajas que le otorgaría la sorpresa y caer sobre ellos sin previo aviso. Consideró al alternativa.

Actuar abiertamente le permitiría confiar en que los guerrilleros se rindieran sin más, luego de oír la intimación. Pero, pensó el capitán, haría correr peligros inútiles a su gente, sabiendo de antemano, casi con certeza, que el enemigo se batiría mientras dispusiera de una sola bala. Y, aunque los gestos caballerescos le atraían poderosamente, concluyó que esa lucha dejaba poco lugar para actitudes elegantes, siendo su obligación primera velar por la integridad de quienes respondían a sus órdenes. Optó en consecuencia por valerse de la sorpresa, aunque presumía que ésta no los ampararía por mucho rato, ya que descontaba la presencia de algún centinela, al cual sin embargo no habían llegado a ver.

—Dejen los reflectores y el megáfono donde están —dispuso en consecuencia, rectificando su orden anterior— y vamos para adelante, desplegados en abanico.

Sin contar los dos hombres que se habían separado del grupo para cortar el tránsito e incluido el oficial a cargo, eran diez los que se disponían al ataque. Ocho de ellos combatientes fogueados en mil lances; los dos restantes recibirían su bautismo de fuego, cabos ambos, recientemente graduados. Pedro Nicasio Zamudio se llamaba el más joven, un correntinito de apenas dieciocho años; Esteban Clausen el segundo, nieto de alemanes.

Tanto Zamudio como Clausen tenían miedo. Les transpiraban las manos con que asían el fusil. Pero en

ningún momento se les ocurrió echarse atrás y, por el contrario, sentían a la par del miedo una cierta excitación, casi de carácter deportivo, que los impulsaba a combatir, haciendo honor a su uniforme.

El capitán estimó oportuno retener cerca suyo a los dos novatos y enviar gente experimentada para que ocupara los extremos del arco que habían de formar.

Agazapados, cruzaron todos a la carrera el pavimento, deteniéndose tras el *guard-rail* opuesto. La luna se había ocultado y el edificio hacia el cual se dirigían no era más que un manchón claro entre las sombras.

Chilavert imaginó el avance de sus compañeros. Como no sabía exactamente de qué modo comenzarían las acciones, se mantuvo a la espera, tenso.

Recordó a su mujer y a su hijita, tratando no obstante de alejar ese pensamiento para concentrarse en la tarea que debía llevar a cabo y dejar actuar aquellas reacciones instintivas que constituyen el mejor capital de un soldado o un boxeador bien entrenados.

Facundo no era una máquina de guerra en sentido estricto. Pero la plena asunción del llamado vocacional, su sangre en la que confluía la de muchos guerreros, el convencimiento que abrigaba respecto a la justicia de su causa y la permanencia en el frente de lucha durante los últimos meses, habían hecho de él algo muy parecido a un mecanismo preciso, aceitado, eficaz.

De cualquier manera, en el caso de Facundo sucedía que la máquina tenía alma y sentimientos. Amaba a Dios, a su Patria y a los suyos, admiraba el coraje ajeno, hacía un culto de la amistad y la camaradería, era capaz en fin de apreciar la belleza de un poema, aunque se cuidaba muy

bien de manifestar esto último, no fuera cosa que ello apareciera como un rasgo poco viril.

Jorge Tapia trató de volver a superar ese estado de ánimo que le acometía cada vez con mayor frecuencia y que —lo veía a las claras— conspiraba contra sus aptitudes de luchador. Pasó revista a algunos de los hechos en que había participado durante su militancia guerrillera. A otros prefirió soslayarlos pues, según transcurría el tiempo, se le presentaban mucho más parecidos a crímenes que a batallas. Eso le sucedía cuando recordaba la muerte de Rucci, que por entonces llamaba “ejecución” y en la cual tuviera intervención decisiva. Evocó con gusto, en cambio, la voladura de la fragata *Santísima Trinidad*, que realizara mediante una limpia operación donde, además, pusiera en ejercicio sus condiciones de nadador, que aún lo enorgullecían. Pero, estaba visto, las dudas lo acometían cada vez con más insistencia pues, pese al placer que le proporcionaba el recuerdo del “Operativo Trini”, ahora comenzaba a preguntarse:

—Al fin de cuentas ¿a quién perjudicamos con esa operación? ¿Nada más que a la marina gorila? ¿un buque no es patrimonio nacional?

Sin duda, Tapia se estaba formulando demasiadas preguntas últimamente.

Los diez hombres se largaron terraplén abajo, manteniendo trayectorias ligeramente divergentes. Alcanzaron la calle paralela a aquél, ya desplegados. La atravesaron, zambulléndose cuerpo a tierra junto al cerco ralo que rodeaba “La Damita”. También la luna se zambullía en el

horizonte, como un gran disco anaranjado partido por la mitad.

En la penumbra reinante, el centinela creyó divisar algunos bultos que descendían por el terraplén. Sin embargo, cuando fijó su atención, nada pudo ver. Parapetado detrás de un árbol redobló su atención, vacilando entre dar la alarma o aguardar aún. Resolvió que sus sentidos, afectados por la fatiga, pudieran haberle jugado una mala pasada y esperó, sin quitar los ojos del cerco que limitaba la propiedad.

Dentro de la casa tocaba a su fin el encuentro entre los guerrilleros, sin que se hubiera llegado a una conclusión cierta. No se había disipado el recelo entre los partícipes. Se estaban levantando éstos cuando el ladrido intermitente de una metralleta mordió la noche con su cadencia inconfundible.

El centinela, en efecto, pronto advirtió que sus sentidos no lo engañaban: varias sombras se movían junto al cerco, atravesándolo por los huecos que en él dejaban algunos *crataegus* que se habían secado. Sin pensarlo dos veces, abrió fuego con su *Thompson* sobre la más próxima.

El suboficial que ocupaba la posición extrema del abanico, hacia la derecha según la posición de avance, recibió en el pecho tres de las balas disparadas por el guerrillero, muriendo instantáneamente. Los fogonazos de su arma, no obstante, delataron la ubicación del tirador que,

para operar con mayor comodidad, se había separado del tronco que le prestaba cobertura. Esteban Clausen reaccionó con la celeridad de un veterano y, puesto de pie, abiertas las piernas, disparó a su vez contra el centinela, colocado el fusil a la altura de las caderas. El guardia cayó hacia atrás.

—¡Sos un mago! —exultó el capitán, ante tamaña demostración de eficacia por parte del novato. Luego corrió para atender al suboficial alcanzado por los proyectiles enemigos, verificando que había muerto. Le cubrió la cara con el casco y mandó:

—¡Adelante con todo, muchachos!

Al oír la salva, los seis guerrilleros parecieron alcanzados por una descarga eléctrica. Un adiestramiento minucioso y una ya larga experiencia los llevaban a responder precisa y automáticamente al estímulo del combate. El primero que estuvo con el arma en la mano fue Jorge Tapia, adueñándose por mérito propio de la conducción del grupo, sin atender a jerarquías previamente establecidas. Sus dudas y vacilaciones se volatilizaron: ahora era un guerrero en acción, unido por secreto vínculo a tantos otros que, como él ahora, ejercieran su duro oficio: vínculo éste que también lo unía con quienes los estaban atacando, aunque ambas partes no se percataran de que existiera entre ellas ese lazo inmemorial que las ligaba.

—¡A las ventanas! —ordenó Tapia—. ¡Que dos tomen posición y disparen desde el piso alto!

Una mujer y el teórico del ERP volaron escaleras arriba, demostrando los exactos movimientos de éste que, además, era un hombre práctico.

Con la culata de su metralleta Tapia hizo añicos los

vidrios de una ventana y abrió los postigos que la cubrían, comenzando a vomitar fuego sobre los bultos que, zigzagando, avanzaban hacia la casa. Uno de ellos vaciló, alcanzado, pero siguió disparando desde el suelo.

—¡Tiren sin asco! —vociferó a todo pulmón y, partiendo del piso superior, se oyeron los estampidos poderosos de las “Bataán”, provistas de cartuchos cargados con *postas* ³.

—¡Esperen todavía! —previno el teniente Chilavert, conteniendo a sus hombres que, al oír los primeros disparos, se aprestaban a avanzar sobre el edificio que tenían delante. —Esperen a que el tiroteo se haga sostenido en el frente y, cuando los defensores estén entretenidos, trataremos de entrar por los fondos.

—Vea, señor, que a los muchachos les van a dar duro.

—No discuta, suboficial, que sé lo que hago. Mayor favor les haremos copando la casa.

En medio de la carga, el capitán observaba a los dos integrantes más jóvenes del grupo, que se comportaban como soldados expertos. Clausen, agachado, corría a grandes zancadas, disparando desde la cintura mientras avanzaba; Zamudio lo hacía hamacándose como un jugador de fútbol que entrara al área penal adversaria, y se daba maña para tirar desde el hombro, aumentando así la precisión de sus tiros. Saltaban pedazos del revoque de la casa, volaban astillas de sus postigos, los vidrios se

3. Gruesos proyectiles, a veces encadenados entre sí, que reemplazan los perdigones del cartucho cuando una escopeta se utiliza para caza mayor o como arma de combate.

hacían trizas. Pero, desde adentro, la respuesta era sostenida. Por cada ventana se hacía fuego a discreción. Las ráfagas de ametralladora alternaban con disparos de escopeta y a éstos se sumaban los de fusiles y pistolas, discontinuos.

Uno de los atacantes cayó y siguió utilizando su arma desde el piso. Gritó el oficial:

—¡A tierra!

Los vecinos despertaron sobresaltados por el tiroteo. Pero, prudentemente, prefirieron ni asomar la nariz fuera de las puertas. Es regla que la resolución de unos pocos decida el destino de las mayorías, que se mantienen al margen de los arduos acontecimientos que deciden su suerte. La actitud de los vecinos, no obstante, resultaba comprensible pues, por un lado, las fuerzas del orden existen precisamente para garantizar la seguridad del ciudadano medio y, por otro, mal papel hubiera hecho un apacible oficinista pretendiendo terciar en una lucha sostenida por profesionales de la guerra. Con un agravante aún: hacia aquel entonces era tan imprevisible el teatro donde se habría de librar una batalla —el local de una fábrica, un edificio público, la calle— y, a veces, resultaba tan difícil distinguir los bandos —ataviados los guerrilleros con uniformes policiales o militares; de paisano, soldados y policías— que, aún en caso de proponerse alguien intervenir en los enfrentamientos, corría el peligro de equivocarse y terminar atacando a quien quería defender o defender a quien quería atacar. Para ser más claro, dado que la población deseó masivamente el triunfo de las fuerzas represivas sobre la subversión, en realidad el riesgo que corría un eventual comedido era el de apoyar por

error a las formaciones irregulares contra las regulares.

Por tales y otras razones, entre las que se contaba también el miedo, puertas y ventanas de las quintas próximas permanecieron cerradas mientras se combatía en “La Damita”.

—¡Adelante, ahora! —murmuró Chilavert. —Yo correré hacia la puerta de servicio. Los dos de mi derecha que me sigan. Los de la izquierda, que se coloquen al lado de las ventanas. Una vez que nosotros hayamos entrado, ábranlas y tiren para adentro. Usted, Loguzzo, cúbranos con la *Uzi* si nos disparan; cuando todos hayamos llegado, se suma a mi grupo para forzar la entrada. Allá voy.

El oficial saltó hacia adelante, empuñando la pistola. Por un prurito de hombría y, de paso, para infundir confianza a sus subordinados, no corrió demasiado rápido ni se agachó al hacerlo. De todos modos, el ataque que sufrían desde el frente había llevado a que los defensores descuidaran el fondo de la casa. Salvados los treinta metros que la separaban de ella, Chilavert ganó un pequeño *porche* que protegía la entrada posterior.

Una vez que el jefe alcanzó la sombra del *porche*, avanzó el primero de sus hombres. Después los demás, uno a uno. Cuando el último ocupó su nueva posición, el suboficial Loguzzo se agregó a quienes rodeaban a Chilavert, listos para forzar la entrada de servicio.

Del otro lado de la casa proseguía el tiroteo con intensidad creciente.

El interior de “La Damita” se había transformado en un infierno. Enjambres de balas penetraban por las venta-

nas y se incrustaban en las paredes, arrancando grandes trozos de mampostería. Una nube de polvo envolvía el ambiente. Dos guerrilleros estaban fuera de combate, alcanzados por sendos tiros de *Itaka* disparados desde corta distancia contra las ventanas que defendían. En medio del *pandemonium* que tan súbitamente sobreviniera, nadie había atinado a apagar las luces, lo cual otorgaba ventajas a quienes atacaban desde la sombra.

Jorge Tapia volaba de una ventana a otra, disparando al través de ellas con su ametralladora. Beneficiados por su posición favorable, la mujer y el teórico del ERP no se daban tregua desde el piso alto que, además, se hallaba a oscuras.

Una bala de fusil 7,65 rozó la cabeza de Tapia dejando un surco sangriento, aunque sin aturdirlo siquiera dado lo leve del contacto.

—¡Tiren, tiren sin asco! —gritó enfurecido y, simultáneamente, vació el resto del cargador desde una ventana. Uno de los proyectiles mordió la reja que cubría aquélla y se perdió en la noche, gimiendo. En seguida, despaciosamente, el oficial montonero repuso el cargador, encajándolo en su arma con un golpe seco.

Para los atacantes del frente la situación se había complicado. El intenso fuego que soportaban los mantenía aferrados a sus posiciones, cuerpo a tierra en el pasto corto que rodeaba el edificio. En torno suyo picaban las balas, levantando diminutos surtidores oscuros. Habían perdido un hombre, alcanzado por el centinela. Tampoco vivía ya el que fuera herido en la primera aproximación. Un tercero agonizaba.

Chilavert envió todo el empuje de sus casi noventa kilos contra la puerta de servicio, que no resistió la embestida. Se abrió de par en par y el oficial, llevado por su impulso, llegó hasta el medio de la cocina que, por medio de otra puerta, comunicaba con el comedor, donde se combatía enconadamente. Sin vacilar continuó el avance y sorprendió a los defensores, vueltos hacia el frente. Se plantó en el comedor, tirando sin descanso con su pistola.

Detrás de Chilavert entraron quienes se reunieran en torno suyo. Simultáneamente se abrieron dos de las ventanas; otra resistió los esfuerzos encaminados a violentarla. Una descarga cerrada se abatió sobre los guerrilleros, varios de los cuales cayeron.

Desde afuera se advirtió el cambio operado en la situación. Cesó el fuego dirigido contra los atacantes y detonaciones de frecuencia e intensidad distintas a las que hasta entonces oyeran resonaron dentro de la casa.

—¡Los muchachos ya entraron por atrás! —dijo el capitán en un alarido. —¡Adelante todos! ¡Los de la izquierda copen las ventanas; los de la derecha corran conmigo hacia la entrada principal! ¡Ya los tenemos!

Cuando Jorge Tapia vio a Chilavert plantado en el cuarto, disparando su pistola desde la cadera, y que por las ventanas abrían fuego hacia adentro varios tiradores, comprendió que todo estaba perdido.

—¡Alto el fuego! —gritó con todas sus fuerzas. —¡Nos rendimos!

Cesó el tiroteo, en efecto, oportunidad que fue aprovechada por los que atacaran desde el frente para entrar a la casa. Tapia y otro guerrillero estaban de pie, en el piso bajo; en el alto, solo la mujer sobrevivía.

Los marinos rodearon a Tapia y a su compañero.
—¡Tiren las armas! —se les ordenó.

En ese momento, la mujer apostada arriba apareció sigilosamente en el hueco de la escalera y, levantando la escopeta que portaba, disparó sobre el correntinito Zamudio. Los proyectiles le rompieron el abdomen, separando casi el tronco de las piernas. Cayó hacia adelante con una expresión de dolor y perplejidad pintada en el rostro.

La guerrillera intentó tirar de nuevo. Tapia fue más rápido que ella y utilizó de manera fulmínea la metralleta que aún no había soltado. Varios plomos alcanzaron a la mujer y ésta rodó escaleras abajo. Después Tapia arrojó su arma, que rebotó en las baldosas del piso con un sonido metálico.

Estos últimos acontecimientos se desarrollaron con alucinante velocidad. Chilavert miró a su adversario lleno de alarma, extrañeza y súbita gratitud. Le iba a tender la mano cuando éste, realizando otro movimiento imprevisible, llevó la suya al bolsillo superior de la camisa, extrajo de allí una cápsula y se la metió en la boca.

Cumpliendo mecánicamente una instrucción recibida centenares de veces, antes de caer prisionero Jorge Tapia se había tragado una fuerte dosis de cianuro.

SEGUNDA PARTE

Operativo Rosario

1 - Operativo Rosario

Serían las 10 de la noche cuando el primer bote neumático fue arriado desde el flanco de la fragata *Santísima Trinidad*, surta en la boca occidental de Bahía Enriqueta, unos cinco kilómetros al sur de Port Stanley, capital de las Islas Malvinas.

Persistían aún los coletazos del fuerte temporal que azotara la zona en las jornadas previas, de manera que la operación ofrecía dificultades, dado el alto de la borda del buque. Este es un *clase 42*, gemelo de varias unidades análogas con que contaba la flota británica por esa fecha, entre ellas la fragata *Sheffield*. En cuanto al *Santísima Trinidad*, es el mismo navío que, en 1975, fuera objeto de un ataque guerrillero mientras se concluía su construcción en el astillero de Río Santiago, próximo a la ciudad de La Plata. Los daños sufridos por el casco fueron íntegramente reparados y, ahora, la nave cabecea al ancla en misión de guerra al servicio de la Nación.

Antes de las 23:30 el último de los botes tomó contacto con las aguas, oscuras y agitadas, poniendo proa hacia la costa, cuyo accidentado perfil se destaca en la distancia.

Falta media hora para que los relojes señalen el primer minuto del 2 de abril de 1982.

La historia que justifica esa presencia de una fragata argentina en las Islas Malvinas, aquella desapacible noche de otoño, tiene un lejano comienzo y varios puntos candentes, que corresponden a fases de aceleración en un proceso que conduciría a la guerra entre un país tenido por marginal y las dos mayores potencias de Occidente, aliadas en la emergencia.

Tal comienzo lejano se remonta al siglo XVI, cuando navegantes de naciones diversas se atribuyen el primer avistaje del archipiélago, siendo no obstante los españoles quienes hacen pie en él y lo reconocen. Pasa por manos de éstos, de los franceses, de los ingleses. Y las islas son, real, formal y jurídicamente españolas cuando, en 1816, la actual República Argentina se transforma en nación autónoma, heredando de España los territorios donde suplanta su dominio. Entre ellos las Islas Malvinas, que administrativamente dependían de Buenos Aires, antes y después de ser declarada la independencia argentina. En cuanto al nombre de esos roquedales donde la turba madura desde remotas épocas geológicas, deriva de *malouines*, pescadores provenientes del puerto de Saint-Malo que en un tiempo los poblaron y explotaron.

El primero de los puntos candentes que, sucesivamente enlazados, se vinculan con la presencia de esa fragata en Bahía Enriqueta, ha de establecerse en 1833, cuando otra fragata —velera ésta, provista con cañones de bronce en vez de misiles torneados en aleación liviana— desalojó por la fuerza al gobernador argentino del archipiélago, don Luis Vernet, iniciando la ocupación británica.

A partir de entonces tiene principio una sucesión de

inútiles planteos formulados por la nación despojada, cuya relación no hace al caso. Tales planteos, además de las Malvinas, incluyen sus dependencias, las Georgias y Sandwich del Sur.

En 1946, a requerimiento de las Naciones Unidas, Gran Bretaña presenta al organismo una lista de territorios que se compromete a descolonizar: entre ellos figuran las Islas Malvinas, que denomina Falkland. En 1960, la Asamblea General de la UN sanciona la Resolución 1514, donde se determinan condiciones para la descolonización. En 1965, culminando una acertada gestión del canciller Zavala Ortiz, el organismo internacional inserta a las Malvinas en los términos de dicha Resolución, estableciendo se trata de una disputa sobre soberanía e invitando a las partes para iniciar conversaciones al respecto.

Hacia 1968, durante el gobierno del general Onganía y siendo su canciller Costa Méndez, delegaciones de ambos países llegan a un principio de acuerdo, por el cual Inglaterra reconocería la soberanía argentina y traspasaría la administración del archipiélago en un lapso no menor de cuatro años ni mayor de diez. Difundido el entendimiento por la prensa británica, provocó reacciones en el Parlamento que lo hicieron abortar. No obstante ello, en 1971, se firmó un convenio sobre comunicaciones, en virtud del cual la Argentina enlazó las islas con el continente por vía marítima y aérea, brindó facilidades para la atención médica y educación de los pobladores "kelpers", proveyéndolos de combustibles y construyendo un aeródromo próximo a Port Stanley. Las negociaciones, sin embargo, eran dilatadas por Inglaterra, que obtenía beneficios de ellas sin realizar concesiones. En 1977, el canciller laborista Owen informó por escrito a la Cámara de los Comunes que el gobierno iniciaría tratativas con los argentinos, in-

volucrando el problema de soberanía. Pero nada concreto ocurrió.

Una nueva ronda de negociaciones fracasó en febrero de 1981. Lo cual no podía causar extrañeza pues de ella participaron hombres vinculados al *lobby* de la *Falkland Islands Company* que monopoliza el comercio de las Malvinas y que no está dispuesta a admitir cambios en la situación que disfruta.

A raíz de este nuevo traspíe determinado por la intransigencia británica, Costa Méndez —canciller nuevamente— expresó, el 2 de marzo de 1982: “La Argentina ha negociado con Gran Bretaña con paciencia, lealtad y buena fe durante más de quince años, en el marco señalado por las resoluciones pertinentes de la ONU, la solución del problema de soberanía sobre esas islas. El nuevo sistema constituye un paso eficaz para una pronta solución de esta disputa. Por lo demás, *si ello no ocurriera, la Argentina mantiene el derecho de poner término al funcionamiento de ese mecanismo y elegir libremente el procedimiento que mejor consulte a sus intereses.*”

Era claro que, transcurridos años de inútil charla, la mano ofrecida por los argentinos en la mesa de negociaciones tendía a cerrarse en forma de puño.

Cuando, el 28 de marzo de 1982, el teniente Chilavert zarpó de Puerto Belgrano en dirección al sur, a bordo de la fragata *Santísima Trinidad*, no supuso que el destino final de la nave serían las Islas Malvinas.

Había embarcado, en efecto, para realizar maniobras casi rutinarias en aguas próximas a las Islas de los Estados, aunque algunos incidentes ocurridos por esos días en las Georgias pudieron hacerle prever la posibilidad remota

de que las circunstancias determinaran un cambio en las actividades declaradas.

Después del enfrentamiento que sostuviera con guerrilleros del ERP y *Montoneros* en una finca de San Isidro, la vida de Chilavert había tomado un cauce más apacible. Ante los rudos ataques de que era objeto por parte de las fuerzas del orden, la actividad subversiva fue declinando en la Argentina, hasta configurar una total derrota. Derrota ésta de la cual el terrorismo se cobraría revancha, retornando años después muchos de sus adherentes a la actividad, si bien por los caminos que para ello les abriría el ejercicio de la política.

Por inclinación y por condiciones físicas, el oficial revistaba desde tiempo atrás entre los buzos tácticos de la Armada; había ascendido en el escalafón naval y un hijo varón vino a aumentar su familia, al que bautizó Martiniano. Todos los acontecimientos señalados podían calificarse como positivos para el joven marino que, sin embargo, observaba con preocupación creciente los sucesos que tenían lugar en el país.

El general Videla, siendo un militar honesto y austero, se había adscripto no obstante a una política económica que dio por resultados la destrucción de la industria nacional, el descontento popular derivado de la pérdida del poder adquisitivo de los salarios, el crecimiento desmesurado de la deuda externa y el predominio de las actividades financieras sobre las de tipo productivo, creándose las condiciones para que rebrotara una inflación que, posteriormente, adquiriría características devastadoras. Con el agravante de que quien así condujera la economía nacional —José Alfredo Martínez de Hoz— vino a transformarse en una suerte de Primer Ministro, a cuya suerte ligó Videla la suya.

Con motivo del diferendo que ambos países mantienen —explícito o latente— a raíz de sus límites australes, se orilló la guerra con Chile. Cayó Videla y una Nueva Junta Militar fue presidida por el general Roberto Eduardo Viola, un hombre ducho en procedimientos que recordaban más a los de un político que a los de un soldado. No gobernó largo tiempo. En diciembre de 1981 asumía la presidencia otro general, Leopoldo Fortunato Galtieri, al cual acompañarían en su gestión el almirante Jorge Isaac Anaya y el brigadier Arturo Basilio Lami Dozo.

Galtieri es un hijo de la inmigración que, como tantos otros, está imbuido de apasionado cariño por la tierra donde nació. Alto y corpulento, tiene ojos azules y pelo plateado siendo el suyo un perfil de *condottiero* que no llega a discordar con su andar de *cow boy*, grandote y desmañado. Lineal en sus concepciones, entendió servir a Occidente reforzando las relaciones con Estados Unidos, a los que apoyó efectiva pero encubiertamente en la lucha que mantienen para frenar el avance soviético en Centroamérica.

Con astucia o candidez, Galtieri repitió un gambito que ya otros gobiernos ensayaran: reunir en el gabinete gente de extracción diferente. Así, Roberto Alemann es un liberal pragmático, apreciado por la banca internacional, a quien colocó en el Ministerio de Economía; Nicanor Costa Méndez, su canciller, había revistado al comienzo de su trayectoria en nucleamientos nacionalistas. El esfuerzo de la nueva Junta por refloatar el maltrecho “Proceso de Reorganización” resultó, en cualquier caso, evidente. Con ese propósito confirió un carácter más nacional al mismo y procuró paliar el deterioro social producido por la política económica aplicada. Sin embargo, hacia marzo de 1982, en Buenos Aires se vivía la impresión de que el gobierno

tendría que abrir novedosas perspectivas políticas, nada fáciles de idear, o resignarse a la conclusión de un ciclo, abierto en 1976 con escasa imaginación y ninguna audacia. Un ciclo recurrente, por cierto, pues en la Argentina, ante el fracaso de los gobiernos civiles, la opinión pública reclama la intervención de los militares que, al fracasar a su vez, dan lugar a que esa misma opinión reclame elecciones que abrirán cauce a otro gobierno civil, destinado igualmente al fracaso.

Tales eran los sucesos que preocupaban al teniente Chilavert cuando embarcó en la *Santísima Trinidad* para realizar ejercicios navales en el Atlántico Sur. Se despidió de su mujer y sus hijos, que vivían con él en la base de Puerto Belgrano y, cargado al hombro un bolsón de lona que contenía efectos personales y parte del equipo, se dirigió al muelle desde donde zarparía el buque.

Al mismo tiempo que la fragata *Santísima Trinidad*, dejaban su apostadero otros navíos, que constituían la Fuerza de Tareas Anfibia 40, al mando del contralmirante Allara.

Ya en alta mar, a bordo del *Cabo San Antonio*, el contralmirante Carlos A. Busser reunió a la tripulación y, sucintamente dijo:

“Soy el Comandante de la Fuerza de Desembarco, integrada por los efectivos de la Infantería de Marina y del Ejército Argentino embarcados en este buque, de algunas fracciones a bordo del destructor *Santísima Trinidad*, del rompehielos *Irizar* y de los buzos tácticos embarcados en el submarino *Santa Fe*. Nuestra misión es la de desembarcar en las Islas Malvinas y desalojar a las fuerzas militares y a las autoridades británicas que se encuentran en ellas.

Es lo que vamos a hacer. El destino ha querido que seamos nosotros los encargados de reparar estos casi ciento cincuenta años de usurpación... Serán duros con el enemigo, pero corteses, respetuosos y amables con la población de nuestro territorio, a la que debemos proteger. Si alguien incurre en violación, robo o pillaje, le aplicaré en forma inmediata la pena máxima. Mañana serán ustedes los vencedores... Que Dios nos proteja. Ahora dirán conmigo: ¡Viva la Patria!"

Estaba en marcha el *Operativo Rosario*.

El Plan para recuperar por las armas el archipiélago siempre formó parte de las rutinas tácticas y estratégicas analizados por los Estados Mayores argentinos. Pero no pasaba de eso. Incluso se hallaba absolutamente desactualizado cuando, en diciembre de 1981, el almirante Anaya ordenó ponerlo al día, por cuanto un análisis detallado de las actitudes británicas permitía al observador avisado advertir un endurecimiento de la posición inglesa en el secular diferendo. Se trataba sin embargo de una previsión a largo plazo. En todo caso, de una previsión que Anaya no supuso hubiera que pasar a ejecutar poco tiempo después. Más aún, cuando, ya en marzo de 1982, el canciller Costa Méndez manifestó oficialmente que, ante el fracaso de la última ronda de negociaciones concluida con Inglaterra, la Argentina se reservaba el derecho a elegir el procedimiento que mejor consultara sus intereses para recobrar lo que en justicia le corresponde, no pensó que ese mismo mes su país debería prepararse para recurrir a la fuerza, concentrando sus soldados, aprestando sus aviones y movilizandó su flota hacia las islas.

¿Qué había ocurrido para abrir la instancia bélica?

¿Cuáles eran los hechos que obligaron a poner por obra el plan alternativo de invasión, actualizado al solo efecto de ser ejecutado eventualmente y, en el peor de los casos, nunca antes de mediar el año, empezado el invierno austral? Como suele ocurrir tantas veces, los hechos que desataron el conflicto fueron nimios, triviales casi.

Un oscuro comerciante de nacionalidad argentina y apellido ruso —Davidoff— venía negociando desde hacía mucho un contrato con cierta firma británica, con el propósito de dismantelar en su provecho unas factorías abandonadas en la desolada isla San Pedro, de las Georgias del Sur. Concluidas las tratativas formalmente y formalmente informados los ingleses sobre el arribo, desembarcaron los obreros de Davidoff en esas inhóspitas playas el 18 de marzo de 1982.

Después, los sucesos se encadenarían con velocidad creciente, constituyendo una suerte de juego de equívocos que en realidad no fue tal, pues Gran Bretaña impulsó cuidadosamente la escalada. Se imputó a los obreros (entre los cuales no se contaba personal militar ni naval argentino) izar una bandera de su país en el campamento, cosa que no está claro hayan hecho o no, pero que en modo alguno constituía un delito; se dijo que algunos tiros sonaron en la zona que, aunque pudieron ser dirigidos contra aves marinas, parece que jamás se dispararon; los ingleses, que en ningún momento habían planteado ese requerimiento, exigieron que los integrantes del grupo visaran sus pasaportes en Gritviken, sede de las autoridades locales; los argentinos no podían avenirse a cumplir el trámite, pues hacerlo implicaba reconocer que pisaban suelo extranjero y sentar un precedente adverso a sus continuadas reivindicaciones; Costa Méndez ideó un procedimiento intermedio —sellar en Gritviken las *tarjetas blan-*

cas con que, en virtud de acuerdos anteriores, los argentinos podían entrar a las Malvinas y sus dependencias, que fue rechazado; Inglaterra insistió en el visado de pasaportes, advirtiéndole que, de no cumplirse su exigencia, “el enfrentamiento sería inevitable”, y comunicando asimismo que procedería a retirar por la fuerza al contingente argentino: en consecuencia de ello el *HMS Endurance* puso rumbo a las Georgias.

Pero, mientras tanto, tenía lugar otro hecho fundamental, sobre el cual no se ha insistido debidamente: el 25 de marzo, tres días antes que se movieran los buques de guerra argentinos, parte de la flota británica zarpó hacia el Atlántico Sur, dando así comienzo a las hostilidades. Los dados estaban echados.

La noticia que, en su arenga, comunicara el almirante Busser a quienes tripulaban el *Cabo San Antonio* fue recibida con entusiasmo y, de inmediato, transmitida a los demás barcos que conformaban la Fuerza de Tareas Anfibia 40. Al conocerse a bordo del *Santísima Trinidad*, los gritos de ¡viva la Patria! estremecieron la nave y, en alas del viento, volaron hacia un archipiélago, ya mucho menos lejano en todo sentido.

—¡Conque de eso se trata! —dijo para sí Facundo Chilavert, sintiendo que el corazón redoblaba aceleradamente en su pecho. —Vamos a reconquistar las Malvinas... Después de esto ya no habré vivido en vano.

Mientras los otros oficiales comentaban la novedad en grupos donde menudeaban los abrazos, Chilavert se dirigió a proa y, acodado en la borda, fija la mirada hacia adelante, dejó vagar sus pensamientos en completa soledad.

La impresión que lo dominaba era la de verificar que, efectivamente, a partir de entonces, el sentido de su vida quedaba sellado, fuera lo que fuera cuanto en el futuro le sucediese. Desde chico había soñado con la posibilidad de combatir en las islas y eventualmente dejar allí su sangre pues —se repetía— ¿puede haber una causa más limpia, más justa, para que un argentino muera por ella? Además, esa empresa que se aprestaba a iniciar daba contenido pleno a su vocación de soldado pues, aunque obtener la victoria contra la subversión había constituido para él alcanzar una alta meta, se relacionaba al fin con una lucha intestina, siempre diferente a la gloriosa convocatoria de una guerra donde la Nación toda estuviera comprometida frente a un enemigo extranjero.

—¡Cómo me gustaría pelear en esta patriada junto a Jorge Tapia! —murmuró el oficial.

Había muchas razones para que el recuerdo de aquel guerrillero no abandonara a Chilavert, desde la noche ya lejana en que se enfrentaran, durante el verano de 1978.

A las 21:45 el bote que conduciría a Facundo cayó al agua con un leve chapoteo.

Ese instante se había demorado pues, aunque la realización del desembarco estuviera prevista para el 31 de marzo, un persistente temporal obligó a postergarlo hasta el día siguiente, fecha alternativa que se extendía incluso hasta las primeras horas del 3 de abril.

Pero, luego de una tensa espera en que las olas zandearon los buques casi a la vista de las islas, calmó el viento y, con las primeras sombras de la prematura noche austral, aquéllos se aproximaron a su objetivo.

Nunca olvidaría Chilavert el cuidado con que se

había enfundado en su equipo de combate, transformando la operación en una suerte de ritual, al modo como se visten los toreros antes de lidiar. Lo cual se explica, pues la muerte aguarda como una posibilidad cierta a toreros y soldados cuando se disponen a ejercer su oficio. Verificó varias veces cada cierre y cada hebilla; comprobó el filo del puñal que llevaba a la cintura; completó el número de proyectiles en el cargador de su arma, luego de pasar uno a la recámara de ésta y colocar el seguro. Por último, pese a que muchos utilizan procedimientos más modernos para *camouflarse*, acudió al betún de zapatos para teñirse cara y manos, cosa que no se destacaran en la oscuridad. Hecho esto, se encasquetó un gorro de lana negra y salió a cubierta.

Mientras descendía, el bote neumático pegó más de una vez contra la banda del buque, absorbiendo silenciosamente el impacto, ya que estaba construido con materiales blandos. Una vez a flote, fueron soltados los cabos de los que estuviera suspendido y, previo un par de intentos vanos, se puso en marcha el motor que lo impulsaba.

Con una acelerada el bote se separó de la fragata y enfiló hacia las rompientes próximas. Otros veinte lo seguirían, arriados a intervalos regulares.

Pese al ronco zumbido del motor, cuya intensidad variaba, y pese al rumor de las olas que partía la proa redondeada, hasta los oídos del teniente Chilavert llegó el ladrido de los perros pastores que utilizan en sus tareas los ovejeros *kelpers*.

2 - Entre la vida y la muerte

El veloz movimiento de Jorge Tapia, al llevarse a la boca aquella cápsula de cianuro, no pasó inadvertido para Facundo Chilavert, que se arrojó sobre el guerrillero gritando:

—¡Este hombre se ha envenenado!

Tapia lo miró con una chispa de ironía en los ojos, mientras un tic le contraía la comisura izquierda de los labios, y, con la tranquilidad de quien se ha asegurado la huida, dijo a modo de despedida:

—A mí no me agarran vivo.

Antes que terminara de hablar, el marino le estrelló un puñetazo en la mandíbula y el montonero cayó fulminado. Aprovechando el aflojamiento que la inconciencia provocara en éste, Chilavert le abrió la boca y hurgó frenéticamente dentro de ella. Inútil tarea pues Tapia se había tragado el veneno.

—¡Loguzzo! —ordenó el oficial—. ¡Corra hasta el auto y traiga el maletín negro! ¡Volando!

Tales situaciones se presentaban con frecuencia al concluir un enfrentamiento o cerrarse una celada tendida a elementos subversivos. En cumplimiento de estrictas instrucciones era habitual que los mismos mantuvieran en la

boca un pequeño trozo de algo que se parecía a la goma de mascar y cuyo contenido era una cápsula de cianuro de potasio: llegado el caso, aquello se colocaba con la lengua entre las muelas y un breve apretón determinaba que la cápsula derramara su contenido letal. Cuando los captos llegaban, el guerrillero estaba muriendo, presa de dolores atroces.

Jorge Tapia no se atenía exactamente a las órdenes: le molestaba mantener el mortífero chicle en un costado de la boca mientras combatía, de modo que habitualmente lo llevaba en un bolsillo de la camisa.

—Cuando sea necesario —se decía— ya encontraré tiempo para tragar la píldora.

Y, corroborando su presunción, había hallado el momento de hacerlo.

El suboficial Loguzzo —según se le ordenara— corría hacia el automóvil que los trajera hasta el lugar, estacionado en una calle secundaria a más de cinco cuadras de “La Damita”. En el baúl del vehículo había una especie de botiquín provisto de vomitivos y de los elementos necesarios para practicar lavajes de estómago.

Pasados los efectos del puñetazo que Chilavert le aplicara, Tapia recuperaba la conciencia paulatinamente. Se sentía mal, cada vez peor. Un lobo rabioso, de naturaleza química, le mordía las entrañas y los músculos de su cuerpo se contraían, tetanizados. Doblado hacia adelante en un arco violento, recuperaba la postura fetal con que llegara al mundo, para dejarlo. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Lloró. ¡Hacía tanto que no lloraba!

Chilavert se agachó sobre el guerrillero abatido y convulso. Había empezado a admirar a ese hombre de decisiones rápidas y tremendas (en una fracción de minuto Tapia había ordenado *alto el fuego*, apreciando de un vistazo que toda resistencia era inútil; liquidó a la mujer que, violando la orden, matara a Zamudio, disponiéndose a disparar de nuevo; arrojó su metralleta en señal de rendición y, acto continuo, puso por obra la instrucción de eliminarse que tenía entre sus consignas, sin vacilar ante ninguna de esas acciones decisivas —capitular, matar, rendirse, suicidarse— que llevara a cabo en vertiginosa sucesión). Pese al extravío que alguna de tales determinaciones implicaba, Facundo sentía un profundo respeto por ese hombre al cual creía deberle la vida, pues el oficial parecía ser el blanco elegido por la militante del ERP para descargar nuevamente su escopeta. Sentía un profundo respeto por él pero, por el momento, el sentimiento más fuerte que le suscitó el guerrillero vencido fue una gran compasión.

Tuvo lástima por el enemigo caído. Se apiadó de ese duro combatiente que, ahora, desde el piso, levantaba hacia Chilavert sus ojos, que reflejaban dramáticamente el miedo a morir. La mirada turbia del agonizante contenía una súplica, muda y perentoria, que no escapó al marino.

Sin aliento, Loguzzo alcanzó el automóvil, lo puso en marcha y, escarbando en la tierra las ruedas traseras al arrancar, se dirigió a toda velocidad hacia “La Damita”. El cielo, por el naciente, empezaba a desteñirse en los balbuces del alba.

Tapia no quería morir. Automáticamente había cumplido un mandato cuya crueldad recién se le presentaba en toda su dimensión. Hasta el último momento no reparó en la real trascendencia del gesto que realizara instintivamente, pese a contrariar así el más fuerte de los instintos: el instinto de conservación. Incluso llegó a mirar socarronamente al rival que tenía más próximo, sugiriéndole que, con prescindencia del resultado de aquel combate perdido, él conservaría su libertad, escapando hacia la otra vida.

Pero, el percibir en su estómago la agresión del tóxico, el guerrillero se vio invadido por el pánico. No quería morir. No quería morir por amor a esta vida y por temor a la otra.

Toda la energía de su juventud se rebeló ante la proximidad de la muerte. Cada una de sus células se unió en una poderosa protesta biológica contra la aniquilación que, aposentada en sus vísceras, enviaba múltiples emisarios de exterminio rumbo a los centros de su metabolismo. No quería morir. Se aferraba a la vida con ansias de animal sano pero, además de ese violento movimiento orgánico, algo que trascendía el instinto se irguió dentro suyo para sumarse a la resistencia de un cuerpo que retrocedía frente al umbral de la disolución.

Jorge Tapia vio, en efecto, el gran absurdo que había sido su existencia. En imágenes nítidas y concatenadas pasó revista a ella y tomó conciencia exacta de la desoladora esterilidad que quedaba como saldo de esos años. Observó su niñez sin exigencias ni disciplina, su adolescencia librada al socaire del capricho, el odio en alza que

impulsara luego su militancia y que hiciera de él una máquina implacable disparada en pos de un objetivo incierto. Incierto o perverso, según ahora creía entrever.

Todo eso se planteaba Jorge Tapia con relación a esta vida. Pero sus planteos adquirirían dimensión trascendente cuando se referían a la otra.

No en vano una íntima batalla se había iniciado tiempo atrás en el corazón del guerrillero, sin que éste siquiera reparara demasiado en ello. No en vano una voz, tenue, insistente, persuasiva, venía murmurando en los oídos de su alma sin que le prestara la atención debida, aunque sin que se empeñara tampoco en silenciarla, cosa que, de todos modos, jamás hubiera logrado. No en vano, poco antes, mientras se prolongaba el debate entre los delegados del ERP y *Montoneros*, Jorge Tapia intentaba recordar las frases del Avemaría.

Probablemente debido a estos cambios sutiles que afectarían su espíritu, al borde de la agonía, el oficial de las fuerzas irregulares contemplaba estremecido las puertas del más allá. Contemplaba, tembloroso, una eternidad de dolor o una eternidad de dicha que se abrían frente a sí. Supo que no era digno de la dicha interminable. Supo que merecía el castigo. Pero, a la vez, supo que Aquel cuya voz se insinuara últimamente en su alma era capaz de perdonar. Supo que hay una misericordia que va más lejos de todo lo imaginable. Y entonces, arrepentido, lloró.

Lloró en brazos del teniente Chilavert que, con un pañuelo, le secaba la frente ya pálida. En ese momento, por la puerta del frente, entró el suboficial Loguzzo portando los enseres que permitirían disputar a la muerte su presa.

El Falcon verde corría a más de ciento treinta kilómetros por hora de regreso a Buenos Aires. Como un círculo escarlata el sol se levantaba desde el río, encendiendo en las aguas un ancho camino sangriento y pintando de púrpura el cielo sin nubes. La jornada que se iniciaba sería agobiante.

Loguzzo conducía el automóvil mientras, en el asiento posterior, Chilavert practicaba a Tapia repetidos lavajes de estómago. Este parecía muerto pero, según aquél se encargaba de verificar a cada tanto, el pulso latía aún débilmente en su muñeca izquierda.

Después de un brevísimo conciliábulo con el oficial que dirigiera el ataque a “La Damita” desde el frente, se había resuelto que Facundo siguiera a cargo del suicida y que, alterando la práctica habitual —que prescribía internar a éste en la enfermería de la Escuela de Mecánica— se lo transportara directamente al Hospital Naval, donde recibiría el cuidado intensivo que su estado requería perentoriamente.

Desde una quinta próxima al teatro del combate, cuya entrada franqueó el dueño, recién dejada la cama, a un marino que todavía olía a pólvora, se previno telefónicamente a la Guardia del hospital para que estuviera listo todo lo necesario cuando allí llegara Chilavert con el prisionero que transportaba.

En su estado de semiinconciencia, Jorge Tapia percibía a ratos jirones de la realidad que lo circundaba. Y, confusamente, llegó a enterarse de la lucha que Chilavert libraba en favor suyo contra la muerte que llevaba dentro y que, por todos los medios, se empeñaba en ganar la parti-

da. De modo que, entre la confusión que invadiera su mente, Tapia estableció una suerte de alianza con quien había pasado de ser su enconado enemigo para devenir en su salvador. Vagamente advertía que aquel que, hasta hacía poco, intentaba quitarle la vida, ahora se esforzaba por conservársela, no importaba para qué. Toda la humanidad del guerrillero se asoció así con la humanidad del teniente, al cual entreviera cuando, arrodillado, lo apretaba entre sus brazos, secándole la frente solícitamente.

Tapia había vomitado una vez y otra. Sabía que con cada arcada arrancaba de sí algo de ponzoña. Pero ésta había dispuesto de tiempo para difundirse en su organismo y, aunque ahora la desalojaran del estómago, los efectos de su presencia en él continuaban multiplicándose, avanzando hacia los centros vitales.

El dolor era casi insoportable, mitigado a ratos por la pérdida del conocimiento y por cierto sopor que adormilaba al moribundo. Llegó a enterarse de que había amanecido e incluso alcanzó a preguntarse si vería otra mañana. Supo que era transportado y oía sonidos confusos. Un par de veces llegaron hasta su cerebro, claramente, algunas palabras que Chilavert le dirigía:

—Vamos, hombre: aguantá que falta poco. Aguantá que llegamos...

Tapia, obstinado, aguantaba.

En otro momento oyó que se le decía:

—Te voy a salvar como sea... Seguí vomitando, desgraciado.

Y, más adelante, volvió a oír al teniente que rezaba. Que rezaba exigiendo, casi increpando a Dios.

El automóvil entró como una tromba por el portón que corresponde a la Guardia del Hospital Naval. Dos enfermeros se precipitaron sobre él.

En el despacho del Director se desarrolló un corto diálogo:

—Ese preso está bajo mi responsabilidad, señor.

—Se equivoca, teniente; todos los enfermos de este hospital están bajo la mía.

—Me refiero a su custodia y a su destino en caso que sobreviva.

—Ahora, de lo que se trata es precisamente de eso: que sobreviva. Y es asunto de mi competencia. Después ya verá usted, o sus superiores, qué hacen con él.

Concluida la primera parte del cometido que se había impuesto y que, sencillamente, consistía en que el suicida llegara vivo al hospital, Chilavert pensó en el destino que aguardaba al prisionero. Se estremeció y, repentinamente, resolvió que éste continuaría a su cargo. Por encima de toda otra consideración, más allá de las reglas feroces —no escritas por nadie— que regulaban por así decirlo la lucha entre subversivos y represores, sabía que a ese hombre le debía mucho. Por un instante se imaginó recibiendo en el pecho aquel tropel de proyectiles que estuviera a punto de salir del arma que la mujer dirigía contra él, antes que Tapia se le adelantara, abatiéndola.

—Yo tengo una deuda con este *monto* —se dijo el marino—. Y voy a pagar esa deuda.

El guerrillero estaba sin sentido al ser retirado del automóvil. Lo recobró sin embargo cuando comenzaban a tratarlo, con celeridad y eficacia. Lo recobró fugazmente,

tan sólo para ver sobre sí una batería de reflectores que, desde arriba, enviaban un torrente de luz apenas azulada; para sentir un fuerte olor a desinfectante que saturaba el ambiente y percatarse que el dolor parecía ceder un poco. Hasta tuvo noción de una presencia femenina cerca de él, que se manifestaba en el roce de una mano suave y en cierto perfume que se insinuaba entre los vahos asépticos del lugar donde se encontraba. Le reconfortó saberse en un sitio limpio y organizado. Limpio, con una limpieza que añoraba hacía años; organizado, con una organización que apuntaba a proteger la vida y no a quitarla.

Aquella voz que persistía en murmurar dentro del corazón cansado de Tapia volvió a hacerse escuchar allá, muy en lo profundo. Y traía, perceptible, un mensaje de perdón y de paz. Dulcificado su espíritu, el montonero cayó en las tinieblas del coma. Tinieblas que, esta vez, no le causaron pavor sino que fueron para él como ingresar en un sueño, largo, apacible, purificador.

Después de asegurarse que su prisionero no corría riesgo inmediato y que, fuera cual fuere su evolución, no estaría en condiciones de fugar por mucho tiempo, Chilavert se dirigió hacia la Escuela de Mecánica, a cuyas autoridades cupiera organizar la operación antsubversiva de la que participara. Aunque el otro oficial que interviniera en la misma ya estaría informando sobre sus alternativas, el teniente tenía que dar parte respecto a su propia actuación y la que correspondiera a quienes estuvieran bajo su mando. Además, deseaba interceder por el guerrillero que dejara al cuidado de los médicos, tratar de influir sobre su suerte futura, hacer conocer aquel gesto suyo que quería pagar.

El Despacho del Director de la ESMA es, como tantos despachos que ocupan servidores del Estado, realmente impersonal. Claro que, diríamos, impersonalmente naval. Había allí fotografías de buques; una hélice en miniatura que oficiaba de pisapapeles; ceniceros con el ancla de la Armada; un pergamino falso colgado de la pared, donde numerosas firmas recordaban algún cambio de destino; pisos demasiado brillantes; en un rincón una bandera, con su mástil inserto en un pedestal barnizado en exceso.

—¿Cómo dice, teniente? —preguntó el Director, incrédulo.

—Disculpe, señor: digo que me intereso por la suerte del preso, señor.

—¿Y a qué viene eso? Usted debería reducirse a cumplir sus obligaciones, sin meterse en cosas que no le competen.

—Ese hombre, al final, se jugó por nosotros. Ese hombre me salvó la vida, señor.

—¿Por qué dice que le salvó la vida?

Chilavert relató sucintamente los hechos en que fundaba su convicción.

—Ahá —gruñó el Director, meditativo—. Debería arrestarlo, teniente, por interceder en favor de un enemigo. Pero no voy a arrestarlo. Lo comprendo. Veré qué se puede hacer. Retírese, teniente.

—Gracias, señor. Buenos días.

—Adiós. Ya lo volveré a llamar. Y encárguese de que ese preso no se escape, si es que llega a salvarse.

—Comprendido, señor.

Facundo Chilavert dio media vuelta y salió. No tenía

certeza respecto al éxito de su gestión, pero entendió que no había fracasado. Estaba resuelto a persistir en su empeño. Luego de disponer cómo se llevaría a cabo la vigilancia del prisionero, volvió al Hospital Naval para interesarse sobre la evolución del estado de éste.

Al rato, enfundado en un delantal impecable y cubiertas boca y nariz por una mascarilla de gasa; se hallaba junto a Tapia en el sector destinado a terapia intensiva. Tapia dormía profundamente.

3 - 2 de abril de 1982

Aquel que comenzó llamándose *Operativo Azul* para denominarse luego *Operativo Rosario*, consistió en la toma de Port Stanley por fuerzas combinadas del Ejército, Marina y Aeronáutica de la República Argentina que, una vez dominada la capital, extenderían su control a todas las Islas Malvinas, Georgias y Sandwich del Sur.

La puesta en práctica de tal operativo podría aparecer como relativamente sencilla, por cuanto la dotación de *marines* británicos afectada a la defensa del archipiélago no era numerosa y, en particular, éste se encuentra relativamente a poca distancia de las costas argentinas, mientras miles de millas lo separan de Gran Bretaña. Pese a ello, presentaba varias dificultades: la celeridad que las circunstancias impusieron para ejecutarlo; el precario estado de alistamiento de las unidades llamadas a intervenir; la escasa instrucción específica de los conscriptos, recientemente incorporados; los problemas que, siempre, supone operar en mares cuya latitud torna temibles una vez concluido el verano, así como también hacerlo en tierras inhóspitas, casi carentes de caminos y donde el clima constituye un duro oponente para moverse a la intemperie.

Pero, sobre todo, la acción ofrecía un aspecto que la tornaba ardua, multiplicando los riesgos del asalto: en la

medida de lo posible debía evitarse ocasionar bajas al enemigo, a fin de no encrespar la opinión internacional. Este ingrediente del asunto —explicaría el teniente coronel Seinfeldín, uno de sus protagonistas— transformaba el cometido en un dilema de muy difícil solución pues: había que actuar con la rapidez, sorpresa y energía propias de una operación de comandos; las operaciones de comandos, no obstante, se caracterizan por apelar a una extremada violencia, eliminando adversarios sin embarazarse con prisioneros; pese a lo cual, esta operación de comandos tenía como principal consigna alcanzar el triunfo sin derramar sangre adversaria.

Cuando, luego de haberse encabritado en las rompientes, el bote que conducía a Facundo Chilavert encaró directamente la playa, el timonel empujó hacia abajo la barra, con lo cual la inclinación del motor determinó que la hélice saliera del agua, girando fuera de ella cada vez más débilmente pues el contacto había sido interrumpido.

Un envión final impulsó la embarcación sobre los guijarros que festonean aquellas costas y sus ocupantes saltaron al mar, levantando el casco a pulso para depositarlo en tierra.

Cruzaron la estrecha playa a toda velocidad y colocaron el bote al abrigo de unas rocas. Aguardaron luego la llegada del siguiente, cuyo contorno ya se distinguía más allá de la rompiente. Nada en cambio se veía de la fragata que, anclada en la bahía, mantenía sus luces apagadas.

Facundo Chilavert puso pie en las Malvinas. Y tenía conciencia clara de la importancia del momento que vivía.

Es verdad que, dos años antes, cumpliendo una misión secreta a bordo del submarino *San Luis*, había reconocido las costas del archipiélago e, incluso, permanecido en la rada de Port Stanley cuarenta y ocho horas, pero una cosa es observar el panorama al través del periscopio y otra muy distinta pisar realmente el suelo de ese territorio con cuya recuperación soñaron, sueñan y soñarán, sucesivas generaciones de argentinos, llevando así a cabo un verdadero acto de posesión.

El teniente respiró a pleno pulmón la brisa salobre, que olía a resaca y a turba, miró el cielo que encapotaban algunos nubarrones y, por último, trepando un breve acantilado, observó la accidentada geografía que lo rodeaba. En la oscuridad se divisaba una planicie salpicada de rocas y alguna cresta de áspero perfil. El ladrido de los perros pastores se hacía escuchar, nítidamente ahora, en la profundidad de la noche.

—Ya estamos aquí —se dijo Chilavert—. Por fin.

Mientras Chilavert desembarcaba en la angosta playa de Bahía Enriqueta, en el despacho del general Galtieri, presidente de la República Argentina, el teléfono sonaba con insistencia.

Acompañado del canciller Costa Méndez y numerosos funcionarios, Galtieri levantó el auricular mientras varios grabadores se ponían en funcionamiento, junto con algunos amplificadores conectados oportunamente que difundirían, para conocimiento de todos los presentes, el diálogo que había de mantenerse. Al otro extremo de la línea, en la Casa Blanca de Washington, estaba el presidente Ronald Reagan.

La conversación fue extensa, jalonada por la pregun-

ta *¿me comprendió usted, señor presidente?*, tendiente a evitar posibles equívocos respecto a sus términos.

Reagan comenzó diciendo: “Señor presidente, tengo noticias confiables de que la Argentina adoptará una medida de fuerza en las Islas Malvinas. Estoy, como usted comprenderá, muy preocupado por las repercusiones que una acción de ese tipo podría traer. Quiero manifestarle, señor presidente, la preocupación de los Estados Unidos y la necesidad de que se encuentre una alternativa al uso de la fuerza.”

Respondió Galtieri: “Ante todo quiero agradecer su preocupación, señor presidente. Deseo recordarle que mi país ha mantenido en este litigio con Gran Bretaña una actitud permanentemente favorable a la negociación, como lo demuestran los diecisiete años de conversaciones infructuosas en el marco de las Naciones Unidas, que hemos encarado con una nación que, hace casi un siglo y medio, usurpó por la fuerza un territorio que por derecho pertenece a la Argentina...”

El diálogo se mantuvo largo rato. Reagan mezclaba amables párrafos disuasivos con veladas amenazas. Galtieri combinaba la cortesía con la firmeza. Los grabadores zumbaban discretamente.

“Señor presidente” —insistió Reagan— “creo que es mi obligación advertir a usted que Gran Bretaña está dispuesta a responder militarmente a un desembarco argentino. Así me lo ha hecho saber el Reino Unido. Además, la señora Thatcher —mi amiga— es una mujer muy decidida y ella tampoco tendría otra alternativa que dar una respuesta militar. El conflicto será trágico y tendrá graves consecuencias hemisféricas.”

—“Le repito, señor presidente” —insistió Galtieri— “que la Argentina no buscó esta situación y que su volun-

tad negociadora ha quedado inequívocamente demostrada en los últimos diecisiete años de conversaciones”.

—“Debo entender de sus palabras, señor presidente, que la Argentina mantiene su posición respecto al uso de la fuerza...”

—“La Argentina lamenta esta situación, señor presidente. Pero la realidad es que la capacidad negociadora y la actitud pacifista de mi país tienen un límite...”

—“Sólo puedo decir que lamento no haber tenido éxito al transmitirle mi preocupación por el efecto de esta situación en el futuro del hemisferio...”

—“La Argentina y el pueblo argentino, señor presidente, le agradecen este gesto...”

Hubo algunos fríos párrafos de despedida y ambos presidentes colgaron el auricular.

Faltaba poco para medianoche cuando el último de los botes neumáticos varó en la playa. De inmediato, sus tripulaciones fueron divididas en dos grupos: el más numeroso, a cargo del capitán de Infantería de Marina Guillermo Sánchez Sabarots, debía dirigirse rumbo al cuartel de los *Royal Marines* británicos en *Moody Brook*, sobre el extremo occidental de la bahía a cuya margen se halla Puerto Stanley; el otro, comandado por el también capitán de Infantería de Marina Pedro Eduardo Giachino, avanzaría directamente hacia la capital del archipiélago para copar *Government House*, la residencia del Gobernador. Chilavert formaba parte de este grupo.

Quienes encabezaban ambas fracciones cambiaron unas pocas palabras antes de iniciar la marcha hacia sus objetivos, despidiéndose con un deseo de buena suerte que se tradujo en los pulgares levantados, según se

estila entre los pilotos de aviones.

Con Giachino a la cabeza y Chilavert pisándole los talones, el pelotón de Comandos Anfibios y Buzos Tácticos que aquél conducía tomó en dirección nordeste, dejando a su derecha *Zapper Hill*, una elevación herbosa, coronada de peñascos desgastados por el clima. En algún momento, desde un establecimiento ganadero que soslayaron en su avance y que parecía completamente dormido, tres guiños de luz se proyectaron hacia un punto más lejano, desde donde otra guiñada pareció una respuesta en código. Y probablemente fuera una respuesta en código, pues los *kelpers* montaron un eficaz sistema para informar sobre movimientos de las tropas argentinas a lo largo de todo el conflicto.

No era fácil caminar a campo traviesa en la noche sin luna, aumentando las dificultades cuando, al superar depresiones del terreno, debían los incursoses atravesar bancos de niebla que flotaban pegados al suelo. Sin embargo, el progreso era rápido y callado, rompiéndose solo el silencio cuando rodaba algún guijarro o entrechocaban los metales de las armas.

Por fin, desde la ceja de una loma, advirtieron los argentinos la mancha clara del mar que se remansaba frente a ellos y, acostado a su vera, el poblado hacia el cual se dirigían. Pronto alcanzaron las barracas que, irregularmente agrupadas, constituyen los exiguos arrabales de Port Stanley.

El capitán Giachino conocía de memoria la traza de aquella ciudad, que había estudiado mil veces. De modo que no vaciló al elegir la calle que los llevaría hasta el edificio gubernamental. Marchaban pegados al borde interior de las veredas, allí donde la sombra era más espesa. Sigilosos, superaban pequeños jardines limitados por verjas

blancas o se aplastaban contra el frente de las casas que carecían de ellos. Cruzaban las bocacalles agazapados. Aunque no pudieran asegurarlo, en algún momento creyeron ver que los visillos de una ventana se corrían lo suficiente para que alguien espíara a través de los mismos. Y los perros que, como los gansos del Capitolio, anunciaban su llegada a la costa, seguían ocasionando problemas, hasta el punto de que un par de ellos debió ser repelido a culatazos, alejándose aullando.

Faltaba un buen rato para el alba, que en esas latitudes y comenzado el otoño sobreviene a las 08:00, cuando los comandos se desplegaron frente a la Gobernación. Esta es una edificación de planta, con un aire tan británico como el de las demás viviendas que se alzan en la isla. Dentro, una sección de *Royal Marines* se aprestaba para la defensa. Chilavert tomó posición cerca del capitán y del teniente Diego Fernando García Quiroga. Por esas incongruencias propias de momentos graves, se distrajo pensando que el nombre de Facundo le cuadraba mejor a García Quiroga que a él. Alejó de inmediato esa reflexión vana y observó a uno de sus compañeros que, desprendiéndose del grupo, procedió a cortar con unos alicates los cables que vinculaban el teléfono del Gobernador con la red general.

Múltiples acontecimientos se habían producido entre el instante que el primer bote arriado desde la *Santísima Trinidad* tocara tierra en Bahía Enriqueta y aquel en que el capitán Giachino se disponía a intimar rendición al Gobernador Rex Hunt.

Efectivamente, una gran operación aeronaval que incluía diversos desembarcos estaba en plena realización.

Las cabeceras de playa habían sido señaladas por buzos tácticos transportados en el submarino *Santa Fe*, un sumergible antiguo de origen norteamericano, clase *guppy*, al cual se modificara el diseño de su torreta. El rompehielos *Almirante Irizar* colaboró con la fragata para poner en la orilla los Comandos Anfibios, mientras del transporte *Cabo San Antonio* descendían en Yorke los efectivos del Batallón de Infantería de Marina 2 y una sección de tiradores del Regimiento 25, perteneciente al Ejército. Tales unidades contaban con poderosos vehículos blindados LVT, de la Armada Argentina. A esas fuerzas cabe agregar la fragata *Hércules* y las corbetas *Drumond* y *Grandville*, enviadas éstas muy al este del archipiélago, probablemente para impedir el regreso del buque de guerra británico *Endurance*, destacado desde Stanley para expulsar de las Georgias a los obreros que allí se hallaban, por cuenta del empresario Davidoff. Finalmente, como para completar el cuadro con una amplia mirada a vuelo de pájaro, ha de señalarse que en el continente varias unidades del Ejército se movían hacia el sur, mientras otras esperaban que los aviones de la Fuerza Aérea iniciaran el puente que las pondría en las islas.

Los comandos bajo las órdenes de Sánchez Sabarots, finalmente, se aproximaban al acantonamiento de los *Royal Marines* en *Moody Brook*.

Giachino indicó a García Quiroga, que dominaba el inglés:

—Hábleles.

Haciendo bocina con las manos y a toda voz, gritó el teniente:

—Míster Hunt: somos *marines* argentinos, la isla

está tomada, los vehículos anfibios han desembarcado y vienen hacia aquí; hemos cortado su teléfono y le rogamos salga de la casa solo, desarmado y con las manos sobre la cabeza, a fin de prevenir mayores desgracias. Le aseguro que su rango y dignidad, así como la de toda su familia, serán debidamente respetados.

Nadie respondió desde la Gobernación.

—Repita el mensaje —ordenó Giachino.

García Quiroga repitió el mensaje.

Tampoco respondió nadie.

—Tíreles un granadazo —dijo Giachino a García Quiroga.

El teniente desenganchó una granada de su arreo, le quitó el seguro y, dejando transcurrir un breve lapso, la arrojó al medio del jardín que los separaba del edificio.

La explosión conmovió el poblado, levantando una corola de tierra en el césped. Era la primera que sonaba a raíz de la ocupación argentina. Infinidad de ellas retumbarían luego.

Apagado el eco del estallido, se oyó desde dentro:

—*Mister Hunt is going to get out.* ⁴

Nada ocurrió sin embargo.

De improviso, sucesivas ráfagas de metralleta partieron del edificio, dirigidas contra los marinos atacantes, que se pegaron contra el piso o completaron su cobertura parapetándose tras unos árboles, cuya corteza mordieron las balas. Chilavert recordó el asalto a "La Damita", cuando luchaba contra la subversión: en todas partes las armas hablan el mismo idioma.

—Jefe —indicó García Quiroga a Giachino— si no entramos nos cocinan.

4. Mr. Hunt está saliendo.

—Sí, hay que entrar —convino el jefe.

Acto seguido, dando un salto, se lanzó contra la puerta principal del edificio. Varios lo siguieron, mientras otros sostenían el fuego contra las ventanas, cubriéndolos.

Ante el empuje de los asaltantes cedió la puerta, que comunicaba con un pasillo estrecho, a lo largo del cual disparaban los defensores. Allí cayó Giachino. Detrás suyo, García Quiroga. Luego relataría éste:

“Sentí que me arrancaban el brazo. Fue como un hachazo, luego un empujón leve, indoloro, y fuego en el abdomen. Pensé en hablar, no sé qué dije, llamé a mi mujer y me caí junto a un pequeño cobertizo contra el que se incrustaban las balas.”

Chilavert desvió su carrera y auxilió a García Quiroga. El cabo enfermero Urbina se dirigió hacia Giachino, que estaba malherido. Al aproximarse a su jefe, también Urbina resultó alcanzado. Explicaría más tarde:

“Corrí tres o cuatro pasos y de pronto sentí un golpe a la altura de la cintura que me levantó en el aire y caí de espalda.”

Las bajas frenaron el asalto. Cuando éste se reiniciaba, un sordo estruendo conmovió las calles de Port Stanley, por las cuales avanzaban columnas de vehículos anfibios desembarcados del *Cabo San Antonio* y que tomaron posiciones frente a la Gobernación. El despliegue de fuerzas demostró a los defensores que toda resistencia era inútil.

Mr. Hunt se comunicó por radio con la fragata *Santísima Trinidad*, proponiendo un encuentro con quien comandaba aquella operación. El almirante Busser aceptó.

Mientras tanto, los comandos dirigidos por Sánchez Sabarots habían llegado a *Moody Brook* y, luego de practicar fuego de ablandamiento sobre el cuartel inglés, confirmaron que el mismo se hallaba vacío. Los *Royal Marines*, en efecto, supusieron que el eventual ataque a las islas podría realizarse por lugares distintos a los que realmente eligiera el mando argentino: esperaban un desembarco al norte de la península de Freycinet y otro, utilizando helicópteros, en el aeropuerto de Stanley.

Al entrar los hombres de Sánchez Sabarots en las cuadras donde se alojaba la tropa inglesa, encontraron en ellas gran cantidad de latas de cerveza y las paredes profusamente decoradas con ilustraciones pornográficas.

Con bandera de parlamento llegó a la Gobernación el almirante Busser, acompañado por los capitanes Roscoe y Monnereau, el comodoro Gilobert y el secretario general de la gobernación sitiada. Así narraría Busser su experiencia:

“Tuve una extraña sensación al entrar a la residencia del representante de la Corona; me parecía estar sentado en la butaca de un cine viendo una película con un tema colonial del Imperio Británico: una película del período colonial inglés en la India.”

El despacho de Mr. Hunt mostraba las huellas del enfrentamiento, destruidas las claves y las máquinas de cifrar. Se cambiaron pocas palabras entre los hombres allí reunidos. Con sangre fría, el funcionario de Su Majestad intimó a Busser que abandonara el archipiélago. Este respondió:

“Desembarcamos en la misma forma que ustedes lo hicieron en 1833 y mis órdenes son desalojarlo a usted y a

las tropas británicas para restituir el territorio a la soberanía argentina.”

Hunt miró a los mayores Norman y Noot, de la Infantería de Marina Inglesa, que lo acompañaban, y estos hicieron un seco gesto de asentimiento. Frente a la incontrovertible elocuencia de los hechos, sólo cabía aceptarlos. A las 09:15 del 2 de abril, el Gobernador británico se rendía ante el general García, del Ejército Argentino.

Los efectivos desembarcados se desplegaron en la ciudad. Antes de ser ocupada por ellos, desde una estación de télex se mantuvo con la metrópoli el siguiente diálogo:

—(Londres): ¿Qué significan todos esos rumores sobre los argentinos?

—(Port Stanley): Tenemos muchos nuevos amigos.

—(L): ¿Qué hay de los rumores de invasión?

—(PS): Esos son los rumores a los que me refiero.

—(L): ¿Desembarcaron?

—(PS): Por supuesto.

—(L): ¿Están ustedes abiertos al tráfico?

—(PS): No hay órdenes todavía; uno debe obedecer órdenes.

—(L): ¿Órdenes de quién?

—(PS): Del nuevo gobernador.

—(L): ¿Argentino?

—(PS): Sí.

—(L): ¿Los argentinos están en control?

—(PS): Sí...

Una vez removidos aquellos obstáculos dispuestos por los *Royal Marines* en el aeropuerto, aterrizó allí el primero de los aviones *Hércules* que iniciaba el *punte* mediante el cual se abastecerían las islas de hombres y pertrechos. La defensa de este punto vital fue confiada al teniente coronel Seineldín y sus fuerzas de Ejército, que cumplirían cabalmente su cometido.

A media mañana murió el capitán Giachino. García Quiroga y Urbina serían evacuados al continente.

Una formación reducida prestó marco a la ceremonia del cambio de banderas. El teniente Chilavert dirigía la corta tropa que rendía honores. Lentamente bajó del mástil la enseña británica y fue izada la argentina, que ondeó en el cielo plomizo de las Islas Malvinas.

4 - Nace una amistad

Después de luchar a brazo partido contra el veneno, Jorge Tapia desanduvo el empinado camino que lo llevaba de la vida a la muerte. Fueron duras jornadas aquellas, en que los médicos se aliaron con la fuerte complexión y las ganas de vivir del guerrillero, mientras éste se aliaba con la pericia y dedicación de los médicos. A los esfuerzos de todos ellos se sumó el de las enfermeras, entre las cuales una se transformó en el ángel tutelar del hombre que, después de intentar suicidarse, se negaba a morir.

Cuando Tapia supo que esa mujer morena y esbelta se llamaba Violeta —Violeta Bermúdez—, lo consideró muy natural. En efecto, durante los lapsos en que había recuperado la conciencia a poco de ser internado, entre los olores asépticos que lo rodeaban, pronto distinguió una fragancia sutil —un perfume de violetas— que lo envolvía cuando se aproximaba a él una muchacha de guardapolvo blanquísimo. Como esa presencia le resultaba reconfortante, empezó a alegrarse cada vez que aquel aroma adelantaba la llegada de quien empezó a identificar como *la chica de las violetas*. De modo que, al informarle ella que su nombre era Violeta, respondió que ya lo sabía.

—¿Quién se lo dijo?

—Nadie. Pero lo sabía.

—¿Y por qué me preguntó, entonces?

—Para estar seguro.

Fuera de esas breves conversaciones con la enfermera Bermúdez, Tapia hablaba muy poco. Abandonó por fin la sala de terapia intensiva, destinándosele una habitación individual, ante cuya puerta se apostó un centinela.

Además de evocar aquel perfume que aspirara al ingresar en el hospital, Jorge Tapia recordaba al oficial contra el que se enfrentara en “La Damita”. Su memoria retenía fragmentos de escenas donde éste aparecía y sabía que su intervención había sido decisiva para salvarlo. Intentó poner orden en esa especie de película, discontinua y parcialmente velada, donde el marino jugaba un rol fundamental.

Y así, de pronto, reconstruyó un momento culminante del *film*, que servía de clave para entender el resto. Se vió a sí mismo ordenando un *alto el fuego*, cercados él y sus compañeros por gente de la Marina que los copara en una quinta ruinoso. Y recordó que, compañeros y adversarios, habían prestado oídos a ese grito, cesando los disparos. Recordó también que, en medio del súbito silencio de las armas, una guerrillera que se encontraba en el piso alto se movió sigilosamente y, a traición, descargó su escopeta sobre un chico, suboficial de la Armada, al cual prácticamente segó con un tiro en el vientre. Tapia consideró aquélla una acción cobarde y, cuando la mujer se dispuso a tirar de nuevo, le dirigió una ráfaga de metrallera, abatiéndola. Pero, forzando la memoria, advirtió ahora que, dado el modo cómo la guerrillera había enfilado su arma, seguramente la segunda perdigonada hubiera hecho

blanco en ese oficial que, a partir de entonces, lo atendiera tan solícitamente.

—De modo que ahí está el motivo —se dijo Tapia—. Ese hombre cree que me está devolviendo un favor. Y tal vez tenga razón. Claro que, si la mina tiraba de nuevo, ninguno de nosotros contaba el cuento: tampoco ella...

Recordó por último al oficial arrodillado a su lado y la lucha tremenda que emprendiera para sustraerlo al efecto del cianuro que ingiriera; una carrera loca en automóvil; algunas palabras del marino junto a su oído (*aguantá que falta poco*) y una oración que murmuraba, como increpando a Dios.

—Estamos a mano —concluyó Tapia.

Pero Facundo Chilavert no entendía lo mismo. Consideraba que aún tenía mucho por hacer si pretendía cambiar la suerte reservada a Tapia. Había logrado que le fuera confiada su custodia, mientras permaneciera en el hospital. Pero sabía que la permanencia del guerrillero allí obedecía a un temperamento de excepción que duraría poco. Como veía algo absurdo y siniestro en el hecho de curar a un hombre para someterlo después a un trato feroz (lo asimilaba al caso de algunos delincuentes norteamericanos, cuyas vidas conservaran los médicos nada más que para permitir conducirlos hasta la silla eléctrica), el propósito del oficial no se daba por satisfecho con haberlo salvado del cianuro: trataría de llevar su tarea hasta el fin. Claro que, para ello, tendría que obtener ciertas garantías por parte de Tapia: tampoco era cuestión de devolver un combatiente a las filas subversivas, en perfecto estado de salud.

Antes de verla, su perfume informó a Tapia que la enfermera Bermúdez había entrado al cuarto. Le dijo ésta, casi confidencialmente:

—Vienen a visitarlo.

Inmediatamente llegó Chilavert.

Se retiró la enfermera y el oficial ordenó al centinela:

—Déjenos solos, marinero; yo me hago cargo.

Se alejó el guardia y los hombres se miraron con algún embarazo, sin saber qué decirse. Chilavert veía ante sí a un individuo que, probablemente, tuviera menos de treinta años aunque aparentara más, con barba descuidada y pelo largo, donde aparecían algunas canas prematuras; nariz afilada y frente alta; un tic nervioso le contraía esporádicamente una comisura de la boca. Tapia, por su parte, tenía enfrente a un gigante de hombros cuadrados, claros los ojos y pelo al rape; no obstante la obstinada decisión que delataba el mentón poderoso, la expresión del marino conservaba una cierta candidez infantil.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó abruptamente Chilavert, rompiendo el silencio.

—¿Ya empezamos con las preguntas? —ironizó Tapia.

—No vengo a interrogarlo. Pero es bueno que cada cual sepa con quien está hablando. Yo soy Facundo Chilavert, teniente de la Armada.

La franqueza del oficial y su evidente intención de no aparecer como un inquisidor descolocaron al guerrillero que contestó:

—Está bien. Para la Organización soy *Chacho*, pero eso a usted no le dice nada. Mi nombre es Jorge Tapia, aunque ya casi me lo estaba olvidando.

Le impresionó a Tapia pronunciar de nuevo su nombre verdadero y su auténtico apellido. Era como recobrar

un retazo de su personalidad, perdido hacía mucho; era como asomar desde el pozo oscuro de la clandestinidad. Repitió, despaciosamente, hablando para adentro:

—Mi nombre es Jorge Tapia...

Chilavert respetó esa incursión hacia el pasado que se permitía su interlocutor, quien retomó la palabra.

—No sé por qué le digo esto. Nuestra consigna es el silencio. El silencio a toda costa... Pero ya estoy harto de consignas.

Chilavert analizaba a Tapia. Y apreció que su actitud no obedecía a cálculo o cobardía. Más bien —pensó el oficial— detrás de ella había una gran fatiga, quizá muchas decepciones. Creyó que era el momento oportuno para decir:

—Vea, Tapia, le debo la vida. La otra noche, cuando...

—Déjese de historias —interrumpió el guerrillero, — si no fuera por usted no sé dónde estaría yo a estas horas; mejor dicho, lo sé perfectamente.

—Pero no sabe para qué queremos conservarlo en buenas condiciones... en condiciones de hablar.

—Esa es otra cosa. Le aseguro que no soy flojo.

Se estableció una pausa larga, molesta. Fue el marino el que le puso fin:

—De todos modos, vine aquí a tratar otros asuntos.

—Usted dirá.

Chilavert resolvió seguir utilizando la franqueza.

—No me gustaría haberle conservado la vida para que lo cocinen. Pero tampoco debo devolver un combatiente al enemigo. Aun en el caso que pudiera hacer algo en ese sentido.

Tapia comprendió acabadamente los términos del dilema. Meditó un rato. Una prolongada lucha interior iba

llegando a su fin. Aunque la posibilidad de transformarse en traidor le provocaba un rechazo visceral. Dijo, clavados los ojos en el techo:

—Como oficial montonero, soy un hombre acabado. Ya era un hombre acabado antes que me agarraran. Eso no va más. He visto demasiado. Se me acabó la cuerda. No creo en nada.

Advirtió Chilavert que tales palabras no le estaban dirigidas, que Tapia hablaba consigo mismo formulándose una suerte de confesión, acaso demorada desde mucho tiempo atrás. Prosiguió el monólogo:

—Usted no se imagina lo que es volver a estar acostado en una cama con sábanas limpias, como éstas: lo que es saber que, para bien o para mal, ya no tengo que esconderme ni escapar; lo que es tener cerca una mujer que no haya matado a nadie; lo que significa no verse obligado a repetir consignas que a uno le suenan cada vez más vacías...

—No sé nada de eso pero lo supongo. Cuando se combate durante mucho tiempo, los enemigos empiezan a parecerse un poco, empiezan a ponerse unos en el lugar de los otros, aunque eso no implique darse cuartel.

—Así es, teniente. Yo también me he puesto muchas veces en sus zapatos. Y les hubiera cambiado los papeles. Si nosotros creíamos en nuestra causa, al principio por lo menos, ustedes también creen en la suya: pero, después de pelear, regresan a casa... Aunque no piense que tenga decidido cambiar de bando. No, no tengo nada decidido, no estoy en condiciones de decidir nada. Creo que no podría entrar a la cancha con la camiseta del otro equipo... Quisiera sentarme en la tribuna. No, más que eso: me gustaría estar lejos del estadio.

Entre los argentinos, el lenguaje del fútbol sirve para

hacerse entender, incluso en situaciones donde los términos deportivos podrían aparecer como totalmente fuera de lugar.

—Nadie le pide que cambie de camiseta. Sin embargo ¿usted se comprometería a abandonar la cancha?

—Qué sé yo.

—Mire que su suerte no está en mis manos. Hay mucha gente por encima mío que es la que resuelve. Deme al menos alguna garantía para intentar hacer algo en su favor.

—No puedo darle garantías, teniente. De todas maneras ¿para qué le serviría la palabra de un guerrillero preso? ¿Quién la va a creer? ¿Quién puede admitir que no sea un modo de sacar ventajas no más? ¿Qué quiere? ¿Que me comprometa bajo palabra de honor a no empuñar las armas de nuevo? Acuérdense que nosotros consideramos el honor un prejuicio burgués. Usted quedaría como un ingenuo si negociara cualquier cosa fiado en mi palabra.

—Es cierto. Pero me voy con la impresión de que usted es, definitivamente, un ex montonero. No creo equivocarme.

—Esa impresión corre por su cuenta, teniente.

Chilavert dio por concluido el encuentro. Se dio vuelta bruscamente.

—Adiós.

—Adiós, teniente. Y... gracias.

Al salir, el marino se dirigió a su subordinado:

—Centinela, vuelva a su puesto.

De nuevo estaba Chilavert frente al Director de la Escuela de Mecánica. Luego de un sobrio alegato concluyó:

—Tengo para mí que ese hombre no volverá a com-

batir contra nosotros, señor.

—Me parece que usted todavía cree en los Reyes Magos, teniente. Y, además, ¿propone que prescindamos de la información que podríamos arrancarle?

—Eso me propongo, señor. Le debo la vida, señor.

—Le recuerdo, teniente, que en esta guerra no hay lugar para románticos.

—Ya lo sé, señor. Pero le vuelvo a solicitar que considere el asunto, señor.

—Tenga la seguridad de que lo estoy considerando.

El Director había afirmado con absoluta convicción que en la guerra que sostenían no había lugar para románticos. Aunque, de inmediato, recordó al oficial que compartiera con Chilavert la responsabilidad del operativo llevado a cabo en “La Damita”, atacando la casa por el frente.

—Otro romántico —se dijo—. Y ya van dos.

Ese oficial, en efecto, al momento de informar sobre lo actuado comunicó el gesto de Tapia, agregando:

—Habría que hacer algo por él, señor. Siempre que sobreviva al veneno.

—Con hombres así no vamos a ir muy lejos —pensó el Director. Para rectificarse en seguida: —No. Sé muy bien que es precisamente con hombres como éstos con los que lograremos la victoria. No me gustaría comandar una cuadrilla de desalmados.

En voz alta cerró el diálogo:

—Y cuando le digo que estoy considerando el asunto es que lo estoy considerando. Tenga la seguridad. Pero, eso sí, no deje escapar a ese hombre: le costaría caro.

Jorge Tapia había escapado.

Cuando Chilavert llegó al hospital para relevar al centinela, encontró a éste demudado:

—¿Qué pasa, marinero?

—El *monto* se escapó, señor.

—¡¡¿¿Qué??!!

—Que se escapó, señor.

—¿Y cómo fue eso?

—No sé bien, señor.

Todo resultó bastante sencillo para el guerrillero. En primer lugar su recuperación fue más rápida y completa de lo que los médicos pudieran prever, aunque él se encargó de disimularlo. En segundo término, el personal del hospital cometió la imprudencia de dejar en el cuarto la ropa del enfermo que, si bien se parecía poco a la indumentaria de cualquier pacífico ciudadano, reducida a sus prendas más elementales y reemplazados los borceguíes por las zapatillas que se proveía a los pacientes, otorgaba a quien se las pusiera un aspecto que, aunque algo estrafalario, no recordaba al de un combatiente irregular. El resto de la huida se llevó a cabo con la facilidad de las jugadas perfectas, cuando se las ejecuta con audacia.

Un equipo se encargaba de la limpieza del hospital en las primeras horas de la mañana. Cuando tres de sus integrantes entraron al cuarto de Tapia, éste se había vestido y esperaba en cama, tapado con la sábana hasta el mentón: hasta el mentón que, en el baño contiguo y durante la noche, se había afeitado, reduciendo también el volumen de su melena. Al retirarse los encargados de la limpieza, Tapia salió pegado a sus talones, como si fuera uno de ellos. El centinela, harto de la monótona misión que se le confiara —la misión de evitar fugara alguien que no estaba en condiciones de fugar— no advirtió que salía del cuarto

un hombre más de los que allí entraran para limpiarlo. Limpia operación. Por otra parte, si hubiera mirado hacia adentro, habría visto en la cama un bulto que sugería al preso durmiendo, vuelto de espaldas. Un bulto formado por una almohada y dos almohadones, según verificó momentos antes de que Chilavert llegara con el relevo.

—Se me presenta arrestado en la ESMA... ¡Ya!
—rugió el teniente, advirtiendo en seguida que él debía hacer otro tanto.

—¡Maldito *montó!* —concluyó—. Esto me pasa por imbécil.

Si bien algunos lo miraron con cierta extrañeza, Tapia ganó la calle sin inconvenientes. No tenía ni una moneda encima, de manera que debía prescindir del transporte público.

—¿Y ahora? —pensó—. ¿Dónde voy?

Era ese un problema que dejara sin resolver, circunscibiéndose hasta entonces a ajustar los detalles para huir del hospital. Y era un problema grave. Antes de transcurrida una hora, en efecto, tendría detrás suyo todo el aparato represivo. Y estaba dispuesto a no tomar contacto de nuevo con *La Orga*, varios de cuyos escondites conocía, aunque sin poder afirmar que, a la fecha, no hubieran sido descubiertos o, siguiendo una rutina impuesta por la prudencia, abandonados y sustituidos por otros.

Pese a hallarse en libertad, el fugitivo se sintió más prisionero que antes, como si dos opuestas planchas de acero se fueran cerrando sobre él, lenta pero inexorablemente.

—¿Y ahora dónde voy?

Reparó en que su huida había interpuesto una barrera

infranqueable que lo separaba de la enfermera Bermúdez. Y lo lamentó más de cuanto hubiera supuesto. *La chica de las violetas* se le había metido en el sentimiento de una manera que antes no experimentara respecto a ninguna otra mujer.

—Estás en completa decadencia, muchacho —se dijo—. Descuidate y hasta, en una de esas, te enamoraste como un colegial. Es lo único que te faltaba.

Incluso, por un instante, lamentó también la situación que su fuga plantearía a Chilavert, aunque rápidamente aventó tal pensamiento como una sensiblería injustificable.

—Bueno sería que te lamentaras por el marino gorila que te enjauló.

El dilema de Tapia seguía en pie:

—¿Y ahora dónde voy?

Se decidió por fin. Iría a casa de sus padres. No le importaba el riesgo que ello entrañara. La visita sería breve y habría vuelto a huir antes que a ningún perseguidor se le ocurriera buscarlo allí. Se haría de ropa, de dinero, pero, sobre todo, vería de nuevo a sus padres. ¿Cuánto hacía que no sabía de ellos? ¿Tres, cuatro, cinco años? El corazón le latió aceleradamente ante la perspectiva de abrazarlos. Iría caminando.

Chilavert fue arrestado de inmediato. Ni siquiera se atendió su pedido de intentar la captura del fugitivo —que ya consideraba una cuestión personal—, para cumplir luego la sanción que se le impusiera.

—Que de eso se encargue alguien más capaz que usted —le había contestado, fríamente, el Director.

Tapia caminó muchas cuadras para llegar al edificio de la Avenida Libertador, frente a los jardines de Palermo, en cuyo tercer piso vivía su familia cuando Jorge la abandonara. El emplazamiento del piso, por otra parte, era el que correspondía a quienes, como los Tapia, cuentan con una sólida posición económica, que también así suele exhibirse, no sea cosa que pase desapercibida.

El *palier* estaba vacío cuando llamó el ascensor. Y lo embargaba una fuerte emoción cuando tocó el timbre del 3º "A". ¿Habrían cambiado mucho sus padres? ¿Lo reconocerían de inmediato? ¿Estaría algún hermano suyo en casa?

La campanilla sonó largamente en el interior del departamento. Al rato se oyeron movimientos dentro. Se abrió la puerta y apareció una mucama, en uniforme, a la cual no conocía:

—¿Hay alguien de la familia Tapia? —pregunto Jorge con esfuerzo, pues tenía un nudo en la garganta.

—No —contestó la mucama—. Ellos se mudaron hace tiempo. Cuando murió el señor.

A Jorge se le vino el mundo abajo. Pero sin embargo reponerse lo suficiente para hacer otra pregunta:

—¿Y no sabe dónde se mudaron?

—No, señor.

Violeta Bermúdez lamentó la fuga del guerrillero. Había algo en él que la atraía, cierta mezcla extraña de decisión y desvalimiento.

Si desvalimiento. Eso es lo que experimentaba Tapia al salir de aquella que fuera su casa. Desvalimiento, de-

samparo. De algo se valdría no obstante para no retornar a la clandestinidad. Estaba mortalmente cansado.

El oficial de guardia se presentó en el cuarto donde Chilavert permanecía arrestado. Escuetamente ordenó a éste:

—Preséntese al Director.

Y grande fue la sorpresa de Chilavert cuando, en el despacho del Director, encontró también a Jorge Tapia.

—Este hombre vino a entregarse aquí —le comunicó el Director—. A pesar de todo, parece que usted no andaba errado.

Chilavert miró a ambos, sorprendido. Prosiguió el Director:

—Linda yunta. Pueden saludarse, si quieren.

La escena resultaba un tanto insólita. El oficial de marina y el oficial *montonero* estaban cohibidos. El que se adelantó fue Tapia, con la mano tendida. Chilavert se la estrechó vigorosamente.

Había quedado sellado un pacto de amistad entre dos hombres llenos de cualidades, peculiares y complementarias.

5 - Las Malvinas recobradas

Concluida la breve ceremonia del cambio de banderas, Facundo Chilavert quedó sin una misión fija a cumplir en lo inmediato. Ante su pedido de instrucciones, el superior le contestó evasivamente:

—Colabore donde haga falta, teniente.

Y se tomó la orden al pie de la letra.

Participó en la captura de la radio; ayudó a mejorar con elementos recién llegados el utilaje del hospital; completó la escolta que vigiló a los *Royal Marines* prisioneros; hasta actuó como policía de tránsito, dados los trastornos que ocasionaba el hecho de que los blindados argentinos marcharan por la derecha —según las ordenanzas vigentes en su país— mientras los pocos vehículos de los kelpers que circulaban esa mañana lo hacían por la izquierda, conforme a la modalidad británica extendida al archipiélago.

No obstante todas las tareas cumplidas, Chilavert se hizo tiempo para caminar por la ciudad, recorriéndola despaciosamente de punta a punta, siempre con el arma pronta pues era notoria la hostilidad de sus pobladores hacia los soldados, lo cual no dejaba de ser comprensible, aunque sólo fuera por la conmoción que su presencia introdujera en la apacible existencia de aquella sociedad, re-

ducida, pastoril y marginada. Las tropas sin embargo cumplían escrupulosamente las órdenes recibidas y no sólo se comportaban con absoluta corrección sino que intentaban ser cordiales con los kelpers, quienes devolvían los saludos con un hosco silencio o, en todo caso, con monosílabos guturales.

Así como, al entrar en la Gobernación, el almirante Busser se había sentido transportado a la India victoriana, Chilavert creía recorrer algún pueblo perdido en las colinas de Escocia o en los paisajes de Gales. Las casitas de madera, pintadas algunas de verde oscuro o de color vino, con los marcos de puertas y ventanas blancos, se alinean en las calles con pendiente, alegrados sus frentes por retazos de césped o pequeños arbustos que crecen junto a la calzada. Tras los cristales había cortinas floreadas y el humo de turba se levantaba, desde muchas chimeneas pues, suspendido el suministro de gas argentino, los isleños habían tenido que utilizar de nuevo el combustible tradicional en la región. Los perros se estaban acostumbrando ya al ir y venir de aquellos recién llegados, cuyas voces sonarían diferentes en sus peludas orejas y cuyos borceguíes arrancaban del pavimento ecos desacostumbrados.

Chilavert, en su mal inglés, pretendió anudar algún diálogo con los escasos transeúntes que encontró: sólo recogió en respuesta sordos gruñidos y hasta cierto gesto airado que le dirigió una vieja que se encaminaba al almacén en procura de provisiones. Apenas un chico, muy rubio, mostró interés por la conversación del teniente: se levantó del escalón donde estaba sentado y aceptó una barra de chocolate que éste sacó del bolsillo; inquirió luego respecto al puñal que colgaba del cinturón de Chilavert y, sobre todo, se interesó por el funcionamiento de la brújula

que el oficial llevaba en la muñeca, despidiéndose por fin, agitando la mano.

Sonrió el marino al observar la pronunciada inclinación que presentaba una cancha de fútbol que ocupa un breve prado, próximo a la bahía, advirtiéndolo luego que no había en todo el contorno un lugar adecuado para construir otra que no ofreciera ese inconveniente. Se detuvo frente a la iglesia católica, que permanecía cerrada: no obstante ello, dirigió una acción de gracias a Quien sabía oculto en ese solitario tabernáculo austral. El pesado rodar de los blindados que patrullaban las calles llegaba cada tanto a sus oídos y lentos aviones de transporte cruzaban frecuentemente el cielo gris.

Resolvió entonces llegar hasta el aeropuerto, donde tales aparatos se posaban. Caminaba hacia allí, repechando una cuesta y con la visión del mar a derecha e izquierda, cuando un jeep frenó a su lado.

—¿Para dónde va, teniente? —preguntó el oficial de Ejército sentado junto al conductor.

—Al aeropuerto.

—Suba, lo llevo.

Había intensa actividad en el aeropuerto. A intervalos regulares llegaban desde el continente los cuatrimotores de la Fuerza Aérea que, apenas concluido el carreteo, abrían sus portales para que, a través de ellos, bajaran tropas, cañones "Oerlikon", "Rheinmetal" y "Melara", vehículos diversos, ametralladoras 12, 7, cajas con munición, cohetas, raciones de combate, medicamentos. Esa continua llegada de soldados y materiales determinaba un tráfico febril, pues la descarga debía ser rápida para permitir decolar al avión cuyas bodegas se aligeraran, antes que el siguiente enfilara la pista.

El primer aparato que tocó tierra luego de la invasión

fue un “Hércules”, que lo hizo a las 08:45. Ese tipo de máquina, el Lockheed C-130, cariñosamente apodado “La Chancha” por los pilotos argentinos, en alusión a su volumen y pesadez, tendría a su cargo un papel brillante durante el conflicto. Desprovisto de armamento y velocidad, mantuvo hasta el último día la vinculación entre el continente y las islas, llegando una y otra vez al aeródromo de éstas, en las narices de la flota inglesa y no obstante el patrullaje que, para evitarlo, efectuaban los Harrier británicos. Tan destacada actuación la cumplieron utilizando una técnica singular: volaban a ras del agua para evitar ser detectados, tomando sólo a último momento la altura que les permitiría aterrizar y efectuar la carga o descarga, bajo fuego naval desde el 1º de mayo y bajo el de la artillería terrestre en las jornadas finales de la contienda. Se cuenta que un oficial del Ejército argentino, llegado al archipiélago a bordo de un C-130, durante el viaje pasó a la cabina observando que las olas salpicaban el parabrisas del aparato; indignado, gritó al piloto: ¡Hijo de...! ¡Esto es un avión, no una lancha!

Esa misma técnica también fue empleada por los pilotos de ataque que se precipitaron sobre las naves de la *Task Force*, a las cuales se aproximaban rozando la superficie del mar para infligirles daños cuya cantidad y magnitud jamás previó el Alto Mando inglés. Entre los múltiples testimonios de admiración que recogieron los aviadores argentinos es justo destacar algunos:

“Los pilotos argentinos fueron muy valientes. Me dieron muchos dolores de cabeza, pero igual los admiro.” (Almirante John Foster Woodward, comandante de la flota británica.)

“El cuerpo de oficiales y muchos de sus técnicos fueron sumamente capaces y esto fue particularmente notorio

en el caso de la Fuerza Aérea argentina.” (General Jeremy Moore, jefe de las fuerzas terrestres inglesas en Malvinas.)

“A vosotros, jóvenes argentinos compañeros pilotos de combate, quisiera expresar toda mi admiración. A la electrónica más perfeccionada, a los misiles antiaéreos, a los objetivos más peligrosos que existen, es decir los buques, hicisteis frente con éxito. A pesar de las condiciones atmosféricas más terribles que puedan encontrarse en el planeta, con una reserva de apenas pocos minutos de combustible en los tanques de nafta, al límite extremo de vuestros aparatos, habéis partido en medio de la tempestad en vuestros Mirage, vuestros Etendard, vuestros A-4, vuestros Pucará con escarapelas azules y blancas. A pesar de los dispositivos de defensa antiaérea y de los SAM de buques de guerra poderosos, alertados con mucha anticipación por los AWACS y los satélites norteamericanos, habéis arremetido sin vacilar. Nunca en la historia de las guerras desde 1914, tuvieron aviadores que afrontar una conjunción tan terrorífica de obstáculos mortales, ni aun los de la RAF sobre Londres en 1940 o los de la Luftwaffe en 1945” (Pierre Clostermann, as de la aviación francesa durante la Segunda Guerra Mundial).

Mientras tantas tareas tenían lugar en el aeropuerto y luego de engrosar sus efectivos con soldados que seguían llegando desde Río Gallegos, el Regimiento 25, al mando del teniente coronel Seineldín, comenzó a preparar las posiciones para defender ese punto vital. Un conscripto que cavaba su pozo de zorro murmuró:

—No sé para qué trabajamos así si los ingleses nunca van a venir.

Creyó hablar consigo mismo, sin reparar en la proximidad del teniente primero encargado de su sección,

Carlos Federico Domínguez Lacreu —aquel que se haría célebre dedicando un gesto muy poco pulcro a las cámaras de TV británicas—, quien le replicó:

—Usted escarbe como si los ingleses fueran a llegar mañana mismo. Ya se va a arrepentir si el pozo le queda chico cuando los barcos abran fuego.

Seineldín distribuyó su gente con acertado instinto de guerrero. Miró el horizonte, olfateó el aire y dijo:

—Allí estarán los buques.

Y, en efecto, precisamente en el sector barrido por el brazo extendido del oficial, se estacionarían las naves británicas un mes después para iniciar un pertinaz cañoneo, justo fuera del alcance de las baterías argentinas.

Jorge Tapia no daba crédito a sus oídos cuando, a las 09:45 de esa mañana, las estaciones de radio y los canales de TV, en cadena, difundieron un comunicado que decía:

“La Junta Militar, como órgano del Estado, comunica al pueblo de la Nación Argentina que sus Fuerzas Armadas, en una acción conjunta, han recuperado para el patrimonio nacional los territorios de las Islas Malvinas, Georgias del Sur y Sandwich del Sur. Poseídos por el mismo espíritu y valor que aquellos que hicieron nuestra Patria grande, hemos de extremar nuestros sacrificios por la consecución del objetivo que nos hemos impuesto. Que Dios Nuestro Señor quiera bendecir nuestra empresa.”

Tapia pegó un salto al concluir el mensaje oficial y, cerrados ambos puños, gritó:

—¡Vamos, Argentina! ¡Viva la Patria!

Había sido el suyo un largo camino, recorrido desde que se presentara espontáneamente en la Escuela de Mecánica de la Armada, poniendo punto final a su carrera

de montonero. Esa decisión, unida a los esfuerzos que realizara en su favor el teniente Chilavert, como así también la intervención que tuviera en el caso aquel otro oficial que contra él combatiera en “La Damita”, dieron por resultado que la Marina tomara bajo su protección a ese hombre que, valerosamente, había dado vuelta para siempre una página oscura en la historia de su vida.

Y, realmente, la protección del Arma resultaba ineludible para ello. Datos sobre Jorge Tapia, o el comandante Chacho, obraban en cada uno de los Servicios de Informaciones que conviven en el país: el del Estado, el del Ejército, el de la Aeronáutica y el de la propia Marina, amén de los correspondientes a las Fuerzas de Seguridad, perfectamente organizados. Y ocurría que, en la guerra antisubversiva, existieron graves baches de coordinación entre quienes participaban de ella e, incluso, dentro de cada Arma resultaba difícil saber a ciencia cierta desde qué nivel de la línea de mandos partían las órdenes. Por todo ello, la vida y la libertad de Jorge Tapia seguían seriamente comprometidas pues, conocida su filiación y trayectoria, cualquiera de las Fuerzas, o fracciones de Fuerzas, que operaban contra la guerrilla, podía llegar a echarle el guante sin consulta previa y sin informar luego respecto a la pieza cobrada. Eso no lo ignoraba la Armada, de manera que, al acoger a Tapia, resolvió tomar también las medidas necesarias para resguardar su seguridad.

Permanecía en la ESMA otro ex montonero que, por motivos análogos a los detallados con el fin de explicar los riesgos que corría Tapia, allí se había quedado a vivir en una situación ambigua de preso a medias. Entraba y salía de la Escuela, disfrutaba permisos para pasar semanas afuera, vencidos los cuales regresaba. Como algo tenía que hacer y dado que contaba con alguna experiencia en

materia de fotografía, dándose maña en ciertos menesteres tipográficos, terminó montando un pequeño taller dentro del recinto naval, donde se dedicaba a falsificar documentos de identidad. Documentos estos de extrema utilidad para tantas acciones subrepticias que los represores llevaban a cabo bajo personalidades supuestas. Fue precisamente ese curioso personaje el que confeccionó la impecable credencial donde constaba que Jorge Tapia pertenecía al personal de la Armada, credencial que jamás hubiera sido posible extender por vías legales.

Tapia, no obstante, despreciaba al ex montonero entregado a dichas labores manuales; sabía que el trato que se le deparaba era el precio de una traición, que él jamás hubiera cometido.

Al poco tiempo desempeñaba un cargo de poca categoría en los astilleros “Tandanor”, pertenecientes a la Armada, y ocupó un pequeño departamento en la calle Chacabuco, cuyo alquiler pagaba con el sueldo que percibía en su trabajo.

—Quién iba a decirlo —reflexionaba, —ayer rompía barcos de la Marina y ahora los arreglo.

Pronto pudo establecer dónde vivía su familia y, cierta mañana, se presentó allí. Vestía pulcramente, llevaba el pelo corto y ya no usaba barba, de modo que su madre lo reconoció de inmediato y se abrazaron largamente.

—¡Hijo, m'hijito...! —sollozaba la mujer reteniéndolo contra sí. —Pensé que nunca más volvería a verte; te creíamos muerto... Cómo se hubiera alegrado tu padre, que nunca aceptó perderte... Hasta el final se reprochó haberte consentido demasiado. ¡Gracias a Dios, m'hijito!

Era mucho cuanto se tenían que contar madre e hijo. Así que, pese a que permanecer mucho tiempo en la casa paterna implicaba algún peligro, ese día lo pasó completo

allí. Supo de sus hermanos y hermanas —a los cuales visitó en oportunidades siguientes—, casados todos menos la menor de ellas, mientras el mayor, recibido de ingeniero, dirigía la empresa familiar.

Jorge Tapia retornaba a la normalidad.

A una normalidad que incluía, de vez en cuando, esperar a Violeta Bermúdez cuando terminaba su turno en el hospital. La compañía de aquella muchacha suscitaba una peculiar ternura en el ex montonero que, decididamente enamorado de ella, postergaba comunicárselo pues, se decía, ya no tenía edad para hacerle perder tiempo y no sería razonable ponerse de novios mientras no pudiera proponerle un casamiento a breve plazo. Ignoraba de todos modos si Violeta lo aceptaría, pues reconocía estar lejos de constituir lo que suele llamarse un buen partido. Eso determinaba que sus encuentros no fueran muy frecuentes, aunque después de separarse Tapia contara las horas que faltaban para verla de nuevo, llegando por el ancho pasillo del hospital en cuyas baldosas repicaban los tacos de la chica, que avanzaba hacia él caminando con la gracia que imprimía siempre a sus movimientos.

La amistad con Facundo Chilavert constituía otro elemento fundamental en la nueva vida de Tapia. Ambos hombres se habían hecho íntimos amigos, los fines de semana éste solía comer en casa del oficial que, de acuerdo con su mujer, lo nombró padrino de su tercer hijo —Jorge—, nacido por ese entonces.

La ceremonia del bautismo fue oportunidad propicia para que Tapia terminara de ponerse en paz con Dios. Previo a ella, instado por su amigo, se confesó con un sacerdote que el mismo le indicara y, de allí en más, cumplió puntualmente con cuanto ha de esperarse cumpla un católico practicante. Incluso, como nunca había sido adep-

to a los términos medios, fue profundizando más y más al respecto.

Jorge Tapia retornaba a la normalidad. Pero la normalidad de Jorge Tapia llevaba ínsito un factor que la distinguía de otras normalidades. Por mucho que su existencia hubiera tomado un cauce apacible, tenía el temperamento de un guerrero. De un guerrero que había combatido mucho tiempo. Por lo tanto, cuando Chilavert —conocedor de sus antecedentes como buzo— le ofreció cierto día adiestrarse con un grupo que la Marina entrenaba secretamente para misiones especiales, Tapia aceptó en el acto. Y pronto se convirtió en el más capacitado de sus integrantes, dotado de un particular arrojo y recuperada su impecable forma física.

Mucho después, por razones de servicio, Facundo debió mudarse a la base de Puerto Belgrano. Pero Tapia permaneció ligado al grupo de Tareas Especiales, constituyendo uno de sus puntales.

—¡Vamos, Argentina! —gritó el ex montonero al saber que fuerzas de las tres Armas habían puesto pie en las Malvinas. —¡Lástima que no me llevaron! ¡Esta sí que es una guerra linda de pelear! ¡Linda para pelear todos juntos!

6 - Un país unido

Las primeras ediciones de los diarios aparecidos en Buenos Aires al rayar el alba del 2 de abril mostraban los titulares siguientes:

“Se inician las operaciones en el sur para respaldar la soberanía nacional” (*La Nación*).

“Argentina comenzó el operativo de recuperación de las Islas Malvinas” (*La Prensa*).

“Inician la reconquista de las Malvinas” (*Clarín*).

Más tarde informaría *La Razón*: “Las Malvinas en manos argentinas. Hoy es un día de gloria.”

El gabinete nacional había sido convocado sorpresivamente a las siete de la mañana. A las siete y media, el presidente Galtieri entró a la Sala de Situación donde los ministros estaban reunidos. Vestía uniforme y saludó a los presentes con un sonoro: “¡Buenos días, argentinos!”

Jorge Tapia ganó la calle. El entusiasmo, la excitación, no le permitían permanecer solo y encerrado. En los balcones aparecían las primeras banderas y había escarapelas adornando las solapas de los transeúntes, algunos de los cuales se saludaban entre sí —sin conocerse— haciendo con los dedos la V de la victoria e ignorando que re-

petían así un gesto difundido, paradójicamente, por un inglés: Winston Churchill.

Tapia abrazó al diarero de la esquina y al mozo —cierto gallego jovial— que le sirvió un trago celebratorio. Buscó luego una mercería para proveerse de cintas celestes y blancas. Tuvo que informarse sobre el particular, pues no era el tipo de negocio que frecuentara. Por fin dio con una, en Piedras y Moreno: las cintas con los colores patrios ya se habían agotado allí. Fracasó en otros tres lugares. Tuvo que resignarse a comprar por separado cintas celestes y cintas blancas, que reunió formando la divisa nacional.

Al aproximarse el mediodía la ciudad entera se había vestido de celeste y blanco, embanderándose espontáneamente. Florecían banderas en los techos, en las ventanas, en los balcones. Donde no las consiguieron, fueron reemplazadas por sábanas a las cuales se añadían franjas de lienzo celeste. Las bocinas de automóviles, camiones, colectivos, sonaban rítmicamente y, desde las dársenas, llegaba la voz bronca de las sirenas con que los barcos se sumaban al festejo. Las radios reiteraban los compases de una marcha —la *Marcha de las Malvinas*— que, estrenada hacía muchos años, pese a haberse cantado en las escuelas durante algún tiempo, no se tocaba desde hacía mucho; ahora, sus estrofas se difundían también desde las casas dedicadas a la venta de discos y la gente tarareaba su melodía.

Tal euforia colectiva no se circunscribió, naturalmente, a la ciudad de Buenos Aires, donde bullía tanto en el centro como en sus arrabales. Los grandes conglomerados de la periferia, desde la cercana Avellaneda hasta los más lejanos Lanús o San Fernando, participaban de tan desbordante alegría teñida de patriotismo. Había banderas

en los edificios públicos y en los colegios, como no podía ser de otro modo; pero las había asimismo en las elegantes quintas de la zona norte, en las amplias casas de Adrogué —fragantes de jazmines y venidas a menos—, en los talleres de San Justo, en las casillas precarias de los barrios de emergencia —“Villa Tachito”, “Villa Piolín”—, en los astilleros del Tigre, en las forjas de San Martín, en los frigoríficos de Berisso, en las hilanderías de Bernal.

Y el interior de la República vibraba al unísono con Buenos Aires y su contorno. Celebraban el acontecimiento las capitales de provincia y los poblados más pequeños —cuatro ranchos a lo largo de una calle imprecisa—, empavesados y jubilosos. Desde Rosario, próspera y cosmopolita, hasta Caleta Olivia, en la desolada costa patagónica; desde la ilustrada Córdoba, con sus patios y sus campanas, hasta El Balde, perdido entre los fachinales riojanos; desde Resistencia hasta Trelew; desde Mendoza hasta Pirovano; desde Salta —con sus guitarras y sus poetas— hasta Santo Tomé, junto al río Uruguay; desde Catamarca hasta el Neuquén; desde Tucumán hasta Bragado; desde Santiago del Estero —madre de ciudades— hasta Bahía Blanca; desde Ushuaia, reflejada en el litigioso Canal de Beagle, hasta Formosa; de Paraná a Zapala y de San Luis a Charata, de Jujuy a Viedma y de San Juan a Río Gallegos; de Coraceros a Posadas y de Apóstoles a Pico Truncado.

Antes del mediodía Facundo Chilavert advirtió que sentía un hambre devoradora. No comía nada desde la noche anterior, cuando lo hiciera antes de iniciarse la maniobra de arriar los botes neumáticos en los cuales ganarían la costa. Obtuvo una ración de campaña y, buscan-

do tranquilidad, alejóse del aeropuerto. Al abrigo de un peñasco inició su frugal almuerzo. Algo más abajo veía extenderse la pista y el ajetreo que proseguía en torno a ella. Frente suyo el mar inmenso, que rompía en la costa y, moteado por algunos vellones de algodón, se extendía hasta el horizonte bajo el cielo color peltre.

Al rato se le aproximó un oficial del Ejército, dispuesto también a almorzar.

—Si me permite... —dijo.

—Siéntese. Soy el teniente Chilavert.

—Teniente primero Domínguez Lacreu: encantado.

Se trataba del mismo oficial que, estando Facundo cerca, había obligado a seguir cavando al soldado que ponía en duda la posibilidad de que los ingleses se resolvieran a venir por las islas. Este era, sin embargo, un tema que, tácita o explícitamente, rondaba por la cabeza de todos. Resultó así natural que Domínguez Lacreu preguntara, después de sentarse:

—¿Y usted cree que vendrán?

No hacía falta aclarar a quiénes se refería.

—Los ingleses no se van a dejar mojar la oreja sin reaccionar —contestó Chilavert. —Y la Thatcher menos que menos.

—Pienso lo mismo —dijo el de Ejército. —Pero esto había que hacerlo algún día. Y me alegro de que haya llegado ese día. No importa lo que pase después.

Mientras ambos oficiales almorzaban en el archipiélago, al abrigo de una roca y con el mar inmenso a la vista, en Buenos Aires la Plaza de Mayo se había empezado a llenar de gente, que se reunía sin que mediara llamada alguna. Esa plaza fue teatro de sucesos que dejaron profun-

da huella en la historia argentina y resultaba en cierto modo lógico que comenzara a poblarse con motivo de aquel que se vivía. Tapia se encaminó a ella.

Los argentinos suelen combinar de manera sorprendente su enfervorización patriótica o política con intereses más pedestres y con urgencias por satisfacer necesidades más elementales. Y es posible que eso ocurra también en cualquier lugar del mundo. Lo cierto es que, aun antes que los primeros circunstantes se hubieran dado cita en la plaza, ya se habían instalado allí vendedores ambulantes de café, improvisados puestos donde chirriaban incitantes chorizos tendidos a la parrilla, kioscos precarios atiborrados de gaseosas y golosinas.

Tal forma de explotar el patriotismo no quedaba reducida al rubro gastronómico. En pequeños escaparates autoportantes, surgidos como hongos, estaban dispuestos para su venta los artículos más diversos, vinculados o no con el acontecimiento que esa mañana servía como convocatoria. En tales escaparates había, por supuesto, escarpelas, cintas y banderitas argentinas, amén de botones, moños, calcomanías, obleas, brazaletes, viseras, gorros y hasta remeras, signados con los colores patrios y con leyendas alusivas a la reconquista del archipiélago. Nadie podrá explicar nunca en qué momento se confeccionan esos artículos, relacionados inequívocamente con hechos que resultan imprevisibles antes de producirse y que, de inmediato, dan lugar a la irrupción de una vasta quincaillería destinada a celebrarlos o denostarlos. Sin embargo, no se agotaba en ello el surtido de artículos ofrecidos a la concurrencia aquel día. Además de la imaginería nacional y malvinera que se exhibía, aparecían láminas con la figura eterna de Carlos Gardel; gallardetes de Boca Juniors, River, Racing o San Lorenzo de Almagro; estampas de la

Difunta Correa y su sediento vástago; algunas fotografías añejas de Juan Manuel Fangio, Eva Perón, Pascual Pérez o Eusebio Marcilla; llaveros con medallas de Ceferino Namuncurá; ceniceros donde rezaba: *Recuerdo de Quequén...*

Y, a no dudarlo, alguna ganancia obtendrían quienes practicaban ese menudo comercio al paso, pues buen número de gente se proveía de banderitas y escarapelas al llegar a la plaza; incluso de gorritos y viseras. Aunque el resto de las baratijas en oferta no parecía atraer a la eventual clientela.

Además de las cintas compradas en la mercería, Jorge Tapia, contagiado por el estado de ánimo que abrigaba la concurrencia, adquirió también un banderín donde, sobreimpreso, decía: *Las Malvinas fueron, son y serán argentinas.*"

No bien se difundió la noticia por radio y TV, una vecina —casada con otro oficial de la Base— acudió a casa de Mónica, la mujer de Chilavert, para hacérsela conocer. Las dos se abrazaron conmovidas, comprendiendo que sus maridos estaban en las islas. Cuando los hijos mayores volvieron del colegio —el tercero no tenía edad para ir— Mónica les dijo, procurando dar cierta solemnidad a sus palabras, para que los chicos no las olvidaran:

—Como ya saben, los argentinos recuperamos hoy las Malvinas, que los ingleses nos habían robado. Su padre está allí: es un gran honor para todos nosotros.

Hacia las tres de la tarde, la Plaza de Mayo rebosaba, invadida por una multitud delirante. Una multitud congre-

gada al amparo de una sola bandera y dos únicos colores.

No obstante el cambio de las circunstancias, era de todos modos sorprendente el giro de ciento ochenta grados que en un corto lapso se registrara respecto al ambiente que allí se respiraba. En efecto, cuarenta y ocho horas antes, con motivo de una concentración realizada por organizaciones gremiales en procura de mejores salarios, la policía había intervenido enérgicamente registrándose golpes y corridas mientras el ámbito de la plaza se llenaba de gas lacrimógeno. La toma de las Malvinas sepultó ese mal recuerdo en el pasado, como si entre el 30 de marzo y el 2 de abril hubiera transcurrido un siglo.

Ahora, el ambiente era de fiesta popular. Todas las clases y estamentos estaban representados masivamente: juventudes de la alta sociedad, que conservaban aún el bronceado de largos veraneos en Brasil o Punta del Este; obreros que llegaban en camiones o colectivos, arrendados a ese fin en localidades fabriles de las orillas; empleados de la clase media, que abandonaran sus oficinas, disfrutando de un feriado espontáneamente acordado por las empresas; funcionarios públicos de todo nivel, mezclados con los elementos más revoltosos de las *barras bravas* que pueblan las tribunas domingueras; señoras de edad avanzada, enteradas de los acontecimientos al salir de su misa cotidiana; agentes de policía que departían con la concurrencia, acaso con aquellos mismos que se vieran obligados a reprimir días antes; periodistas grabando reportajes al azar; chicos que, incansablemente, exigían a sus padres caramelos y helados; muchachas que lucían remeras con la silueta del archipiélago, sumando así interés a las suyas propias; intelectuales que deambulaban con aire de despiste absoluto; algún paisano de botas y pañuelo al cuello, llegado del barrio de Mataderos; maestras con guardapol-

vos blancos; estudiantes universitarios llevando los libros bajo el brazo; y, como elemento absurdo en medio del gentío, un singular personaje, con aspecto de anarquista decimonónico que, serio, ensimismado, circulaba portando un pequeño cartel donde se leía: ¡Viva el ser humano!

A las diecisiete del 2 de abril, la corbeta *Guerrico* de la Armada Argentina arribaba a Bahía Cumberland, en las proximidades de Puerto Leith, uno de los pocos asentamientos con que cuentan las Islas Georgias del Sur, todavía en poder británico a esa fecha, pese a que el primer comunicado de la Junta Militar las diera por recuperadas prematuramente. Desde el 24 de marzo se encontraba allí un grupo de diez hombres al mando del teniente Astiz, el mismo oficial naval a quien cupiera activa participación en la lucha antisubversiva. Ese grupo había desembarcado del buque antártico *Bahía Paraíso* para evitar que los hombres de Davidoff fueran expulsados por los *Royal Marines* que, con ese propósito, zarparan a bordo del *HMS Endurance*.

Dado lo avanzado de la hora, el comandante de la *Guerrico* resolvió iniciar las operaciones al día siguiente.

La multitud había coreado el nombre de Galtieri, transformado en la encarnación tangible de aquella decisión encaminada a recobrar las islas, no obstante obedecer la misma al armónico acuerdo de las tres Fuerzas Armadas.

Ante el reclamo del concurso apareció por fin el requerido en uno de los balcones de la Casa Rosada, siendo recibido con una ovación. Por un momento el presidente

experimentó la peculiar exaltación que produce el espectáculo de una muchedumbre transportada de entusiasmo y dispuesta a celebrar con vítores la palabra de quien —por una razón u otra— haya resultado eje para su convocatoria.

Permaneció Galtieri un rato en el balcón, saludando al público que, enajenado, devolvía el gesto con aclamaciones. Sin embargo, por muy fuerte que su exaltación resultara, el Presidente sabía muy bien que los argentinos no aclamaban su persona sino a un gesto patriótico que deseaban ver transformado en gesta. Dijo por último unas breves palabras y se retiró. Eso marcó el principio de la desconcentración, que comenzó enseguida, con la misma espontaneidad con que se iniciara la concentración.

En los Estados Unidos, el presidente Reagan confesaba a los cronistas destacados ante la Casa Blanca: “yo no creí que lo hicieran”.

Empezaban en Londres los aprestos para reforzar hasta un grado no imaginable la primera fracción de la flota que zarpara hacia las Malvinas el 25 de marzo. Aquella concentración de buques sería la mayor reunida desde que concluyera la Segunda Guerra Mundial. Por otra parte, cuatro submarinos nucleares ya habían cumplido buena parte de su viaje hacia el Atlántico Sur. Una vez arribados al teatro de operaciones y contando con la información satelitaria suministrada por los norteamericanos, necesariamente habrían de neutralizar la Flota de Mar Argentina.

Concluido el almuerzo, Chilavert regresó a Port Stanley, trepado a la caja de un camión que transportaba pertrechos. Se sentía muy cansado, pero ya había pasado demasiado tiempo moviéndose con autonomía, de manera que era hora de ponerse otra vez a disposición de sus superiores.

La tarde avanzaba rápidamente, pues el sol se pone temprano en esas latitudes. Le costó tomar contacto con quien reemplazaba al capitán Giachino al frente de su agrupación. Y, mientras procuraba hacerlo, supo que éste había muerto en el hospital.

Concluida la reunión en Plaza de Mayo, Tapia se encaminó al Hospital Naval pues, desde la noche anterior, sabía que Violeta estaría de turno todo el día.

—Ya que no pudo venir a la Plaza le contaré todo lo que pasó allí —fue su propósito.

Cuando, exhalando siempre un tenue perfume, la enfermera Bermúdez se acercó por el pasillo de salida, traía prendida al pecho una gran escarapela.

Chilavert retornaría rápidamente al continente. La misión confiada a la Agrupación de Comandos Anfibios y Buzos Tácticos consistía en la toma de Port Stanley. Y esa misión se había llevado a cabo con precisión exacta, sin causar ni una baja al enemigo, según lo deseado.

El 3 de abril, luego de un combate con los *Royal Marines* que defendían Gritviken —a raíz del cual cuatro argentinos resultaron muertos— las Islas Georgias del Sur

caían en poder del Grupo de Tareas 60. 1. La rendición se produjo a las 13:22 e implicaba que también hubieran quedado bajo control nacional las Sandwich del Sur, desolado montón de rocas sometido a la acción de un clima inclemente.

Tapia marchó a Puerto Belgrano para visitar a Chilavert y obtener de labios de su amigo una versión directa sobre los hechos que lo tuvieran por protagonista. Ninguno de los dos imaginaba, en ese momento, las aventuras que los aguardaban, muy lejos del país y en relación con aquella guerra.

TERCERA PARTE

Operativo Algeciras

1 - Operativo Algeciras

En la mañana del 22 de abril un ordenanza entró al despacho que, en su carácter de Comandante en Jefe de la Armada, ocupaba el almirante Anaya en el edificio *Liber-tad*, próximo al puerto de Buenos Aires. Era un día soleado y, luego de oír por radio las últimas novedades referidas al conflicto, los pobladores de la ciudad se aprestaban a iniciar una jornada de trabajo. Resultaba sin duda curiosa la situación que se vivía pues, mientras el país estaba en guerra, dada la lejanía del teatro de operaciones sus habitantes desarrollaban normalmente las actividades que por lo general cumplían, si bien sintiendo sobre la conciencia el peso de saber que, entre el frío y la niebla de un remoto archipiélago, había compatriotas que aguardaban la llegada de un enemigo poderoso que se movilizaba hacia ellos, luego de desplegar un formidable potencial bélico. Tal diferencia entre las situaciones que afrontaban los soldados comprometidos en la defensa y la población civil, resucitaba de algún modo las viejas guerras y justificaba la existencia misma de las Fuerzas Armadas, al quedar palmariamente de manifiesto aquella contrapartida de sangre que la sociedad podía exigirles, cada vez que resultara preciso, como justo precio del esfuerzo que significaba mantenerlas convenientemente alistadas. Y esa situación, también, influyó para que la de las Malvinas fuera, no obstante su

dureza, quizá la última guerra romántica que se haya sostenido en la Historia. Implicó en efecto un choque entre militares —salvo el caso de los conscriptos, que lo son transitoriamente—, reducido a un espacio bien definido y alentado por claros móviles pues, si el patriotismo impulsó a los argentinos, hubo asimismo un noble sentimiento —la añoranza de pasadas glorias— que se mezcló con otros más confusos para generar la reacción británica. Con un agregado aún: a lo largo de la contienda se registrarían algunos gestos caballerescos, por una y otra parte, que parecían desterrados para siempre de las prácticas bélicas.

El ordenanza, sin decir palabra, dejó una taza de café sobre el escritorio del almirante y se retiró, saliendo con la impresión de que éste estaba profundamente preocupado pues, aparentemente, ni siquiera había reparado en su presencia. Sin embargo, antes de cerrar la puerta, oyó que Anaya decía, según su costumbre aunque extemporáneamente:

—Muchas gracias.

Buenos motivos tenía el almirante para estar preocupado.

El día anterior, un Boeing 707 argentino había avistado la flota inglesa, quinientas millas náuticas al sur de la isla de Ascensión. Por entre las nubes que cubrían parcialmente la zona sus tripulantes divisaron un verdadero enjambre de navíos, grises sobre el mar gris, que avanzaban a buena marcha dejando tras sí el trazo blanco de sus estelas. Encabezaba la formación el portaviones *Hermes* y algunos veloces destructores la flanqueaban, siendo ligeramente zigzagueante la marcha de éstos.

A poco de observar el avión incursor los buques, cuya presencia establecieran previamente sus equipos de localización radiodireccional, un caza *Harrier* del Es-

cuadrón N° 800, piloteado por el teniente Hargreaves, despegó de la cubierta del *Hermes* y se precipitó sobre la aeronave argentina, que no contaba con armamento dada la misión de mero reconocimiento que debía realizar. La tripulación de ésta pudo ver los misiles *Sidewinder* adosados al aparato británico y, haciendo girar su propia máquina, se alejó llevando la información que se le encomendara obtener. El estado de la situación —abiertas aún tratativas formales tendientes a detener la guerra— impidió que los ingleses derribaran sobre aguas internacionales al Boeing inerte.

La *Task Force 317* llegaría a incluir: 2 portaviones; un crucero liviano; 22 unidades entre destructores y fragatas; 2 buques de asalto anfibio; no menos de 6 submarinos; 6 buques logísticos de desembarco; 2 barreminas; 3 patrulleros; 3 buques hospital; 4 buques de reaprovisionamiento; un buque frigorífico; un buque de mantenimiento; un buque para salvataje; 4 remolcadores; 3 transatlánticos; 3 ferryboats; 3 buques de pasajeros; 3 buques portacontenedores; 11 cargueros; 22 buques tanque; un buque para tendido de cables; un buque de apoyo para submarinos; 4 buques auxiliares; 5 pesqueros utilizados como barreminas. Total: 113 unidades.

Si bien, el 22 de abril, no todos los barcos que la integrarían formaban ya en la flota inglesa, el poderío de ésta resultaba fenomenal y Anaya meditaba sobre ello. Esa mañana, a bordo de un *Fokker 28*, el General Galtieri se había dirigido hacia las Malvinas, donde llegaría a mediodía. Con ocasión de asumir el nuevo gobernador de las islas, dirigentes gremiales y de prácticamente todos los partidos políticos argentinos también habían visitado el archipiélago como expresión de solidaridad con la decisión de recuperarlo por las armas: algunos de ellos —mi-

serias de la condición humana— regresaron bien aprovisionados de mercaderías manufacturadas en Inglaterra que, de ese modo, pudieron introducir al continente sin tributar derechos de importación.

—Habría que inventar algo para que esos buques vuelvan pronto a Europa —se dijo el almirante. En cuanto al café que, discretamente, dejara cerca suyo aquel ordenanza, estaba frío. Lo tomó no obstante, mecánicamente. Y, después, encendió un cigarrillo rubio.

A esta altura de los sucesos, la posibilidad de que la recuperación de las islas, iniciada el 2 de abril, desembocara en una batalla explícita entre la Argentina y el Reino Unido se perfilaba con toda claridad. Para peor, era posible afirmar que, en realidad, no sería aquella una guerra con Gran Bretaña: los Estados Unidos se habían volcado en favor de ésta y el enfrentamiento tendría lugar, prácticamente, contra la *Alianza del Atlántico Norte* (OTAN), cuya flota casi íntegra abandonara el marco natural que tenía asignado para la defensa hemisférica, avanzando a toda máquina hacia los confines del Atlántico Sur, luego de recalar en la Isla de Ascensión, gentilmente facilitadas sus instalaciones por los EE.UU. para hacer posible el restablecimiento del poder colonial británico sobre las Malvinas y sus dependencias.

En dos oportunidades viajó a la Argentina el Secretario de Estado Norteamericano, Alexander Haig, volando también a Inglaterra para reunirse con Margaret Thatcher, en lo que se definió como una “misión de lanzadera” entre Londres y Buenos Aires. A raíz de su primer arribo a ésta, otra impresionante multitud se reunió en la Plaza de Mayo manifestando su apoyo a los gobernantes argentinos,

mientras negociaban en la Casa Rosada con el enviado del presidente Reagan. Las gestiones de Haig fracasaron, básicamente por los motivos siguientes: mientras la Argentina modificó su postura hasta el límite que la dignidad permitía, Gran Bretaña jamás alteró la suya que, como puntos fundamentales, contenía el retiro previo de las fuerzas estacionadas en el archipiélago y la realización de un *referendum* entre los *kelpers* para decidir la suerte final de las islas. Dado que los pobladores de las Malvinas son de ascendencia inglesa y poseen —aunque con algunas limitaciones— esa ciudadanía, habiendo estado restringido para los argentinos establecerse allí, los resultados de tal consulta eran absolutamente previsibles. Llevarla a cabo equivaldría a resolver sobre el futuro del Peñón de Gibraltar mediante un plebiscito limitado a la guarnición británica destacada en dicha base. Visto ese estado de cosas, las Naciones Unidas han admitido reiteradamente, a instancias de la Argentina, que, con relación al *status* de las Islas Malvinas, se han de resguardar los “intereses” de los *kelpers* pero no atender a sus “deseos”.

Concluida la misión Haig que, en rigor, apuntó a lograr que la Argentina cediera en sus reivindicaciones, más que a obtener un avenimiento honorable para ambas partes, los Estados Unidos manifestaron que apoyarían —explícitamente ya— a su aliado europeo, el Reino Unido.

—¿Qué podríamos hacer para que, al menos, los países de Europa presionen en favor del regreso de la flota? —seguía interrogándose Anaya.

De pronto se le ocurrió una idea. Abandonó su asiento tras el amplio escritorio y, con pasos rápidos, puestas las manos a la espalda, recorrió el despacho de punta a punta. Se detuvo ante uno de los ventanales y observó el

panorama, sin reparar en lo que veía, sin prestar atención a los rojos depósitos portuarios, ni a las grúas, ni a los mástiles y chimeneas que oficiaban de frontera para la extensión ocre del río, prolongada hasta el horizonte. Sus pensamientos iban mucho más allá de ese horizonte, cuya línea alteraba hacia la izquierda el perfil azulado de las arboledas que arraigan en las tierras aluvionales del Delta.

—Ya lo tengo —concluyó. —Sería un buen golpe.

Volvió a sentarse detrás del escritorio y oprimió una tecla del intercomunicador que estaba sobre el mismo.

—¿Señor? —se oyó al través del micrófono incorporado al aparato.

—Dígale al almirante Girling que venga a verme.

—Comprendido, señor —contestaron desde el otro extremo y un chasquido cerró la comunicación.

No podía extrañar al almirante Eduardo Morris Girling que el Comandante en Jefe quisiera verlo, dado el cargo de titular del Servicio Secreto Naval que ejercía y considerando las circunstancias que atravesaba el país. La hora de la cita, sin embargo, no era de las habituales para estos encuentros, de modo que en su semblante sanguíneo se pintó una ligera expresión de sorpresa cuando se le hizo saber que Anaya lo esperaba.

Pensó brevemente sobre si sería conveniente que llevara la carpeta correspondiente a alguno de los asuntos que preocupaban a su superior últimamente, con relación al área *Inteligencia*. Esos asuntos eran varios, de manera que la elección, librada a sus propias deducciones, no le resultaba fácil al marino. Se dirigió no obstante a la caja fuerte oculta detrás de un cuadro —la *Heroína* con todas sus velas desplegadas— y, abriéndola, retiró de allí un

cartapacio celeste, cuya cubierta llevaba sólo una cifra en código y la leyenda "estrictamente confidencial".

Correspondía aquel legajo a las investigaciones y seguimientos que, por pedido del almirante Anaya, se realizaban para establecer los detalles de un complot que se estaba urdiendo contra el gobierno, convergiendo todos los hilos de la conjura en la Embajada de los Estados Unidos de Norteamérica, situada en los jardines de Palermo. Un prestigioso abogado argentino oficiaba de nexo entre el Embajador y varios personajes de la vida pública nacional, incluidos muchos generales en actividad.

Girling se colocó la carpeta bajo el brazo, encaminándose al despacho del Comandante en Jefe.

El de los Servicios Secretos constituye sin duda un singular universo, cuyos entresijos han sido divulgados por la novela y el cinematógrafo, con quitas y agregados introducidos por la imaginación de quienes montaron los argumentos transitados por espías y agentes de toda laya. Su realidad sin embargo resulta algo más prosaica y menos implacable que el alucinante submundo pintado por John Le Carré, lo cual no implica negar que, a veces, presente facetas estremecedoras.

La actividad de tales servicios incluye la rutina, como ocurre con casi todas las actividades que han de llevarse a cabo un día sí y otro también: informes periódicos a los que no es sencillo dar algún contenido; antecedentes relativos a futuros funcionarios; contacto con agentes que, como personal adscripto a las Embajadas, actúan en el extranjero sin que nadie ignore el carácter de sus auténticas funciones; pago de estipendios a variados personajes que discurren por ámbitos tales como el de la política, el perio-

dismo, la prostitución, el cine o las finanzas.

No obstante ello, el área que Girling tenía a su cargo cuenta como núcleo un Departamento cuya misión es la llamada *Inteligencia Naval*, destinado a obtener información específica respecto a naciones con las cuales existan hipótesis de conflicto y que, lejos de toda rutina, cumple un papel vital para la defensa del país.

Asimismo, cuando en la Argentina estalló la guerra subversiva, el aspecto más o menos burocrático de algunos “services” —como se los conoce eufemísticamente— cambió radicalmente, transformándose todos en piezas importantes de esa lucha e impregnándose con la violencia despiadada que caracterizó la misma. Por otra parte, tan sorda contienda involucró un choque entre organizaciones de Inteligencia, pues las fuerzas irregulares contaron también con las suyas, cuidadosamente montadas.

Al sobrevenir el conflicto con Gran Bretaña, cupo a los Servicios papel destacado, si bien, dadas las características de su cometido, naturalmente el mismo no alcanzó difusión pública. Al igual que a los demás integrantes de las Fuerzas Armadas, poder reemplazar los menesteres propios de la *guerra sucia* por las tareas inherentes a una contienda contra un enemigo externo, significó una suerte de empresa purificadora que acometieron con particular entusiasmo. Era ésta, como dijera Tapia, una guerra linda para pelear juntos: linda para pelear juntos todos los argentinos.

Fueron, en efecto, los Servicios Secretos los que descubrirían la conspiración tramada contra el gobierno e impulsada por la Embajada de los Estados Unidos luego de fracasar la gestión emprendida por Haig; intervinieron en la llegada de armamentos facilitados al país por Libia, Perú y Venezuela; detuvieron agentes británicos que, bajo

una cobertura periodística, fotografiaban instalaciones militares argentinas en el sur; informaron sobre la presencia de otros agentes ingleses en Montevideo, cuya misión consistía en asesinar al general Galtieri, estableciéndose a raíz de ello una estricta vigilancia en torno al presidente.

La más hermética reserva se mantiene en torno al aporte que, en favor de su bando, le cupo al M.I.5, el Servicio Secreto británico. Se sabe no obstante que tuvo a Londres perfectamente al tanto sobre el grado de preparación alcanzado por las Fuerzas Armadas enemigas, sobre la zarpada de la Flota de Mar, sobre la cantidad y tipo de armamentos con que contaba cada unidad, sobre el emplazamiento de las pistas desde donde operaba la Fuerza Aérea, sobre lo tratado en diversas reuniones oficiales estrictamente confidenciales, sobre el estado de la opinión pública. En cambio, entre el M.I.5 y los propios franceses, indujeron a error al Almirantazgo cuando afirmaron ambos que los misiles *Exocet* con que contaba la Armada argentina no estaban en condiciones de ser disparados. A este respecto el dato era exacto, pero no pudieron suponer los franceses ni los espías ingleses que la capacidad técnica y la facilidad para improvisar sobre la marcha que distingue a los argentinos, lograrían poner a punto tales proyectiles en muy breve tiempo y no obstante carecerse en el país de elementos aparentemente indispensables para concluir esa tarea con éxito.

—Buen día, señor —dijo Girling al entrar.

—Buen día, siéntese —invitó Anaya.

Al reparar éste en la carpeta que aquél portaba y cuya carátula conocía, se sonrió aclarando:

—No, hoy no vamos a hablar de eso...

—Usted dirá, señor.

Anaya se levantó y reanudó su paseo a lo largo del despacho. Entró en tema por fin:

—Como todos sabemos, los europeos barren para adentro... ¿No es así?

—Psé... —corroboró a medias Girling, sin comprometer opinión ante la oblicua introducción al tema elegida por su jefe.

—Sí, los europeos barren para adentro... Como hace casi todo el mundo, si vamos a ver. Y me parece que, hasta que no produzcamos un hecho en la misma Europa, ni se van a dar realmente por enterados de que aquí, del otro lado del mundo, se está librando una guerra.

—Es posible que así sea, señor, pero, enterados o no, ya se han solidarizado con Inglaterra y nos aplicaron sanciones económicas, además de embargar nuestras compras de armamentos.

—Está bien, lo admito... Inglaterra los apretó, la Argentina a ellos ni les va ni les viene... Sin embargo, no es a eso a lo que yo llamo enterarse realmente, enterarse con la preocupación con que uno se entera de un asunto que le atañe, que puede afectarlo de manera directa.

—Lo entiendo, señor, siga... ¿Qué es lo que propone?

A Anaya le agradaba tratar determinados asuntos con Girling: su pragmatismo heredado de un bisabuelo inglés, su robusto sentido común, le ayudaban a aclarar las propias ideas, a moderar ciertos arrebatos.

—Lo que propongo es golpear en Europa.

—¿Exactamente con qué fin?

—Suponga que tengamos éxito en la operación; los europeos advertirán que, así como los que actuamos fuimos nosotros, bien pudieron haber sido los rusos; y cae-

rán en la cuenta de que los buques destinados a protegerlos de los rusos están a miles de millas de Europa, cerca del polo sur... Sentirán que esta guerra los afecta, o los puede afectar... Y presionarán para que los buques regresen.

—¿En qué lugar de Europa golpearía?

—En Gibraltar.

La sola mención de ese nombre puso un toque peculiar en la conversación y ambos hombres cedieron por un instante al deseo, recíproco e inconfeso, de paladear tantas evocaciones como el mismo sugiere: Gibraltar, el Peñón, la llave del Mediterráneo... Girling, que no era amigo de ensoñaciones, puso coto a las suyas y reinició el diálogo:

—¿Buzos?

—Precisamente.

—Los italianos hicieron maravillas allí, atacando con buzos y torpedos humanos durante la última guerra.

—Es lo que recordé.

—Son especialistas en esas cosas. D'Annunzio en Fiume, con las torpederas MAS durante la guerra del 14; el ataque a la base austríaca de Pola, al final de esa guerra; los estragos que le causaron a la flota inglesa en el puerto de Alejandría, ya en la del 39. Entre esos hombres valientes hubo varios oficiales nobles: Orsini, Borghese...

—¿Se anima a montar el asunto?

—Gente y medios tenemos... Habrá que ponerlos en Algeciras, al lado del Peñón.

—Girling, organice el operativo, el... *Operativo Algeciras*. Eche mano a todos los medios necesarios. Tráigame el plan en detalle para que lo discutamos. Y, después, me mantendrá informado sobre cada paso de su desarrollo.

—Comprendido, señor.

2 - El teniente Tapia

Si el almirante Anaya se proponía influir sobre el curso de la guerra mediante aquella operación que propusiera a Girling, ambos debían apresurarse porque los acontecimientos se precipitaban. El 23 de abril regresó el general Galtieri de las islas. Ese día, en Lima, tres expertos peruanos en política internacional —el ex canciller Miguel Angel de la Flor Valle, el embajador Eduardo Valdez y el jurista Alberto Ruiz Eldredge— denunciaron que los Estados Unidos pretendían derrocar al gobierno argentino, para que el que lo sucediera modificase la firme postura asumida con relación al caso Malvinas. Dos buques de guerra británicos se acercaron a cincuenta y cuatro millas náuticas de las Islas Georgias del Sur.

La aproximación de tales buques fue comunicada por la Argentina a la OEA, en relación con la cual se alentaban todavía algunas esperanzas, referidas a que una decisión suya incidiera favorablemente en la grave situación planteada. Se trata, en efecto, de un organismo controlado por las naciones latinoamericanas, no obstante la notoria influencia que en el mismo ejercen los Estados Unidos, gráficamente demostrada por el hecho de que la OEA tenga su sede en Washington.

Sin embargo, cada vez eran menos quienes confiaban en que una solución honorable tuviera origen en la actuación de un organismo internacional, ya que su inocuidad es proverbial y, en última instancia, apenas si resultan solemnes y costosas coberturas para que las grandes potencias dirijan el mundo al través de ellos o pese a ellos.

Los esfuerzos realizados por la cancillería argentina a lo largo de la crisis fueron notorios y sumamente encomiable la actuación de su diplomacia pero, al momento de las resoluciones, sea por la vía del voto, sea por la vía del veto, el eje Londres-Washington se las compuso para que no favorecieran al país agredido que, aunque así no se vieran las cosas en los foros internacionales, era la Argentina: obreros argentinos iban a ser retirados por la fuerza de Georgias, a principios de abril; la flota inglesa se movilizó hacia el sur una semana antes que la argentina abandonara sus apostaderos; la intransigencia británica hizo fracasar un intento de arreglo tras otro, dispuesta Gran Bretaña a concretar su anhelo de establecer la que luego se llamaría "Fortaleza Malvinas". Anhelo éste coincidente con los intereses de su Armada que, en vísperas de ver reducido el número de sus buques, había encontrado en la coyuntura un motivo óptimo para conjurar ese riesgo y demostrar, al mismo tiempo, que la grandeza del Reino Unido seguía descansando en la magnitud y poderío de su flota. Coincidente también tal anhelo con los intereses de la *Falkland Island Co.*, compañía ésta que monopoliza el comercio del archipiélago y de la cual es fuerte accionista el marido de Margaret Thatcher. Causas coadyuvantes todas, a las que se sumaban comprensibles nostalgias imperiales que prestaron su signo a la aventura, dignificándola.

El hecho cierto es que las resoluciones de la ONU, o fueron directamente favorables a Gran Bretaña o, cuando

su texto podía beneficiar a la Argentina, por vía de interpretación quedaban neutralizadas. Había que ver, ahora, si en el marco de la OEA podían obtenerse resultados más alentadores para la nación sudamericana.

El 25 de abril los ingleses recuperaron las Georgias, capturando a sus defensores luego de breve lucha, siendo definitivamente puesto fuera de combate el submarino argentino *Santa Fe* que, averiado, estaba allí fondeado. Participaron de la operación el destructor *Astrim*, las fragatas *Plymouth* y *Brillant*, el *Endurance* y el submarino nuclear *Conqueror*, amén del buque-tanque *Tidespring*.

Luego de reintegrarse a la base de Puerto Belgrano, Facundo Chilavert se salía de la vaina por volver a participar activamente en la guerra, si bien, desde el 2 de abril, no habían vuelto a oírse disparos en el archipiélago, salvo aquellos que tenían por fin el entrenamiento de la tropa y alguno que, como ocurre siempre, sonara accidentalmente por inexperiencia o distracción de un soldado.

El ambiente que se vivía en las islas era de vísperas. Por indicación de Galtieri se desplegaron efectivos en la Gran Malvina y cada uno consolidaba sus posiciones, recayendo el peso del trabajo sobre quienes tenían a su cargo abastecer y avituallar las líneas más lejanas.

En Puerto Belgrano se alistaban algunos barcos; un reducido grupo de técnicos ponía a punto los pocos misiles *Exocet* con que contaba la Armada y los pilotos navales completaban su adiestramiento en el manejo de los aviones *Super Etendard*, a los cuales habían de acoplarse dichos cohetes aire-mar.

Los cazabombarderos de la Fuerza Aérea rugían en el cielo patagónico, mientras los infatigables C-130 reitera-

ban sus vuelos de enlace entre el continente y las Malvinas.

La existencia de Jorge Tapia resultaba, de alguna manera, la de un esquizofrénico, pues aparecía completamente escindida. Por un lado, procuraba trabajar normalmente, mantener la rutina de sus días; por otro, estaba pendiente en todo momento de los acontecimientos vinculados con la guerra. Despertaba temprano para oír los primeros noticiarios y trasnochaba para escuchar los últimos; colaboraba en una de las organizaciones surgidas espontáneamente para coleccionar donaciones, embalar y enviar al frente toda clase de elementos, desde cigarrillos hasta bufandas, desde chocolate hasta motocicletas.

Tales formas de apoyo habían alcanzado en el país proporciones conmovedoras. Los artistas de teatro, los actores de cine, los locutores de radio y TV, promovían programas de amplísima audiencia, donde la gente volcaba sus donaciones con generosidad sin tasa: constituían multitudes aquellos que, a falta de otra cosa para ofrecer, entregaron sus anillos de casamiento como contribución a la empresa en que la Patria estaba empeñada.

Y, naturalmente, no bien se abrieron los registros destinados a ello, Tapia se apuntó como voluntario para ir a pelear al archipiélago.

Lamentaba que, por imperio de las circunstancias, el Grupo de Tareas Especiales que integraba estuviera desarticulado desde tiempo atrás, pues varios de los oficiales que lo entrenaban —Chilavert entre ellos— cumplían obligaciones en nuevos destinos.

Al día siguiente de su entrevista con Anaya, Girling solicitó audiencia para volver a verlo. Había trabajado veloz y eficazmente. Fue recibido de inmediato.

—Aquí está el plan —dijo.

—Explíquemelo paso por paso.

Girling desplegó una hoja reticulada donde, con minuciosa exactitud, anotara cada etapa del proyecto que, al solo efecto de entenderse rápidamente con los pocos oficiales que colaboraran con él para elaborarlo, denominaban *Operación Algeciras*.

La hoja presentada por Girling contenía un prolijo cronograma, cifras y gráficos asentados con tintas de colores, algunos vectores.

—Necesitaremos tres buzos tácticos y seis o siete técnicos que, a la vez, actuarán como personal de apoyo.

—¿Ha pensado en nombres?

—He pensado en un hombre, señor. Mi idea es llamarlo de inmediato, pues en estos momentos se encuentra en Puerto Beigrano, y confiarle la responsabilidad de ejecutar esta operación, brindándole toda la colaboración que le haga falta. Aunque tengo previstas varias personas para completar el equipo, no me gustaría incluirlas sin la aprobación de quien habrá de encabezarlo aquí, durante la breve faz preparatoria, y también allí, sobre el terreno.

—¿Quién es el hombre?

Girling alcanzó una carpeta a su superior, que contenía la foja de servicios correspondiente a un oficial y varias anotaciones complementarias. Anaya estudió los papeles con cuidado y dijo por fin:

—Su elección parece buena.

Convocado de urgencia, Facundo Chilavert aguardaba en el antedespacho del almirante Girling.

No dejaba de sorprender al oficial la premura de la cita y los medios excepcionales utilizados para que esa reunión se realizara sin pérdida de tiempo. Apenas si le habían permitido llegar a su casa y reemplazar el uniforme de fajina por uno de salida; despedirse de su mujer e hijos; trepar a un jeep que lo puso en la pista de la Base; colocarse el equipo necesario para volar a velocidades próximas a *Match Uno*; sentarse en la plaza posterior de un *Macchi MB 339* que aguardaba con su turbina en marcha; viajar hasta Punta Indio; transbordar a un helicóptero *Alouette* que lo depositó en un pequeño descampado próximo al edificio que el Correo posee en zona portuaria; subir a un Falcon que lo esperaba y que, haciendo uso de la sirena que poseía, recorrió vertiginosamente el trayecto que separa aquel lugar del que ocupa el Servicio Secreto Naval, cuya guardia franqueó paso al reducido grupo que conformaba con otros dos oficiales, hasta que los tres se instalaron ante la puerta —sin letrero alguno— correspondiente a la oficina del Jefe de ese Servicio.

La puerta se abrió de inmediato y el propio Girling los introdujo, dando la mano a cada uno.

—Gracias por haber traído hasta aquí al teniente —dijo el almirante—. Quisiera, sin embargo, hablar a solas con él. Ustedes ya han cumplido su parte —prosiguió, despachándolos amablemente. Los aludidos comprendieron que sobraban allí, retirándose. Girling tomó asiento tras su escritorio y, señalando a Chilavert una silla enfrente suyo, apoyados los codos en las rodillas y tocando la punta de los dedos de una mano con los de la otra, dio comienzo a la entrevista diciendo, mientras clavaba en los

de Facundo sus ojos azules:

—Bien, teniente.

El 23 de abril la flota había entrado en la que el Ministro de Defensa inglés calificara como fase de “alerta de defensa”, por encontrarse al alcance de la aviación argentina. El 24, la Junta Militar emitió su Comunicado N^o 26, referido a la amenaza británica de atacar cualquier buque, submarino o aeronave enemiga que supusiera un riesgo para la *Task Force*. Poco antes de la medianoche, el ministro Costa Méndez partió desde el aeropuerto de Ezeiza, para intervenir en la reunión de cancilleres de la OEA.

Chilavert oyó con profunda atención al almirante Girling. Cuando éste hubo concluido de exponer el plan correspondiente al *asunto de Algeciras*, Facundo preguntó:

—¿Y cuál es mi parte en la operación?

—Usted estará al frente de la misma. Con plenos poderes y todo mi apoyo.

—Es un gran honor, señor.

—Sabemos que estará a la altura de las circunstancias. Y se me ha autorizado darle libertad para elegir la gente que lo acompañará.

—Muy bien, señor. Pero elegiré sólo a los dos buzos que, conmigo, tendrán a su cargo la parte operativa. Le pido a usted que designe los técnicos, pues sabrá quienes son los más capaces.

—Conforme. ¿Ya sabe qué buzos va a elegir?

—Creo que sí, señor.

—¿Puede darme los nombres?

—Antes tendría que hacerle una pregunta.

—Diga.

—¿Es ineludible que todo el personal pertenezca a la Armada?

La pregunta sorprendió a Girling.

—¿No pretenderá meter gente de afuera en este baile?

—Eso pensaba.

—¿De otra Fuerza?

—No, señor: un civil.

—¿Un civil?

—Sí. Un ex oficial montonero.

Era demasiado para el almirante. Desde su puesto había conocido situaciones extrañas a las cuales diera lugar la *guerra sucia* pero, no obstante, la propuesta de Chivavert lo llenaba de estupor.

—¿Un ex oficial montonero? ¿Está seguro de lo que dice? Mire que su misión ya es suficientemente peligrosa de por sí, para agregarle riesgos suplementarios. ¿Quién es el hombre?

—Jorge Tapia: en *Montoneros* era conocido como *comandante Chacho*.

—Tapia fue el hombre que nos voló la fragata *Santísima Trinidad* en Río Santiago. —(La memoria de Girling funcionaba como una computadora de última generación).

—El mismo, señor.

—Bueno, ese antecedente habla al menos de su eficacia como buzo. Y como experto en explosivos. A ver, espere un poco.

Se puso de pie el almirante, movió aquel cuadro de la *Heroína* a toda vela y extrajo de su caja fuerte un pequeño fichero que contenía la clave de cierto código. Luego llamó por el intercomunicador:

—¿Señor?

—Tráigame la carpeta T-917

—En seguida, señor.

Un suboficial entró, dejando la carpeta frente a Girling. Este la revisó.

—Sí —dijo. —Un hombre singular. Fue usted el que lo capturó, teniente, después de un tiroteo en la zona de San Isidro. Antes de caer preso, Tapia se tragó una pastilla de cianuro... Lo salvaron en el Hospital Naval... Cosa rara, en pocos casos un herido subversivo fue a dar a nuestro hospital. No hay más datos después de eso. Cosa rara también.

Chilavert temió haber puesto fin a la peculiar situación que beneficiaba a su amigo. Resolvió no obstante echar todas las cartas sobre la mesa. Al fin de cuentas nunca hallaría mejor oportunidad para *blanquear* definitivamente a Tapia.

—Le explicaré, señor —ofreció con cautela. Luego, eligiendo las palabras una por una, aclaró al almirante los detalles que explicaban las condiciones en que vivía el ex montonero. Terminó señalando:

—Me salvó la vida, señor. Es un buzo sobresaliente. Y... es mi amigo.

Girling sonrió. Creía conocer todos los recovecos de ese mundo singular que constituye la Armada. Pero debió admitir que en ésta habría siempre rincones inabordables. Comentó:

—De modo que, para devolver atenciones a un montonero que le salvó la vida a un oficial de la Marina armaron todo este tinglado, al cual no son ajenos el Director de la ESMA, algún gerente de "Tandanor" y, en una de esas, quien haya tenido a su cargo el Grupo de Tareas Especiales que integró Tapia. No hay nada que hacer, hasta los

almirantes guardan adentro un “michi”⁵ medio revoltoso...

Chilavert guardó prudente silencio. Continuó Girling:

—¿Y usted responde por ese hombre?

—Respondo en absoluto, señor. Es padrino de mi hijo menor.

Girling volvió a sonreír. Facundo advirtió que, con barba blanca y un gorro escarlata, el almirante representaría de manera muy convincente el papel de *Papá Noël*.

—Está bien. Admitido Tapia en el equipo. ¿Quién sería el otro buzo?

—Un suboficial que estuvo conmigo en muchas misiones bravas. Cuando yo pasé al Escuadrón de Buzos Tácticos se vino conmigo. Es el suboficial Loguzzo, señor.

—Bueno, ya tenemos armado el terceto operativo. Me ocuparé de los técnicos.

—¿Con cuánto tiempo contaremos antes de llegar a Gibraltar, señor?

—Casi no disponemos de tiempo. Hoy es 24 de abril. Según el cronograma preparado deben estar en Algeciras el día 29, a más tardar. Hay que moverse rápido. La flota inglesa empezará a cañonear Puerto Argentino en cualquier momento.

Para ese entonces, el nombre de Port Stanley había sido reemplazado por el de Puerto Argentino. Se confió la elección de una nueva denominación para la capital del archipiélago a la Secretaría de Cultura de la Nación, que consultó a algunas figuras que su titular consideró indica-

5. Guardiamarina. Deriva de “mid ship man”, hombre del medio de la nave, denominación ésta referida a la ubicación de su alojamiento en los viejos veleros.

das para expedirse al respecto. La sugerencia no había resultado mayormente original, por cierto, pero el tiempo y las circunstancias se encargarían de conferir al nombre elegido connotaciones emotivas, dejándolo para siempre incorporado al sentimiento patriótico de la población.

—Apenas se podrán entrenar —concluyó Girling.

—Tal vez podamos hacerlo en el Mediterráneo.

—¡Fantástico, Facundo! —exclamó Tapia cuando, esa misma tarde, el teniente lo puso al tanto de la misión que se le había confiado y para realizar la cual eligiera al ex montonero como miembro del equipo que se estaba organizando.

Tapia no cabía en sí de gozo y excitación. Al punto que Chilavert estimó oportuno advertirle:

—Sobre todo esto, secreto total. Ni una palabra a nadie. Yo no diré nada ni a Mónica y vos te callás con Violeta. Boca cerrada, compañero. Como en tus tiempos de *La Orga*.

—Boca cerrada, jefe —ironizó Tapia, para agregar, serio ya:

—Así que, al fin de cuentas, esta guerra la vamos a poder pelear juntos.

—Sí. Para compensar el buque que le hundiste al país.

—Calláte, no me hagás acordar. Cuando supe que fue justamente ése el barco que te llevó a las Malvinas me quería morir...

—A otra cosa... ¿Cómo figurás en la credencial falsa que te dieron en la ESMA?

—No aclara nada. Dice que soy “personal naval”.

—Bueno, si en algún momento es necesario, te llamaré “teniente” sin aclarar mucho.

—Comprendido.

—Manos a la obra, *teniente*.

3 - Una boya de alegres colores

El suboficial Loguzzo recibió con el mismo gusto que Tapia la propuesta que le formulara Chilavert. Propuesta, en efecto, pues de la *Operación Algeciras* no formaría parte nadie que no participara como voluntario. Algo mayor que el teniente, Loguzzo se había apegado a éste, cuya decisión y temple comprobara durante la lucha contra el terrorismo. Chilavert, por otra parte, seguramente a causa de aquella sangre militar que llevaba en las venas, era un hombre que sabía mandar, haciéndose querer y respetar a la vez. Poseía incluso noción clara de la importancia que, en todos los órdenes, reviste una conducción adecuada y, por eso, refiriéndose al pueblo argentino, el oficial había exclamado muchas veces lo que se dijera del Cid: *qué buen vasallo sería si hubiese buen señor*.

Loguzzo era fruto de esas mezclas en que la Argentina es pródiga y de las cuales también provenía Tapia. Nieto de un Maestro Mayor de Obra piemontés, su madre era criolla de pura cepa, nacida en los pagos del Tuyú, cerca de Macedo, donde volviera para morir luego de enviudar, tiempo atrás. Más bien petizo, poseía Loguzzo una gran fortaleza física, que se hacía visible en el pecho dilatado y en los brazos nervudos, uno de los cuales —el derecho—

lucía un tatuaje que representaba el escudo nacional. Solterón empedernido, Chilavert le había recomendado sin éxito que buscara una buena mujer y formara familia, recomendación que merecía siempre una respuesta ambigua por parte del subordinado:

—Ya llegará el momento para eso, señor.

La primera reunión entre los tres buzos tuvo lugar en el departamento que Tapia arrendaba en la calle Chacabuco: Chilavert prefería evitar ámbitos oficiales para mantener en la mayor reserva el asunto que se traían entre manos.

—Usted recordará al... teniente, al... señor, a mi amigo Tapia.

—Tengo buena memoria, señor... Y bastantes motivos para acordarme del... ¿teniente dijo, señor?

—Bueno, si hace falta darle algún trato especial delante de gente extraña, lo llamaremos *teniente*...

—Comprendido, señor. Yo no soy gente extraña.

Loguzzo nunca pedía demasiadas explicaciones: si Chilavert creía conveniente presentar como teniente al montonero que capturaran años atrás, sus razones tendría para ello: razones éstas que a Loguzzo no le interesaban.

El departamento de Tapia estaba bastante más ordenado de lo que suelen estarlo aquéllos donde vive un hombre solo. Tendida la cama, limpios los platos que se secaban en la cocina, no aparecían puchos en los ceniceros ni se veía ropa tirada al voleo. Hasta, detalle más que sorprendente, en el balcón había varias macetas con plantas recién regadas.

La respectiva hojita del almanaque señalaba el 25 de abril. Un rato antes, los tres circunstancias se habían enterado de la caída de las Islas Georgias en manos británicas y esa noticia —que los hubiera afectado seriamente en otro

momento— sólo les proporcionó una amargura pasajera, pues la empresa en que estaban comprometidos no les dejaba tiempo para lamentaciones.

—Hoy vuela a Europa el primer grupo de técnicos —informó Chilavert—. Mañana saldrá otro; pasado viajamos nosotros.

—Explicá el plan para los próximos días —solicitó Tapia.

—Como dije, hoy toman el vuelo de *Aerolíneas Argentinas* cuatro de los técnicos que forman parte del equipo, con destino a Madrid. Ayer me los presentó el almirante Girling, que pilotea la operación; parece gente competente en lo suyo, a la cual se ha instruido cuidadosamente sobre lo que tiene que hacer. Mañana, por *Iberia*, salen los otros tres. Son siete en total. Una persona, mandada por el Agregado Naval en España, los esperará en Barajas.

—¿En calidad de qué van a viajar?

—Turistas. Todos nosotros utilizaremos documentación falsa y nombres supuestos. Ya se imaginarán de dónde salió la documentación... el *monto* de la ESMA debe haber trabajado fuerte estos días: hasta horas extras ha de haber cobrado. Aquí tienen sus pasaportes..., el sello de reválida es auténtico. Tomen sus nuevas Cédulas de Identidad argentinas. Y Tarjetas de Crédito... Sí, Tarjetas de Crédito. Son verdaderas y pueden utilizarlas si es necesario.

—Así que yo soy Santiago Pefaure —comentó Tapia.

—Y yo, Jorge Silveyra —agregó Loguzzo.

—Así es. En cuanto a mí, soy José Atienza. Pero no para ahí la cosa. Todos tenemos una personalidad de recambio. Si caemos en poder de los ingleses y la versión

del viaje turístico no cuaja, terminaremos por confesar... Por confesar que somos hombres de negocios argentinos, enviados en misión reservada por el gobierno para gestionar una compra de armas. Este tipo de confesiones suele resultar convincente. Aquí tienen un sobre para cada uno, donde figuran detalles de su segunda identidad falsa y algunos papelitos para que parezca auténtica.

Dentro del correspondiente sobre había un minucioso *curriculum* donde se precisaban vida y milagros de los señores Massini, Quintana y Allegri, amén de algún télex dirigido a cada uno, una libreta de cheques contra un Banco suizo, dos Registros Internacionales para conducir.

—Un momento —observó Loguzzo—. ¿Tenemos Registros de Conductor a nombre de Pefauere, Silveyra y Atienza?

—Sí. Aquí están.

—Cuando quieren —acotó Tapia— los muchachos de Inteligencia trabajan bien.

—¿Qué equipo llevaremos?

—Ninguno. Seremos turistas fanáticos por la pesca submarina y alquilaremos los equipos en España. Alguien se está ocupando en Europa de comprar un bote adecuado. Otro falso pescador lo habrá llevado hasta Algeciras antes que nosotros lleguemos allá, arrastrándolo sobre un *trailer*. Y esperen: falta la plata.

Chilavert alcanzó a sus compañeros un fajo de dólares estadounidenses y otro de pesetas: billetes bastante manoseados, de valores bajos. Advirtió:

—No hacerse los locos con el dinero: tendremos que rendir cuentas a la vuelta.

—¿Y los explosivos?

—Ese punto está todavía en discusión. Algunos de los técnicos son partidarios de no llevar nada y hacer el

plástico en España. Aseguran poder confeccionarlo, comprando los elementos en farmacias de Algeciras y sus alrededores, en pequeñas cantidades para no despertar sospechas. Otros dicen que eso implica correr un riesgo inútil y que los explosivos se pueden mandar desde aquí, en Valija Diplomática pues, ustedes lo saben bien, sin detonador son prácticamente inofensivos.

—Eso es cierto. ¿También las espoletas se fabricarán allí?

—No, las llevan los técnicos. Son esas chiquitas, inventadas en el país, que una vez activadas revientan sí o sí.

—Oí hablar de ellas —dijo Loguzzo—. Creo que las perfeccionaron en la Escuela de Mecánica.

—Así es. Casi no ocupan lugar, de manera que se las podrá pasar sin ningún problema. Una vez plantadas en un pan de *plástico*, aunque las descubran no es posible desactivarlas... Cualquier movimiento, cualquier roce, apenas una vibración fuerte y ¡pum!

—Se las puede regular, supongo —quiso saber Tapia.

—Claro: uno establece la hora del estallido.

—¿Y para fijar las cargas en un casco? —siguió preguntando el ex guerrillero, que recordó los inconvenientes que ese detalle le planteara cuando el *Operativo Trini*.

—Fijación magnética.

Varios submarinos nucleares operaban ya en el área de las Malvinas a esa fecha. Probablemente uno de ellos estuviera asentado en el fondo, a la entrada de la bahía junto a la cual se alza Port Stanley. Los argentinos habían hecho esa experiencia años antes, cuando el *San Luis* per-

maneció oculto en tal lugar durante un par de días, verificando así su comandante que era posible controlar desde allí un vasto sector. Y eso que el suyo era un submarino convencional, desprovisto del poder, la autonomía y los medios de detección con que cuentan los de propulsión atómica, capaces de permanecer indefinidamente bajo las olas sin tener que recurrir siquiera al empleo del *snorkel* ⁶.

Y fue precisamente el mismo submarino *San Luis* quien protagonizó una acción notable durante la guerra, de la cual apenas se tendrían vagas noticias más tarde, como sucedió con tantas otras que acreditaron el coraje y la capacidad profesional de los argentinos. Su comandante —el capitán Azcueta— logró colocarlo bajo la flota inglesa, burlando todos los sistemas de detección instalados en ella. Lo cual adquiere particular relieve al considerar que a esa flota estaba asignada, precisamente, una misión anti-submarina dentro del rol que cumple para la NATO. A despecho de ello, Azcueta la aguardó, emboscado, digamos, y, levemente impulsada la nave por sus motores eléctricos, logró filtrarse hasta el corazón mismo del convoy en marcha. Aguardó el momento oportuno y, por fin, resolvió emplear los torpedos contra uno de los porta-aviones británicos.

El sumergible estaba provisto de torpedos filoguiados alemanes, perfectamente probados en su modelo de entrenamiento pero nunca en su versión de combate. Azcueta buscó la posición óptima para realizar sus disparos. Pero los torpedos fallaron. Todavía investiga la Armada el motivo de esas fallas, que se repitieron luego, al realizar sucesivas experimentaciones. La hipótesis más difundida para explicarlas consiste en suponer que las estrías de los

6. Pequeña boya que permite renovar el aire de un submarino sumergido.

respectivos tubos de lanzamiento dejaron una impronta más honda de lo debido en el anillo de material *epoxi* que vincula la cabeza explosiva del artefacto con su cuerpo impulsor; esa impronta, excesivamente profunda, habría provocado en el agua una turbulencia que desorientó al radar situado en el vértice del torpedo, “enloqueciéndolo” y transformando en errática la trayectoria de éste. Dichas trayectorias, sin embargo, no pasaron inadvertidas para los equipos de defensa británicos. Conocedores los ingleses de que habían sido torpedeados, salvándose milagrosamente, iniciaron la caza del agresor.

Durante horas y horas sobrellevó el *San Luis* aquel acoso a que fue sometido. Las cargas de profundidad sacudieron su estructura una vez y otra vez. Su comandante utilizó en la emergencia todas las técnicas prescriptas para esos casos, amén de improvisar varias que no figuran en los manuales. La totalidad de los buques aptos para ello se empleó en la cacería pero, luego de burlar a sus perseguidores durante casi dos días, la nave argentina zafó de tan angustiosa situación, regresando sin averías.

A partir de ese ataque, fueron adoptadas precauciones extremas en la *Task Force*.

—Pídale al almirante Girling que venga —ordenó Anaya por el intercomunicador.

Poco después entraba aquél al despacho del Comandante en Jefe.

—¿Cómo va el asunto de Algeciras?

—De acuerdo con lo previsto. Dentro de un rato sale en el vuelo regular de Aerolíneas el primer grupo de técnicos.

—¿Nuestro Agregado en Madrid está advertido?

—Sí, señor.

—¿Qué resolvieron respecto a los explosivos?

—Los vamos a preparar aquí para mandarlos por Valija Diplomática.

—Si se enteraran en Cancillería nos meteríamos en un lindo lío.

—No lo sabrán.

—Bueno. Descuento que no habrá peligro de explosión.

—No. El *plástico* irá dividido en ocho gajos, uno verde, otro colorado, otro amarillo... montados sobre una base metálica. El conjunto presentará el aspecto de una boya semiesférica, una boya de alegres colores...

—¿Y el segundo grupo?

—Sale mañana.

—¿Los buzos al final?

—Sí, vuelan el 27.

—Con lo cual se cumple el propósito de tener toda nuestra gente junto al peñón el 29... Incluso un día antes.

—Así es, señor.

—Aunque no podamos decir que se trate estrictamente de un entrenamiento —nadie se entrena en un día—, creo que sería bueno salir a nadar un poco, a soltar los músculos, a retomar contacto con el agua —había dicho Chilavert.

Obtuvieron los equipos de buceo en el cobertizo que, para sus prácticas, utilizaba como base subrepticia el Grupo de Tareas Especiales que el oficial y Tapia habían integrado hasta hacía poco tiempo. Era un barracón de madera despintada, situado sobre la costa del río, a medio camino entre el arroyo Sarandí y Wilde. Formaba parte de una de

esas pequeñas viñas cuya existencia ignoran los porteños pese a su proximidad, donde se cultiva *uva chinche* y hasta se elabora un vinito ligero, que ha de beberse nuevo pues su inestabilidad determina que se agríe antes de añejarse. Un genovés sordo, más viejo que la injusticia, oficiaba de cuidador, desconociendo que el sueldo que cobraba provenía de los fondos reservados que maneja el Servicio de Inteligencia Naval. Suponía tratar con deportistas aficionados al buceo, un tanto excéntricos.

Los tres nadadores se encaminaron hacia la orilla, para colocarse allí sus respectivos trajes de goma y, como quien se cuelga una mochila a la espalda, los tubos de aire comprimido que se proponían utilizar. La ribera es agreste en esa zona, aunque baste dirigir la vista hacia la izquierda para reparar en la negra humareda que despiden las chimeneas de la usina del Dock Sud. Una estrecha franja de tocales es lamida por las olas, contaminadas por desechos industriales que, violando toda disposición, vuelcan en el estuario las fábricas no muy distantes. Sobre la breve barranca perviven urundays, ceibos y coronillos.

Nadaron aguas adentro, manteniéndose largo rato sumergidos; verificaron su aptitud para mantener el rumbo deseado por medio de las brújulas que llevaban en la muñeca; se pegaron al fondo fangoso; corroboraron su ritmo respiratorio en los lapsos de mayor esfuerzo; se deslizaron a ratos del modo más silencioso posible, batiendo apenas sus pies provistos de *patas de rana* y, en otros momentos, forzaron la velocidad de su avance, desdeñando la agitación que el mismo pudiera ocasionar a sus pulmones y en el medio dentro del cual se movían. Los resultados obtenidos fueron bastante satisfactorios, según establecerían en la reunión que, ya de vuelta, sostuvieron para analizarlos.

Poco después de dejar atrás la Isla de Ascensión, la *Task Force* se vio sometida a una influencia extraña que, a medida que descontaba jornadas rumbo al que sería su teatro de operaciones, se fue tornando más manifiesta y perturbadora.

Ocurría que, primero en forma esporádica, sujeta a las condiciones atmosféricas y a las interferencias que en el éter determinaba la actividad de radios, sonares y radares, luego de manera más frecuente y nítida, desde el fondo de las distancias marinas empezó a dejarse oír por los ingleses embarcados una voz femenina, dulce y susurrante, que les hablaba en su propia lengua. Aquella voz de mujer respondía a un nombre, *Liberty*, y, al tiempo que arrullaba a sus destinatarios con lánguida cadencia, tendía a mermar su espíritu de lucha recordándoles el hogar lejano, las luces de Picadilly, evocando en fin los añorados atractivos de la *old merry England*, mientras les explicaba lo absurdo de la empresa en que se hallaban comprometidos, magnificando las penurias que les aguardaban por culpa de unas islas insignificantes, cuyo nombre ignoraban antes de zarpar, y deplorando la posibilidad cierta de que sus días concluyeran bajo la metralla de los aviones argentinos...

La *Sweet Liberty* perturbó en efecto a los marinos británicos embarcados que, no obstante el claro propósito que impulsaba a esa mujer que se les dirigía, mimosa e insinuante, no se resignaban a privarse de su mensaje seductor y, noche tras noche, procuraban captarlo en los aparatos de radio que muchos llevaban consigo.

Nunca se supo con certeza a quien correspondió la idea de procurar influir así sobre la flota en marcha, ni se

reveló jamás la identidad de la mujer encargada de ello. Se difundió en cambio una curiosa versión referida al lugar desde donde se habrían realizado las transmisiones.

Los detalles de esa versión no confirmada se remontan a un periodo muy anterior a la Guerra de las Malvinas, cuando José López Rega ejercía un poder inmenso en la Argentina, consolidado al amparo de Perón y su mujer. El ex suboficial de la Policía Federal, según es sabido, era adicto a las prácticas esotéricas, manteniendo relaciones con extrañas sectas, en particular con la conocida como *Los Caballeros del Fuego*. Por cuanto, conforme a las herméticas creencias que profesaba López Rega, la voz de un iniciado recitando determinadas palabras rituales tenía efectos insospechables sobre sus oyentes, se trataba de multiplicar el número de éstos. Eso explica que, casi clandestinamente, el ex ministro hiciera instalar una emisora sumamente poderosa, a fin de difundir en un dilatado ámbito las fórmulas mágicas de una oscura liturgia. En cuanto a la elección del sitio donde dicha emisora habría sido montada, debió determinarse con sumo cuidado, atendiendo a secretas prescripciones y a abstrusos datos contenidos en minuciosas cartas zodiacales. Lo cierto es que la planta se alzó, al parecer, en la mesopotamia argentina, próxima al río Uruguay, es decir en medio de una región donde persisten ciertas prácticas sincréticas que combinan ritos africanos extendidos en Brasil, supersticiones indígenas de raíz guaraníca, formas manifiestas o encubiertas de satanismo y verdades cristianas distorsionadas.

Caído López Rega, nadie se ocupó de la emisora que habría mandado construir. Alguno, sin embargo, recordó su existencia cuando se trató de llevar a cabo una acción psicológica sobre las tripulaciones de los buques del Rei-

no Unido en marcha hacia el teatro de operaciones en las Malvinas. Desde sus instalaciones, modernas pero abandonadas y cubiertas de polvo, volaría hasta alta mar la dulce voz de *Liberty*.

Otra versión sobre el asunto menciona, sencillamente, una radio patagónica operada por la Armada argentina. Y existe aún una tercera —que probablemente sea la exacta— referida a una emisora porteña, Radio del Plata, que para realizar esas transmisiones, pudo valerse de la onda corta de Radio Nacional.

—Mañana, a la una, nos reunimos los tres con el almirante Girling —informó Chilavert, cuando hubieron desmenuzado la *performance* de cada cual en el río, esa tarde.

—¿Dónde? ¿En su despacho? —preguntó Loguzzo.

—No. Almorzaremos en el comedor de la estación Retiro. No conviene mostrarse juntos donde nos puedan conocer. Acuéstense temprano y pueden levantarse tarde: necesitamos estar descansados, en la mejor forma física posible.

No obstante la invitación que le formulara Tapia para que pernoctara en el departamento que alquilaba, el oficial prefirió pasar la noche en un hotel de categoría intermedia, en la calle Reconquista, entre Lavalle y Tucumán.

A las 22:30 los buzos dormían profundamente.

4 - Por rutas divergentes

Los trámites de embarque fueron rutinarios. Un empleado miró distraídamente los documentos que Chilavert, Tapia y Loguzzo le presentaron, colocando los sellos del caso. Al momento de elegir asiento, Chilavert optó por el tercio posterior de la cabina, cediendo la ventanilla a Loguzzo, que cruzaría por primera vez al Atlántico por aire. Tapia se movía en el aeropuerto con soltura de viajero cosmopolita. No habían despachado valijas y todo el equipaje que cada uno llevaba consistía apenas en un bolso de mano.

Se instalaron en el Salón de Espera destinado a los pasajeros: basta entrar en tales salones para tener ya la sensación de hallarse en viaje, disfrutando del clima ideal que en ellos mantiene el aire acondicionado, oyendo los mensajes bilingües que difunden los altoparlantes, comenzando a manejar dólares en los *free shops* que allí funcionan. Tras los amplios ventanales se observaba el tráfico de las pistas, junto a cuyas perspectivas en fuga ponían un toque de color las colas de los aparatos, signadas por banderas, siglas o escudos. Esa tarde, naturalmente, no se encontraban entre ellas las rojas, blancas y azules, de la *British Caledonian*.

Del otro lado de los vidrios vieron al Boeing 747 que

los recibiría dentro de su abultada estructura, caracterizada por aquella giba que alberga a los privilegiados viajeros de primera clase. Una manga flexible, a modo de tentáculo, vinculaba al 747 con una de las salidas del salón.

Aerolíneas Argentinas anuncia la partida de su vuelo ciento dieciséis con destino Río de Janeiro, Madrid y Roma. Los señores pasajeros tengan la amabilidad de presentarse en puerta número cuatro, con sus tarjetas de embarque.

El almuerzo con el almirante Girling fue cordial, aunque presidido por un espíritu decididamente práctico. Habían ocupado una mesa próxima a un rincón del espacioso recinto, casi desierto a mediodía, donde cierta penumbra recata los esplendores marchitos de ese comedor que una compañía británica instalara en la estación terminal del Ferrocarril Central Argentino, cuyos rieles se extienden hasta la vera de los Andes; estación ésta que constituyó un verdadero lujo para su época, semejante a otros palacios ferroviarios levantados por los ingleses en Bombay o El Cairo.

Los detalles finales de la operación que se proponían llevar a cabo fueron minuciosamente repasados y el almirante transmitió las noticias con que ya contaba, referidas al primer contingente que viajara hacia Andalucía.

—Llegaron sin novedad —hizo saber—. Tomaron contacto con nuestro hombre en Madrid y partieron de inmediato rumbo al sur. Han alquilado un departamento para ellos sobre la rada de Algeciras: es un piso alto y desde allí se puede observar la base militar británica del Peñón. Ustedes ocuparán una casa en La Línea, el poblado contiguo a Gibraltar.

—¿Cómo se comunican esos hombres con ustedes?
¿Y cómo lo haremos nosotros? —preguntó Chilavert.

Girling adoptó una expresión de picardía y explicó:

—Nos tomamos bastante trabajo imaginando la mejor manera para establecer una comunicación fácil y discreta. Descartamos, naturalmente, el Correo Diplomático, por lento y comprometedor. Llegamos a proyectar un código cifrado *ad hoc* para hablar por teléfono pero, hoy día, no hay código que no se pueda descifrar electrónicamente en muy poco tiempo. Las emisiones de radio son captadas por cualquiera que acierte con la longitud de onda utilizada... La cosa no parecía sencilla. Hasta que alguien dio con la solución, simple y segura por cierto.

—¿En qué consiste?

—No lo van a creer... Se trata de utilizar un teléfono público. Allá, las llamadas internacionales se pueden hacer por los teléfonos públicos. Y desde aquí se puede llamar a ellos. Esas llamadas no quedan registradas ni a nadie se le ocurre *pinchar* un teléfono público. Ustedes marquen este número —dijo y lo anotó en una servilleta de papel que alcanzó a Chilavert—. En cuanto a nosotros, los llamaremos dos veces por día, a las siete de la mañana y a las siete de la tarde locales.

—¿Quién recibirá nuestras llamadas?

—No hace al caso. El aparato correspondiente al número que ustedes utilizarán está a nombre de un jubilado, en una casita que usa el Servicio cuando es necesario. De todos modos, es una línea completamente bajo control. Pueden hablar con libertad y reciban con toda confianza cuanto se les diga por ese medio.

Chilavert copió en otra servilleta el número anotado por Girling y se lo alcanzó a Tapia, diciendo:

—Aprendelo de memoria y después quemá este papel. Yo haré lo mismo.

—Si los apresaran —continuó Girling— las órdenes son éstas: prohibición absoluta de revelar la misión al enemigo; si les echara mano la policía española, procurarán que les crean que son hombres de negocios enviados para comprar armas por cuenta de nuestro gobierno; si no lo logran y la situación se les hace difícil, pueden decir la verdad, complicando a la menor cantidad de gente posible. Se imaginan que los españoles no han de mirar con muy malos ojos una expedición destinada a sabotear Gibraltar... Pero, si la operación se descubriera, deben cancelarla y volver con la mayor velocidad posible. No queremos problemas internacionales con terceros países ni comprometer demasiado a los españoles. ¿Está claro?

Estaba claro.

El 26 de abril comenzaron en Washington las deliberaciones de los cancilleres allí reunidos, que representaban a los países signatarios del TIAR (Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca). El discurso del Ministro argentino Costa Méndez fue aplaudido largamente por los presentes, de pie; un silencio pesado, en cambio, siguió a las palabras que pronunciara el Secretario de Estado norteamericano Alexander Haig. El 28 de abril, a las 03:15, dicho órgano de consulta de la OEA aprobó una declaración favorable a la Argentina por diecisiete votos afirmativos y cuatro abstenciones, siendo éstas las de Estados Unidos, Chile, Colombia y Trinidad Tobago. Claro que tal éxito diplomático no reportaría a los argentinos ventaja alguna en lo que a la guerra entablada se refería pues, en ese terreno, el lenguaje que se impone es de los hechos,

traducido por las armas.

El mismo día en que se pronunciaban los cancilleres americanos, la Comisión Coordinadora de la colectividad británica en la Argentina, integrada por iniciativa de la Cámara de Comercio y el Consejo de la Comunidad inglesa en el país, incluyendo a destacados representantes de la colonia anglocriolla, manifestó oficialmente su apoyo al gobierno nacional por haber procurado siempre “una solución pacífica al diferendo sobre las Malvinas”. Por otra parte, enviados especiales de los residentes británicos habían viajado a Estados Unidos para realizar gestiones en favor de la República donde están radicados, señalando las excelentes condiciones en que viven y quejándose por la intransigencia exhibida por Margaret Thatcher.

Y fue el 27 de abril cuando el almirante John Woodward, comandante de la *Task Force*, declaró: “mi grupo de batalla está adecuadamente formado y listo para la lucha”. Poco antes, Woodward había anunciado que la operación equivaldría a “un pic nic”. Tan alegre vaticinio no se correspondería con la realidad: mucho después de concluidas las acciones, el general inglés Julian Thompson, que comandara la 3a. Brigada de Comandos de Infantería de Marina en el archipiélago, escribiría un libro referido al conflicto; ese libro se llamó: *No pic nic*. En cualquier caso, también se profirieron bravatas desde el bando argentino, haciéndose célebres algunas atribuidas al general Menéndez. Con un agravante en este último caso: Woodward triunfó y Menéndez se rindió, no obstante la instrucción final recibida de Galtieri:

—Si va a sacar los hombres de los pozos, sáquelos para adelante.

Con las cuatro turbinas a plena potencia, el *Jumbo* se separó de la pista y, de inmediato, replegó el pesado tren de aterrizaje que, con un golpe sordo, quedó encajado en su alojamiento. Los pasajeros se relajaron, ya que aun aquellos más experimentados no pueden sustraerse a la tensión que todo despegue supone. También se aflojaron en sus butacas Chilavert, Tapia y Loguzzo. No bien el respectivo indicador se hubo apagado, Tapia y el oficial prendieron un cigarrillo: Loguzzo no fumaba.

Por las ventanillas se veía el Río de la Plata, donde pronto se zambulliría un sol declinante que se reflejaba en sus aguas. Enseguida estuvieron sobre la costa uruguaya y comenzaron a desfilar allá abajo los paisajes rurales de la Banda Oriental. El Boeing seguía cobrando altura.

A las siete en punto de la tarde sonó una chicharra en cierto teléfono público, próximo a la playa de Algeciras. Un hombre que ocupaba la cabina atendió en el acto.

—Hola —dijo—. Todo en orden. Llegó el bote.

La respuesta desde Buenos Aires fue breve y nítida:

—Comprendido. Los últimos turistas ya salieron para allí.

Cuando el avión volcó un ala para corregir el rumbo de su aproximación final al aeródromo de *El Galeão*, los pasajeros que ocupaban asientos inmediatos a las ventanillas de ese lado presenciaron un magnífico espectáculo: es el que ofrece Río de Janeiro con todas sus luces duplicadas en la bahía, el Cristo del Corcovado velando sobre ella y el perímetro de los morros semejando manchas de tinta en aquel vasto damero iluminado. Al acentuarse el descen-

so ya es posible observar los faroles que flanquean las avenidas costaneras, la profusión de carteles multicolores y el casco blanco de las embarcaciones fondeadas en el *Iate Clube*. Para acentuar la impresión que produce tal panorama, por los micrófonos de a bordo suelen comenzar a difundirse los compases universales de *Cidade Maravilhosa*, cuyo ritmo acompañarán los pies de quienes los escuchan, amarrados a sus butacas. Aquellos que, concluida la maniobra de aterrizaje, desciendan en *El Galeão*, sufrirán una suerte de cachetada tórrida al abandonar el vestíbulo climatizado del aeropuerto: es el cálido recibimiento que les brinda Brasil.

Los tres buzos fueron autorizados a dejar el avión, sin salir del área reservada a los viajeros en tránsito. Estiraron las piernas, ya que en los 747 el espacio no sobra, se entretuvieron oyendo el dulce portugués que se habla en Río y apostando respecto a oficio y características de algunos compañeros de vuelo que habían descendido con ellos.

—Ese es un almacenero que hizo plata y vuelve para visitar su tierra después de trabajar cuarenta años.

—Y aquella es periodista de una revista de modas.

—¡Mirá! Viene con nosotros el flaco Menotti; seguro que va en primera.

—El viejo de bigote blanco debe ser un industrial que anda a la pesca de programa... Para mí que engancha con la rubia del pantalón rosado.

—La parejita ésa está de luna de miel: aprendé, Lo-guzzo.

—Y nosotros ¿quienes creerán que somos? ¿qué pensarán que vamos a hacer a Europa?

—Facha de conjunto roquero no tenemos. Aunque tampoco han de creer que nos hayan invitado a

un congreso de filosofía.

Al rato, el avión había vuelto a despegar e iniciaría el cruce del Atlántico, travesía ésta que se ha transformado en rutinaria y que, sin embargo, producirá siempre cierto desasosiego al que la emprenda. Desasosiego que habrá de acentuarse cuando el viajero toma conciencia de estar colgando a diez kilómetros sobre las olas. Y que no desaparecerá del todo pese a la comida exquisita, las bebidas abundantes, el posible interés de las películas proyectadas, y no obstante la manta que, maternal, colocará sobre sus rodillas una bella azafata, para fingir un ausente calor de hogar.

Chilavert recordó el suyo y el último llamado que hiciera a su mujer, informándole que no regresaría por el momento, pues se le había asignado una misión reservada e importante. Algo parecido le dijo Tapia a Violeta. Loguzzo no tenía de quien despedirse pero, sin hacer alusión a la empresa en que estaba comprometido, escribió a una tía suya, hermana de su finada madre, que vivía en una chacra próxima a Monsalvo.

Dada la formación recibida, el teniente era un hispanista. De modo que, casi inevitablemente, comparó el derroche de confort que lo rodeaba con las condiciones en que realizaran ese mismo viaje las carabelas fundadoras, estremecida su tablazón por los embates de un mar desconocido, cuyas profundidades se suponía habitadas por pavorosas serpientes y sirenas traidoras. Barquitos de palo que se creía expuestos al extravío por acción de la piedra-imán sobre sus compases y que, con las tripulaciones racionadas a tasajo, avanzaban jineteando corrientes ignoradas, bajo un cielo donde brillan constelaciones que en nada se parecían a las del familiar firmamento boreal.

Conmovido por sus evocaciones, Chilavert levantó una copa de vino y, ante la sorpresa de sus compañeros, pronunció un brindis:

—Por los viejos navegantes... Por Colón y por Solís, por Pinzón y Magallanes...

Tapia y Loguzzo lo miraron azorados. Aunque nada comentaron al advertir que el teniente hablaba consigo mismo, dialogando con las raíces de su sangre marinera.

El oficial apuró la copa y luego cerró los ojos. Concluida la proyección, el silencio se extendía en el interior de aquel gran hotel suspendido sobre las aguas que, días antes, surcaran los buques de la *Task Force*. Lo último que pensó Facundo fue qué absurdo resultaba ir a combatir contra las fuerzas inglesas alejándose de ellas.

—Es como si, para encontrarnos, marcháramos por rutas divergentes...

Al rato todos dormían.

En una casa del barrio de oficiales, en la Base de Puerto Belgrano, Mónica Salgado vivía otra de esas noches de soledad a que están condenadas las mujeres de los militares. Rememoraba los días trágicos de la guerra anti-subversiva, cuando su marido desaparecía por largas temporadas, al final de las cuales regresaba sin previo aviso, igual a como se había ido, con la cara marcada por una dolorosa expresión y cumpliendo fielmente la consigna de no hablar sobre las tareas que realizara. Eso traía aparejados silencios prolongados y Mónica se veía impulsada a volcar sobre él todo su cariño, hasta devolver a ese rostro querido su aspecto habitual. De todas maneras, ambos habían envejecido durante esos años, a un ritmo muy superior al que determinaba el paso del tiempo.

Ahora estaba sola otra vez. Pero no se afligía. En la voz de Facundo había una vibración entusiasta y alegre cuando, por teléfono, le hizo saber que no volvería a casa por algunos días.

Violeta Bermúdez corroboraba que Jorge Tapia formaba ya, en cierto modo, parte de su vida. Le entristecía saber que no lo vería durante una temporada cuya duración ignoraba y se preguntaba insistentemente sobre la suerte que le cabría en esa misión que emprendiera y que no estaba en condiciones de revelarle.

Aquella vieja tía de Loguzzo no tendría la sorpresa de recibir carta suya hasta una semana después: las bondades del correo argentino se han ido perdiendo y, desde la chacra de Monsalvo, se bajaba poco al pueblo.

El amanecer se adelantó casi tres horas a la que marcaban los relojes de los pasajeros del Boeing en vuelo sobre las Canarias que, bajo sus alas, mostraban una verde y accidentada geografía circundada por orlas de espuma. El flanco derecho de la nave era bañado por un sol bermejo que iluminaba ojos hinchados, mejillas mal afeitadas y maquillajes corridos. Sólo las azafatas se mantenían esplendorosas, como modelos de publicidad.

Apenas concluido el desayuno, una línea oscura apareció ante la nariz del avión: la costa europea, la orilla del Viejo Mundo. Poco después, los pilotos ya podían observar que el perfil hacia el cual se dirigían estaba partido por la escarpadura que en él señala la boca del Guadalquivir.

Sobrevolaron tierras áridas, puntuadas por olivos, donde se asentaban pueblitos blancos de traza irregular. Montañas y otra vez la llanura, la llanura manchega, teatro de los nobles desatinos de Alonso Quijano.

La máquina tocó tierra en Barajas a las 11:15 hora local y, no bien los buzos traspusieron los accesos al aeropuerto, un hombre que se identificó como enviado del Agregado Naval colaboró con ellos en los trámites de aduana, entregándoles la documentación y las llaves de un automóvil alquilado, que aguardaba en la playa de estacionamiento adyacente. Con Loguzzo al volante, el coche puso rumbo al sur, desandando la ruta que sus tripulantes acababan de recorrer por aire.

El SEAT cruzó rápidamente media España. Completaron la carga del tanque de nafta en Bailén y recién volvieron a detenerse en Granada, para comer algo y permitir a Tapia sentarse al volante. Sólo fueron detenidos una vez por la Guardia Civil, que realizó una verificación meramente formal. Por fin, superada Málaga, el azul del Mediterráneo se presentó ante los viajeros y, luego de una curva del camino, pudieron ver al frente la mole imponente del Peñón de Gibraltar.

5 - A la sombra del peñón

Se dice que el Peñón de Gibraltar es la llave del Mediterráneo. Aunque el grado de evolución alcanzado por las armas modernas haya determinado que su importancia estratégica aparezca hoy considerablemente disminuida. Lo cual no quita que, con referencia al mismo, aún quepa afirmar que si ya no es la llave del Mediterráneo, al menos sigue siendo el lugar donde ésta se cuelga. A eso alude el escudo de la ciudad, que muestra un castillo y, en el vano de su puerta, dispuesta en forma vertical, una gran llave con su paleta vuelta hacia la izquierda.

El nombre de Gibraltar deriva de *Gebel al Tarik* y hace referencia a la fortaleza que allí alzara el caudillo moro así llamado, cuando los árabes invadieron la península ibérica a principios del siglo VIII. Pero la historia del Peñón retrocede mucho más, hasta perderse en la noche de los tiempos. Fue el *Alube* de los fenicios y el *Calpe* de los griegos, constituyendo una de las dos famosas *Columnas de Hércules* que señalaban la frontera última del mar antiguo, vale decir el fin del mundo. Ese fin del mundo al que se refiere el clásico lema *Plus Ultra* —Más allá—, acuñado para celebrar la osadía de las proas españolas que lo dejaron atrás.

La otra columna empujada por el forzado semidiós

para comunicar el Mediterráneo con el Atlántico, formando el Estrecho, está constituida por el Peñón de Abyla, en la isla de Ceuta, y los fenicios se encargaron de que ambas tuvieran forma tangible, corporizando la metáfora mitológica. Alzaron en efecto sobre los dos peñones sendas columnas de plata maciza, que marcaban el límite para la navegación.

En Gibraltar se asentó la colonia romana *Julia Calpe*. Luego de edificarse allí la ciudadela de Tarik, permaneció en poder de los moros seis siglos. Recién en 1302, el rey Fernando II de Castilla desalojó a éstos. Pero, tres décadas después, fue ocupado por Abu Melik, hijo del Emperador de Marruecos. En 1410 el rey de Granada Yusuf III expulsó a los marroquíes y transcurriría medio siglo antes que, durante el reinado de Enrique IV, fuera recobrado para la cristiandad por el marqués de Medina Sidonia.

La historia de Occidente siguió bullendo en torno al impenetrable peñasco. En 1540 es saqueado por el pirata Barbarroja, a raíz de lo cual se lo fortifica por orden de Carlos V. No obstante ello, el almirante holandés Jacobo Heemskerck fuerza la entrada a su puerto y destruye dentro la escuadra que allí se alberga. Durante la Guerra de Sucesión española, los ingleses combaten a favor de uno de los pretendientes, el archiduque de Austria. En virtud de esto, el almirante Rooke desembarca un cuerpo de mil ochocientos soldados que, alterando su cometido en beneficio de Gran Bretaña, ocupan la roca en nombre de ella, al mando del príncipe Jorge de Hesse-Darmstadt, el 30 de agosto de 1704. A despecho de ataques, sitios y bombardeos, a despecho de la razón y la geografía, el Peñón continúa en poder británico.

Una vez en Algeciras, los buzos argentinos se dirigieron al piso que ocupaban los técnicos asignados a la misión y, acompañados por uno de ellos, marcharon hasta La Línea, localidad inmediatamente vecina al acceso por tierra a la base inglesa, donde se les arrendara una casa pequeña. Franqueada la puerta y transferida la llave, Loguzzo devolvió el técnico a su alojamiento. Antes de marcharse, éste hizo conocer el número de teléfono que deberían utilizar para comunicarse con el Grupo de Apoyo e informó:

—El bote de goma está en el galponcito del fondo.

—¿Y los explosivos? —inquirió Chilavert.

—Llegarán pasado mañana.

Ya había cerrado la noche del 28 de abril.

El 29 por la mañana tuvo lugar una equívoca reunión entre el Jefe del Servicio de Inteligencia del Ejército y el almirante Girling. Aquél, en efecto, propuso un plan audaz: enviar buzos militares para sabotear la base inglesa de Gibraltar. Girling opuso reparos y manifestó que realizaría las consultas que la propuesta imponía. De inmediato transmitió la novedad al almirante Anaya.

Ambos marinos coincidieron en cuanto a que había que disuadir a sus colegas del Ejército pues, en la medida que un proyecto de este tipo fuera conocido por mayor número de personas, la seguridad de los hombres destacados en Algeciras resultaría comprometida, aumentando la posibilidad de filtraciones, harto frecuentes durante la Guerra de las Malvinas. Por otra parte, la cobertura de esos hombres mejoraría en tanto trascendiera la oposición naval a realizar operaciones de tal naturaleza. Ya habría tiempo, en todo caso, para aclarar las cosas cuando el gru-

po que actuaba en Europa estuviera de regreso.

En consecuencia, la postura de Girling frente al plan del SIE fue terminante: el riesgo de complicaciones internacionales que suponía lo tornaba claramente desaconsejable, en opinión de la Armada.

Esa misma mañana, los hombres puestos por la Armada junto al Peñón para llevar a cabo el sabotaje que, propuesto por el Ejército, sería descartado en Buenos Aires, se disponían a iniciar la aproximación hacia su objetivo.

Mientras, vistiendo trajes de baño y remeras multicolores, desayunaban en un bar próximo a su alojamiento, dijo Chilavert a sus compañeros:

—Bueno, tengan en cuenta que somos turistas corrientes. Con bastante plata y fanáticos de la pesca submarina. Eso se tiene que notar, hay que hablar con la gente, salir al mar a la vista de todo el mundo, pescar realmente y vender o regalar parte de lo que pesquemos, guardando algo para comer nosotros porque el pescador que no come de lo que pesca no sacará más pescados.

La mañana era limpia y fresca; luminoso el aire, con esa diafanidad que sólo se da en regiones meridionales, contenía un dejo de gusto salobre. Se veían algunas palmeras y Loguzzo, sin poder contenerse, silbó al paso de una rubia madrugadora que se encaminaba al mar.

Faltaba aún para que comenzara la temporada, de modo que había poca gente. Eso, sumado a lo temprano de la hora, determinaba que la ciudad apareciera casi desierta. Unas pocas mujeres baldeaban las veredas y algunos muchachos pasaban con sombrillas que plantarían en la arena.

Concluido el desayuno, volvieron los buzos a su casa. Chilavert conversó brevemente por teléfono con quien dirigía a los técnicos, comunicándole sus próximos pasos y, enseguida, los tres marcharon hacia el cobertizo donde se guardaban bote y equipos. Se trataba aquél de un excelente *Zodiac* germano, provisto con un motor *Johnson*: negro opaco el primero, blanco con franjas azules el motor. Los elementos para bucear estaban completos y hasta respondían exactamente a la envergadura física de los que habían de usarlos, ya que Girling había previsto ese detalle.

Los tanques que les permitirían respirar cuando nadaran sumergidos eran de distintos tipos, según se aclaraba en cada uno: los que contenían aire comprimido, los que llevaban oxígeno y, por último, los que almacenaban una mezcla especial. Tal mezcla incluía un gas inerte que, sin resultar tóxico, determinaba que las burbujas expulsadas por el nadador no subieran a la superficie, delatando su presencia.

—Hoy utilizaremos aire comprimido —indicó el teniente.

El bote seguía montado sobre su *trailer*. Colocaron los equipos dentro del bote y engancharon el remolque al automóvil, llegando hasta el borde del agua.

Puesto el motor en marcha, salvaron sin esfuerzo la zona donde las olas se deshacen en espuma al dar contra la playa, dejándola atrás.

Según lo convenido, utilizaban como base de operaciones la bahía que se halla al oriente del Peñón, prefiriéndola a la de Algeciras que se encuentra hacia el poniente con relación a éste. Ello obedeció a que el movimiento de la última es mucho mayor, pues cuenta con un puerto activo y, además, sobre ella se abre el utilizado por los

buques ingleses, respecto al cual querían demostrar el menor interés posible.

Al rato, impulsados por el andar sostenido del *Johnson*, el bote brincaba a varias millas de la costa. Chilavert detuvo entonces el motor e invitó a sus compañeros para que se llenaran los ojos con toda la majestad del Peñón, esa maravilla de la naturaleza que, vista desde donde la observaban los tres hombres, presenta el aspecto de un león tendido en la orilla, cara al mar.

Los trabajos hechos en la peña, fácilmente perceptibles en parte, recuerdan labores odontológicas practicadas en esa ciclópea muela de caliza jurásica que semeja el Peñón; se ven parches de mampostería incorporados a sus laderas, casamatas, garitas y troneras que se confunden con las anfractuosidades de la piedra.

Proporcionalmente, es muy poco, sin embargo, lo que el espectador —aun el espectador atento— puede advertir respecto a las obras de ingeniería con que cuenta Gibraltar, ya que la mayoría de ellas no es visible desde el exterior. Pasadizos y recintos de toda clase han sido excavados allí; depósitos de víveres, combustible y munición; cisternas que recogen el agua de lluvia; emplazamientos para baterías de grueso calibre; cobijos destinados a la guarnición; usinas que albergan grupos electrógenos; vastos salones donde susurran las computadoras y, según se dice, hay también varias plataformas de lanzamiento para misiles nucleares, cuyas narices apuntan al cielo andaluz.

No obstante tales prodigios técnicos, lo que más impresionaría a alguien que recorriera el Peñón, poseyendo un mínimo de conocimientos e imaginación, serían los testimonios superpuestos de sucesivos ocupantes que allí dejaron su impronta, más o menos patente. Pues, a la par de

los misiles y las computadoras, topará el visitante con enmohecidas cadenas empotradas en los muros, que ayer sirvieran para contener el retroceso de pesados cañones fundidos en bronce; caminos de ronda labrados hacia el medioevo; lienzos de paredes que conservan el enjabelgado con que las enlucieran los moros; bases de columnas romanas y, si los buscara bajo la tierra de ciertos estrechos valles que existen al pie de los taludes, seguramente hallaría el investigador trozos de alfarería griega y monedas fenicias. Los siglos, en cambio, se han encargado de borrar las pictografías del hombre prehistórico que debieron adornar las grutas naturales subsistentes, reduciendo a nada los restos de cultos inmemoriales que, sobre esas alturas transformadas en ara, hubieron de practicarse cuando el fuego todavía era joven.

Chilavert, lector y curioso, ilustró a sus acompañantes sobre la historia de Gibraltar, mientras el bote se mecía en silencio y el sol cobraba altura. Por fin dijo:

—Para charla ya es suficiente. Hay que ponerse en acción. La idea es formar parejas de nadadores y que el tercero se quede a bordo, alternándonos cada día. Hoy llegaremos hasta el pie del Peñón, avanzando en general bajo el agua, para volver aquí después. Durante el último tramo haremos pesca submarina, porque hay que llevar pescados a la playa. Una vez que los nadadores hayamos regresado, el que se quedó en el bote pescará también un rato. Nos espera una tarea dura. Vamos a colocarnos los equipos, Jorge. Mañana salgo con usted, Loguzzo.

Hacia el mediodía del 29 de abril un superpetrolero de bandera liberiana dejaba atrás la última exclusiva del Canal de Suez. Traía en sus tanques doscientas cincuenta mil

toneladas de petróleo desde el Golfo Pérsico, destinado a abastecer la base británica de Gibraltar.

Contemplar el Mediterráneo desde varios metros bajo la superficie, mientras el sol ilumina ésta, configura un panorama que, por sí solo, justifica desentrañar los secretos que un buzo autónomo ha de dominar para ejercer su oficio o afición. La inmensidad azul se extendía ante la luneta de los visores que calzaban Tapia y Chilavert, transitada por infinitos peces policromos, formas vegetales que se mantenían suspendidas en el agua quieta, figuras ambiguas que la refracción creaba caprichosamente fingiendo extrañas presencias.

La zona por donde avanzaban los nadadores es profunda, de manera que no hay en ella flora que requiera apoyarse en el fondo. Quien marchaba a la zaga, disfrutaba la escena suplementaria que ofrecían los chorros de burbujas que su compañero soltaba a intervalos regulares y que, plateadas, subían hacia el anverso de las olas.

Los arpones neumáticos que ambos portaban constituían en realidad un impedimento, pero Chilavert se había empeñado en que realizaran la incursión llevándolos, para extremar el entrenamiento. Aclaró incluso:

—Peor va a ser cuando tengamos que cargar con los explosivos. De manera que, en otra oportunidad, haremos el recorrido con algunos ladrillos metidos en los mismos bolsos donde pondremos los panes de *plástico*.

El juego de las corrientes es complicado en el Estrecho de Gibraltar. Por el medio del mismo prima una, acentuada, que entra desde el Atlántico, dirigiéndose al Mediterráneo. Junto a las costas enfrentadas se registran otras de sentido doble e inverso: del lado europeo corre

hacia el Atlántico la más próxima a tierra y hacia el Mediterráneo la más lejana; del lado africano sucede al revés, pues avanza hacia el Mediterráneo la que discurre junto a la orilla y hacia el Atlántico la más alejada de ella. Pero, para complicar aun dicho juego, las mareas ejercen allí marcada influencia, alterando el esquema general, a lo cual se suma el *peso* del Atlántico y cierta diferencia de nivel que existe entre éste y el *Mare Nostrum*. En virtud de ello, ambos buzos debieron corregir sus trayectorias, torciendo primero su rumbo ligeramente hacia el oeste para, al advertir que ya habían entrado en la corriente que fluye cercana a la costa, forzarlo hacia el este, neutralizando así la deriva que los empujaba en dirección al océano.

Por fin repararon en que el fondo se levantaba debajo de ellos, con su infinidad de algas y moluscos. De tanto en tanto, aquél presentaba espacios de arena que se extendía tersa y clara. Nadaban sobre uno de ellos cuando Tapia, que en ese momento encabezaba la marcha, se detuvo señalando algo a Chilavert.

La detención se justificaba. Semienterradas en la arena, iluminadas por la tenue luz submarina, siete ánforas —griegas o romanas, ninguno de los buzos estaba en condiciones de establecerlo— dormían su sueño de siglos bajo las olas.

Chilavert recogió una de ellas. Al desprenderla del lecho, una nube turbia subió desde el mismo, para diluirse rápidamente. El ánfora estaba intacta y, vista de cerca, al través del cristal, el teniente pudo distinguir una guarda geométrica y rojiza que la circundaba. Tapia recogió dos más. Pero pronto comprendieron que no podían seguir con ellas a cuestas y, resignados, las volvieron a dejar donde estaban, respetuosamente.

Poco más adelante la luminosidad del agua se apagó

bruscamente y comenzaron a avanzar casi a tientas. Estaban a la sombra del Peñón. Enseguida toparon con las raíces profundas del mismo y, luego de incursionar por sus oquedades, emprendieron la vuelta.

Cuando consideraron hallarse a una distancia razonable del bote, resolvieron usar sus arpones para cobrar algunas piezas que acreditaran su condición de pescadores. Chilavert capturó una raya de gran tamaño y Tapia dos peces de buen porte.

No les resultó fácil dar con el bote. Para nadar hasta Gibraltar el problema había sido sencillo pues, amén de valerse de la brújula y no obstante las correcciones de deriva que debieron practicar, cada tanto ganaban la superficie a fin de verificar la exactitud del rumbo. Y bastaba asomar fugazmente la cabeza para advertir la masa del Peñón, cada vez más próxima. Al regreso no ocurrió otro tanto. Un bote sin arboladura es un punto en el mar y los errores de derrota no podían ser enmendados por el simple procedimiento de mirar al frente, pues al frente nada se veía.

Según sus cálculos, los buzos debían hallarse ya en el lugar preciso de la cita con el suboficial. Pero no había trazas de él por las inmediaciones. Observaron un carguero que avanzaba hacia el Atlántico y varios veleros que, con sus *spinakers* de colores inflados como globos, aprovechaban la brisa que empezaba a soplar. Para peor, aun permanecer en el lugar les resultaba penoso, cargados como estaban con los arpones y el producto de su pesca.

La alarma que experimentaban les impedía tomar conciencia de hasta qué punto se hallaban cansados, des-

pués de cumplir una travesía agotadora sin contar con un entrenamiento óptimo.

También el suboficial Loguzzo empezó a alarmarse. Había pasado en exceso la hora prevista para el regreso de sus compañeros y de éstos no se advertían ni señales.

—¿Qué será mejor? —se preguntó—. ¿Seguir fondeado o salir a buscarlos?

Resolvió esperar aún.

Chilavert y Tapia nadaban en amplios círculos, empleando para ello el mínimo de energías posible. Repararon en que había sido otro error no llevar los guantes con que contaban sus respectivos equipos, pues la piel de las manos se les había vuelto blancuzca y aparecía tumefacta, a raíz de la larga permanencia en el agua.

Loguzzo decidió cambiar de actitud. Encendió el motor del bote y comenzó a navegar del mismo modo que nadaban los buzos, es decir en círculos cuyo diámetro fue aumentando. Por fin, mucho más lejos de lo supuesto, vio un brazo que se agitaba, emergiendo de la superficie a no menos de trescientos metros a su derecha. Puso proa hacia allí, recogiendo a Tapia y Chilavert que, agotados, se tendieron en el fondo del bote.

El superpetrolero liberiano —liberiano conforme a su bandera al menos— dejaba atrás el Canal para recalar en el

puerto de Suez y proseguir viaje luego, atravesando el Mediterráneo de este a oeste.

Mientras los nadadores se reponían, Loguzzo cumplió a conciencia su cometido de pescador, para realizar el cual resultó contar con cualidades innatas. Sin alejarse demasiado del bote obtuvo una abundante cosecha que, unida a las piezas cobradas por sus compañeros, formó un conjunto que apreciaron debidamente los bañistas cuando el *Zodiac* varó en la playa y sus tripulantes tiraron de él para sacarlo del mar.

Según lo previsto, comenzó entonces una venta al menudeo que reportó algunas pesetas a los pescadores y a los adquirentes la certeza de haber comprado pescado fresco y barato. Para liquidar el *stock* regalaron algunos ejemplares menores, con lo cual ganaron los buzos el aprecio de los beneficiarios de tal prodigalidad.

—Mañana saldremos de día y también de noche —anunció Chilavert a los circunstantes—. A media tarde regresaremos y, si les interesa comprar algo de lo que pesquemos por la noche, estaremos aquí a primera hora de pasado mañana.

La incipiente clientela tomó nota de los horarios anunciados.

Un andaluz que los observaba —hombre formal y sentencioso, de traje oscuro y abrochado el último botón de la camisa, aunque sin corbata —reflexionó:

—Pué ya 'e afición la de los tíos. Porque esto no se esplica sino por afición. Con lo poco que cobran y lo mucho que regalan no pensarán pagarse el viaje desde Sudamérica. Está claro —concluyó— que hay gente pa' todo.

6 - El día y la noche del 1º de mayo

Muy temprano por la mañana salieron los pescadores y esta vez fueron Loguzzo y Chilavert los que realizaron la extensa travesía a nado. Habían tomado una precaución, fruto de la experiencia: luego de fondear, montaron en el bote un toldo de colores intensos que, además de proteger del sol a quien se quedaba a bordo, permitía ver desde lejos la embarcación a los que regresaban. Un grupo bastante compacto esperaba en la playa la vuelta de esos argentinos apasionados por la pesca, que ofrecían a tan buen precio el producto de sus expediciones.

Para aumentar su popularidad, aquel mediodía Loguzzo asó en la orilla bastantes pescados, los que comieron él y sus compañeros, invitando a los presentes con apetitosos bocados. Después del almuerzo, cuando la ciudad cumplía con el rito meridional de la siesta, los tres se encaminaron al alojamiento del Grupo de Apoyo.

A las 4:40 del 1º de mayo estalló la primera bomba en Puerto Argentino. Otras quince la seguirían, en rápida sucesión. Inmediatamente, el bramido de las turbinas de un bombardero de la RAF se perdió en la noche. Comenzaba el segundo *round* de la batalla por las Malvinas.

La misión confiada al 1er. teniente Martin Withers, al mando de aquel bombardero —un B-2 *Vulcan*, matrícula XM-607— constituyó en su momento la misión de bombardeo a mayor distancia jamás realizada por un avión. El operativo, denominado *Black Buck* ⁷, involucró trece aparatos con diecisiete reabastecimientos en el aire, y originó varios incidentes vinculados al encuentro y acople con los aviones-cisterna *Victor*. Los resultados de esa notable empresa, sin embargo, no justificaron emprenderla.

De las veintiuna bombas arrojadas por el *Vulcan* solo una mordería el borde sur de la pista de Puerto Argentino, sin afectar su operabilidad, ya que se mantuvo perfectamente utilizable a lo largo de todo el conflicto, pese a haber constituido el principal objetivo de los ataques británicos.

Los argentinos, a raíz del ataque, imaginaron un ardid que los ingleses tardarían en advertir: dibujaron en la pista varios boquetes que, de haber sido reales, la habrían dejado fuera de servicio.

Sin contar aquel impacto, las bombas arrojadas por el piloto Withers se perdieron en la turba. Dos explotaron con retardo, pues contaban con espoletas que permitían postergar su estallido, y cuatro no lo hicieron nunca.

A raíz de esa primera incursión aérea del enemigo, dejó de fumar el teniente primero Domínguez Lacreu.

El B-2 ya se había alejado cuando, por el teléfono de campaña, hicieron saber al oficial que dos de sus hombres no aparecían.

—Búsquenlos —ordenó el militar—. Tenemos la obligación con sus familias de, al menos, devolver los cuerpos.

7. Chivo Negro

Instantes después volvió a sonar el teléfono de campaña.

—Oímos quejidos bajo tierra, mi teniente primero —se le hizo saber.

—Voy para allá.

Mientras caminaba hacia el lugar en la oscuridad de la madrugada, Domínguez Lacreu prometió a la Virgen que dejaría de fumar si aquellos dos soldados aparecían sanos y salvos.

La explosión de una de las bombas arrojadas por el *Vulcan* —bombas reguladas para fragmentar superficies de concreto— había dejado un hoyo de aproximadamente dieciseis metros de diámetro por ocho de profundidad. Bajo el labio que la tierra desalojada formara en el borde del cráter, se oían en efecto quejas apagadas.

Cavaron afanosamente y por fin extrajeron de la turba removida a ambos muchachos. Estaban magullados pero enteros. La breve ala del casco y los pasamontañas subidos hasta los ojos vinieron a conformar pequeñas cámaras de aire que les permitieron respirar hasta ser rescatados, ya próximos a la asfixia.

El teniente primero Domínguez Lacreu cumplió su promesa.

En el departamento que ocupaban los técnicos, el explosivo que se utilizaría en la voladura planeada se encontraba al alcance de la mirada de cualquiera que entrara. Pues nadie podía sospechar los efectos devastadores que estaba en condiciones de causar esa boya de alegres colores allí depositada.

—Esta noche intentaremos meternos en el puerto de la base inglesa para inspeccionarlo: necesitamos hallar

blancos *rentables* —anunció Chilavert al Grupo de Apoyo.

—Durante los últimos días no han entrado buques allí. Aunque no puedo asegurar que no haya alguno dentro del puerto y fuera de nuestra vista.

—Mañana lo sabrán.

A las 8:25 los radares de Puerto Argentino registraron la aproximación de diez aparatos enemigos. Se trataba de otros tantos *Sea Harrier* que habían despegado de la plataforma del portaaviones *Hermes*, surto en las proximidades, aunque lejos del alcance de las baterías argentinas. A bordo del portaaviones el almirante Woodward festejaba su cumpleaños número 50. Momentos antes había invitado al general Menéndez para trasladarse en helicóptero hasta la nave y pactar las condiciones de una capitulación. Antes que Menéndez contestara, un subordinado suyo se apresuró a rechazar tal invitación empleando términos muy poco pulcros. Woodward debería aguardar un mes y medio para concretar sus deseos, luego de sufrir bajas que no entraban en sus cálculos.

Tampoco entraba en los cálculos de quienes piloteaban aquellos *Sea Harrier* encontrar el recibimiento que hallaron.

El Escuadrón de Artillería Antiaérea, al cual cupiera destacadísima actuación durante la guerra, contaba en Puerto Argentino con nueve cañones bitubo *Rheinmetal* de 20 mm. con radar *Super Fledermaus*, una batería de cañones *Oerlikon* de 35 mm. con un radar *Skyguard* y dos baterías de misiles tierra/aire *Tigercat*. Reunía el Escuadrón material y efectivos de las tres Fuerzas, primando los componentes del Ejército.

Siete máquinas británicas, volando a muy baja altura, dejaron caer sus bombas de mil libras en la zona del aeropuerto, sin acertar tampoco a la pista. Pero el precio pagado por la incursión fue muy alto. Dos *Sea Harrier* cayeron bajo el fuego de los cañones de 20 mm.; varios resultaron averiados, escapando en dirección al *Hermes* y precipitándose al mar uno de ellos sin alcanzar su base; otro fue derribado por un misil *Tigercat*. Después de esta experiencia, la aviación inglesa no volvió a efectuar ataques a baja altura en el área de Puerto Argentino.

El superpetrolero de bandera liberiana había abandonado ya el puerto de Suez e iniciado el cruce del Mediterráneo.

A media mañana, fragmentadas, empezaron a difundirse en Buenos Aires las nuevas referidas al ataque inglés en las Malvinas. La población del país esperaba fervorosamente que se devolviera el golpe.

—Tapia y yo vamos a entrar esta noche al puerto de Gibraltar. Será sólo una excursión de reconocimiento. Me parece, eso sí, que no es necesario empezar a aproximarse desde tan lejos como lo hemos venido haciendo. En la oscuridad será muy difícil que nos vean. Usted, Loguzzo, colgará dos luces en la parte alta del toldo, una blanca y otra amarilla, cosa que podamos encontrar el bote al volver. Dormiremos unas horas antes de salir, porque, yo al menos, estoy molido.

—No sos el único —respondió Tapia.

La incursión de los aviones británicos sobre el precario aeródromo montado en Puerto Darwin fue más efectiva que la practicada contra Puerto Argentino. Había allí un puñado de aparatos *Pucará* —turbohélices fabricados en la Argentina— que, al tener noticia la autoridad de la base sobre el bombardeo efectuado por el *Vulcan*, pretendió desplazar hacia la tercera pista con que se contaba en el archipiélago —la del Islote Borbón—, aún más deficiente que la de Darwin.

Debido a las pésimas condiciones del terreno, una de las máquinas encajó en el barro la rueda delantera de su tren, impidiendo el despegue a las demás. Mientras se procuraba hacerla zafar de su atasco, aparecieron los *Sea Harrier*, cuyos pilotos lograron un impacto directo sobre uno de los *Pucará* posados en tierra, resultando un oficial y siete suboficiales muertos por la explosión.

La reacción argentina no se hizo esperar. En oleadas sucesivas, desde bases patagónicas, comenzaron a decolar las escuadrillas de la Fuerza Aérea. *Mirages* y *Skyhawks*, en sus modelos convencionales o en su versión *Dagger* aquéllos, éstos de los tipos A4B y A4C, enderezaban la nariz hacia el archipiélago y sus alrededores, sobre los cuales podrían permanecer breves minutos, pues no permitía otra cosa la carga de combustible con que contaban sus tanques.

Como identificación, las escuadrillas llevaban curiosos nombres *ad hoc*: *Toro*, *Perro*, *Topo*, *Pingo*, *Limonas*, *Ciclones*. Aquella mañana, los pilotos argentinos recibieron su bautismo de fuego y la actuación que les cabría los

hizo acreedores a la admiración de propios y extraños, condensada en el elogio que les deparara esa vieja águila de la Segunda Guerra que es Pierre Clostermann, cuyo cálido testimonio involucró a los aviadores de la Fuerza Aérea y a los de la Armada.

Las reiteradas acometidas de los ya anticuados aparatos, que se lanzaron contra buques dotados con la más avanzada tecnología, causaron graves destrozos en la *Task Force*. Y la modalidad utilizada para ello sorprendió a los expertos, pues las formaciones llegaban rozando la cresta de las olas para elevarse entre los mástiles y las antenas de los navíos, sobre los cuales descargaban bombas, cohetes y metralla. Tan escasa era la altura de los cazabombarderos que en muchos casos los mecanismos de sus bombas no llegaron a armarse durante la caída, impidiendo que estallaran y ahorrando mayores daños a los barcos atacados con tal empeño.

El 1º de mayo resultaron averiados dos destructores de diseño reciente y dos fragatas tipo 21. Uno de aquéllos se alejó en llamas mar adentro.

Los buzos instalados en Gibraltar se enteraron parcialmente de los acontecimientos que, durante la jornada, tuvieron por escenario el extremo sur del Atlántico. Los ingleses, como saldo de ella, declararon destruido el aeródromo de Puerto Argentino, así como también numerosos aviones enemigos, mientras, por su parte, sólo reconocieron averías leves en un *Sea Harrier*.

A las siete en punto de la tarde, desde el teléfono público utilizado para las comunicaciones con Buenos

Aires, llegó hasta Algeciras una información escueta:

—Las cosas no son como las cuentan allí. Hoy a los ingleses les pegamos duro.

Brillaba la luna sobre el Mediterráneo cuando Chilvert y Tapia, enfundados en sus negros trajes de goma, se deslizaron al agua. Habían aprendido a no prescindir de los guantes.

Nadaron buen rato en la superficie, pues de noche no se justificaba extremar las precauciones para aproximarse al Peñón, cuya mole iban rodeando.

Corría una brisa ligera que, al agitar el mar, favorecía la posibilidad de que los buzos no fueran advertidos. El faro de Gibraltar emitía cada tanto sus destellos, blancos y rojos.

Producía una extraña sensación avanzar por las aguas sombrías, donde se reflejaban los astros: era como bracear en el espacio sideral, entre constelaciones temblorosas. De vez en cuando, alguna fosforescencia iluminaba apenas el abismo sobre el cual se deslizaban ingravidos, encendiendo debajo de ellos leves luces espectrales.

Circundaron la enorme roca y se internaron en la Bahía de Algeciras para, enseguida, dirigirse tangencialmente hacia la entrada del puerto fortificado de la base británica.

Contaba éste con redes de acero destinadas precisamente a conjurar visitas indeseables, particularmente de submarinos pequeños que pudieran internarse en su rada. Fueron esas redes las que, con gran dificultad, sortearon en la Guerra del 39 los oficiales italianos, jinetes de sus torpedos humanos. Pero, en la noche del 1º de mayo de

1982, las mismas no estaban colocadas: ninguna razón justificaba tenderlas.

Colgados del cuello sus visores para evitar reflejos, los buzos asomaron la cabeza y observaron en torno. Las luces de Algeciras brillaban detrás de ellos y se advertían incluso las de posición correspondientes a algunos barcos fondeados junto a los muelles. A su frente, contra el cielo azul turquesa, se recortaba el perfil del Peñón. Al pie de éste y algo a la izquierda se abría la boca del puerto, parcialmente excavado en la piedra viva y defendido por una larga escollera que constituye su flanco sur.

Practicada esta observación panorámica y verificado el rumbo que debían seguir desde ese momento, los argentinos se zambulleron, guiándose tan sólo por la aguja magnética que alumbraba con leve destello verdoso el interior de las brújulas sujetas a sus muñecas.

Ganaron distancia en silencio, varios metros bajo las olas. Respiraban cómodamente pues, dado el estado del mar, habían optado por utilizar nuevamente los tubos de aire comprimido, ya que las burbujas producidas pasarían inadvertidas en la marejadilla que suscitaba el viento en la superficie. Notaron por fin delante de ellos la pared rocosa que constituye la base del Peñón y doblaron a la derecha, pegados a ella. En un momento dado, palparon gruesos ganchos y grapas de hierro, correspondientes a un sistema fuera de uso para fijar las redes destinadas a clausurar el ingreso al puerto. Pronto supieron que estaban dentro de éste, pues el agua aparecía intensamente iluminada hasta muy por debajo de su nivel: los reflectores concentraban sus haces en el espejo interior de la rada. Uno detrás de otro, conteniendo la respiración para evitar el flujo de burbujas, avanzaron hasta ubicarse en una zona oscura. Llegados allí, subieron lentamente para inspeccionar el lugar.

Ambos incursores se hallaban al abrigo de un macleón que proyectaba su sombra sobre las aguas. Analizaron minuciosamente cuanto los rodeaba, vieron tres centinelas caminando por los muelles y oyeron algunas voces lejanas. Pero, fuera de unas pocas embarcaciones auxiliares que aparecían amarradas, sólo había allí un pequeño buque minador con casco de madera. Vale decir, un blanco claramente *no rentable*.

—¡La gran siete! —exclamó Tapia por lo bajo—. Aquí no hay nada que merezca ni tirarle con honda.

—Demos la vuelta al puerto, nadando sumergidos, para comprobar si es posible moverse acá adentro con cierta seguridad. Después nos vamos. Seguime. —dijo Chilavert.

Cumplieron efectivamente su propósito, pasaron bajo la quilla del buque minador y se alejaron con el mismo sigilo con que habían llegado.

Mientras los buzos nadaban a pocos metros de donde él se encontraba, un centinela silbaba *No llores por mí Argentina*.

7 - Los tres mosqueteros

La realidad de la guerra se presentaba muy diferente al *pic nic* que anunciara el almirante Woodward, los festejos de cuyo cumpleaños se habían encargado de arruinar la aviación y la artillería antiaérea argentinas. Tanto que a la Primer Ministro Thatcher le resultaba imposible informar sobre los sucesos ocurridos el 1º de mayo en las Malvinas, sin correr el riesgo de desatar un escándalo político seguido por una previsible repulsa por parte de la opinión pública británica que, si admitía un desfile triunfal de sus fuerzas por los mares del sur, de ningún modo toleraría una contienda que pudiera prolongarse a un alto costo de sangre y libras esterlinas.

Por otra parte, progresaba de una manera peligrosa para el interés de *Maggie* una gestión de paz que llevaba adelante el presidente peruano Belaúnde Terry, mirada con buenos ojos por los Estados Unidos y que podría resultar aceptable a la Junta Militar de Buenos Aires.

Todo ello, sumado, comprometía el logro de los propósitos que alentaba la inflexible *premier*, dispuesta a concluir la guerra con una victoria militar que consolidara su prestigio y le permitiera transformar las islas en una fortaleza inexpugnable.

De manera que, ante la consulta formulada por el co-

mandante del submarino nuclear *Conqueror*, le ordenó disparar sus torpedos contra el vetusto crucero argentino *General Belgrano*, que navegaba fuera de la *zona de exclusión* implantada por los ingleses, en posición 55° 24'S 61° 32' W. El capitán Wreford Brown —que había detectado el crucero dos días antes, manteniéndose al acecho— se hizo repetir la orden, después de reiterar que el mismo no sólo estaba fuera de la *zona de exclusión* sino que se alejaba de ella. No obstante, le fue ratificada la orden de “disparar hasta hundirlo”.

A las 16:01 del 2 de mayo, el *Conqueror* lanzaba contra la banda de estribor de la vieja nave dos torpedos MK-8; alguien supondría que, en realidad, los utilizados fueron misiles norteamericanos *Tiger Fish*. El hecho es que el *Belgrano* se hundió velozmente. Relataría su comandante, el capitán Héctor Elías Bonzo:

“El primer impacto perforó cuatro cubiertas hacia arriba hasta llegar a la principal. En una palabra quedaron afectadas todas las cubiertas en forma vertical. Ese fue un hecho tremendo porque entre cubierta y cubierta se puede mantener estanco al buque cerrando puertas y mamparas, pero no cuando se perforan las cubiertas. El buque navegaba en ese momento en un mar agitado...”

Palabra más, palabra menos, en una conversación mantenida con cierto novelista recordaría el segundo comandante, capitán Galazi:

“Me encontraba durmiendo en ese instante, pues había cubierto una guardia nocturna. Al oír la primera explosión supuse que eran nuestros propios cañones

los que estaban disparando. Me levanté de un salto. De modo incongruente pensé: tengo que abrigarme. Al estallar el segundo torpedo me lancé hacia cubierta. Recuerdo de manera muy viva cómo me impresionó el silencio total que reinaba: era como si el buque hubiera muerto.”

Las tareas de salvamento resultaron impecables. Pese al estado del mar y a la velocidad con que se hundió el *Belgrano*, casi un millar de sus tripulantes sobrevivieron, embarcados en lanchas que fueron rápidamente arriadas y soportaron el embate de las olas hasta bien entrada la mañana siguiente. Hubo trescientos sesenta y ocho muertos, casi todos a resultas de las explosiones y los incendios que éstas ocasionaron.

Junto con el crucero había sido torpedeado el último intento para poner fin al conflicto. La gestión del presidente Belaúnde Terry y el *General Belgrano* naufragaron simultáneamente.

Chilavert, Tapia y Loguzzo, compraban cuanta publicación aparecía, referida a los acontecimientos que tenían lugar en el hemisferio opuesto. Les resultó conmovedora la fotografía aparecida en una de ellas, donde se veían varios soldados rindiendo honores ante un ataúd de madera, suspendido con cuerdas sobre la fosa donde sería depositado, en las lejanas Georgias del Sur. Correspondía la escena al entierro del suboficial de la Armada argentina Félix Oscar Artuso, sobre quien abriera fuego el *marine* que lo vigilaba cuando, en una acción confusa, creyó que su prisionero intentaba sabotear el submarino *Santa Fe*, gravemente averiado, donde ambos se hallaban y que lue-

go terminaría por irse a pique.

—Yo lo conocía —comentó Loguzzo—. Fuimos compañeros en la Escuela... Era un excelente muchacho.

—Sí —agregó Tapia con rabia—. Los muchachos mueren allá y nosotros aquí, sin un miserable barco inglés a mano para devolver atenciones.

—Tranquilo, *teniente* —ironizó Chilavert—. Ya se nos pondrá alguno a tiro. Lo peor que puede pasarnos es perder la paciencia.

Como si fuera una respuesta a la recomendación de Facundo, sonó el teléfono. Llamaba el responsable del Grupo de Apoyo.

—En estos momentos —anunció—, está entrando al puerto de la base un petrolero enorme, no alcanzamos a identificar su bandera.

—Traten de hacerlo. Es un dato importante.

Al rato volvió a llamar el técnico y dijo:

—Bandera de Liberia.

Una vez cortada la comunicación, Chilavert se volvió hacia sus compañeros, restregándose las manos.

—Esta noche puede haber fuegos artificiales en el Peñón. Llamaré a Buenos Aires para pedir luz verde.

Se dirigió al teléfono público que usaban para hablar con la Argentina. Transmitido el mensaje, le indicaron:

—Llame de nuevo dentro de una hora.

Chilavert acababa de recomendar a Tapia no perder la paciencia. Pero, ahora, la impaciencia lo consumía. Salió a caminar, fumando un cigarrillo tras otro. Al rato se recriminó diciendo:

—Seguí fumando y los pulmones te van a reventar, justo cuando más falta te hacen.

Tiró el cigarrillo que recién había prendido.

Después del *raid* de la noche anterior, esa mañana no

habían salido con el bote, durmiendo hasta tarde. La clientela formada se extrañó por ello. Y aquel andaluz que se admirara ante el afán piscatorio de los argentinos reflexionó:

—Hoy los tíos se estarán durmiendo una siesta padre. Aunque mira que andar de turista' mientras' su' paisano' se lían con lo' inglese' ... Como deberíamos' hacé nosotros' pa' recuperá' ese guijarro —pensó con referencia al Peñón, concluyendo nuevamente—. Vamo', lo dicho: que hay gente pa' todo...

La consulta formulada desde Algeciras llegó de inmediato al almirante Anaya. Que meditó largamente cuál sería la respuesta más atinada a transmitir.

Transcurrida exactamente una hora, Chilavert volvió a llamar. Hasta minutos antes una anciana locuaz ocupaba el teléfono, multiplicando la impaciencia del oficial el diálogo interminable que aquélla sostenía con una sobrina sin apuro. La respuesta de Buenos Aires fue breve y terminante:

—Autorización denegada. Negativa. Se trata de un buque civil con bandera de país neutral. Sigán esperando.

Esa noche, portando sendos bolsos que contenían ladrillos de peso análogo a los explosivos que utilizarían realmente, Chilavert y Loguzzo entraron nuevamente en la base inglesa. Inspeccionaron el superpetrolero en toda su extensión, pasaron por debajo de él un par de veces y, tascando el freno, emprendieron la vuelta.

Ya no les quedaban dudas respecto a que, una vez

que apareciera un barco que justificara el ataque, podrían llevarlo a cabo sin inconveniente alguno.

A partir de 1983, el lenguaje oficial en la Argentina contendría reiteradas referencias a “la mano de obra desocupada”, locución ésta acuñada por el ministro Tróccoli para aludir a los grupos militares o paramilitares que actuaran contra la guerrilla durante *el Proceso*. No era ésa sin embargo la única “mano de obra desocupada” que quedara como saldo de la guerra antisubversiva. Las formaciones irregulares, en efecto, desarticuladas y diezmadas, también dejaron boyando al garete muchos ex combatientes que formaran parte de ellas, la mayoría de los cuales huyó del país. Fuera del mismo, especialmente en Francia, España, México, Cuba y Nicaragua, se dedicaron a actividades diversas, obteniendo algunos plazas importantes en los medios de comunicación —incluidos teatro y cinematógrafo—, en el aparato de los partidos de izquierda, en entes internacionales y en organizaciones del *progresismo* católico, en institutos de estudios sociales y en los claustros universitarios. No todos, sin embargo, tuvieron tanta fortuna. Habitados a la clandestinidad y al ejercicio de la violencia, no lograron reimplantarse en la sociedad burguesa por cuya liquidación se batieran. Así, unos se sumaron a las escuadras terroristas europeas y otros a los ejércitos castrista y sandinista. Y, por último, no faltaron los que incursionaron en el delito común, plegándose a bandas de delincuentes ya formadas o alistando las suyas propias. Varias de tales bandas operaban en España, dedicadas al secuestro y la extorsión, al tráfico de drogas y al asalto a mano armada. Precisamente una de ellas era la que, el 3 de mayo de 1982, planeaba dar un

golpe, días después, contra la sucursal del *Banco de Santander* en Málaga.

Antes de transcurrir veinticuatro horas, la Aviación Naval argentina se cobró el hundimiento del *General Belgrano*. Utilizando flamantes aparatos *Super Etendard* de origen francés, dotados con misiles *Exocet* aire/mar, sus pilotos demostraron al mundo los terribles efectos de ese sistema de armas. Ignoraban los ingleses, pese a la eficacia de sus Servicios de Inteligencia, que la Armada hubiera logrado poner a punto dichos misiles, de modo que la sorpresa fue mayúscula cuando dos de ellos, guiados por sus sistemas electrónicos y volando a ras del mar, hicieron impacto en la fragata tipo 42 *Sheffield*, perforándola de lado a lado y provocando un incendio incontenible en sus entrañas, a raíz del cual la nave se puso al rojo vivo, ardiéron todos sus componentes plásticos y se fundieron los metales de aleación liviana que formaban parte de su estructura, yéndose finalmente a pique.

La Marina se volvía a hacer así presente en la contienda pues, días antes del ataque al *Belgrano*, Anaya había resuelto replegar la flota. Tenía evidencias, en efecto, —confirmadas por los ataques sucesivos al crucero, al aviso *Sobral* y por la aproximación de un *Harrier* al 25 de Mayo, muy distantes entre sí las tres unidades— de que el enemigo contaba con información satelitaria norteamericana y de que había submarinos nucleares actuando en la zona. La combinación de ambas verificaciones daba por resultado que no podría mover sus buques sin que los ingleses conocieran de inmediato hacia dónde se dirigían, enviando contra ellos a los submarinos, cuyos adelantos técnicos les permitirían hundir cualquier nave argentina

antes que sus tripulantes pudieran tener la menor idea sobre la cercanía del sumergible.

Pero aún contaba Anaya con otro dato: fuerzas de mar y tierra chilenas se movían hacia el sur y los informes recibidos señalaban la posibilidad cierta de una invasión al territorio nacional por parte del país vecino que, así, aprovecharía en beneficio propio la contienda anglo-argentina, concretando aspiraciones largamente acariciadas. En tales circunstancias —se había dicho el almirante Anaya— sería criminal y estúpido enviar los barcos, necesarios para defender la integridad territorial amenazada, a cumplir una acción acaso heroica pero suicida y desaconsejable según el interés global de la República.

Los días transcurrían lentos para Chilavert, Tapia y Loguzzo, sometidos a una tensión cada vez más intolerable. Cumplían con sus regulares partidas de pesca y resultaban, sin duda, personajes populares en la playa donde vendían el producto de éstas, distribuyendo gratuitamente los sobrantes de la venta. Ya eran conocidos como *Los Tres Mosqueteros* y de esa manera se inquiría por ellos cuando un ama de casa deseaba preparar una buena cazuela de mariscos o un *gourmet* pretendía obtener ejemplares raros y exquisitos para, debidamente sazonados, presentarlos en ciertas reuniones que convocaban comensales escasos y selectos. Pero *Los Tres Mosqueteros* no estaban allí para devastar los cardúmenes del Mediterráneo: las piezas tras las cuales andaban eran otras, mayores que las que extraían de aquellas azules aguas.

La banda de ex guerrilleros argentinos fijó como fecha para el asalto planeado el 10 de mayo.

En Puerto Argentino comenzó el demoledor bombardeo a que la flota inglesa sometió las posiciones argentinas, desde que caía la tarde hasta la madrugada del otro día, durante interminables jornadas nocturnas.

Tal martilleo resultaba angustioso para los defensores pues, aunque sus efectos materiales no fueran considerables, la explosión ininterrumpida de obuses sometía sus nervios a dura prueba. Con el agravante de no poder intentar una respuesta adecuada, pues las naves disparaban desde fuera del alcance de la artillería argentina, que apenas podía replicar con dos cañones SOFMA de 155 mm. —luego llegaría otro de ellos a las islas— única arma eficaz para disparar a tal distancia. La aviación, por otra parte, debía atacar con luz de día, lo cual era sabido por los ingleses que sólo acercaban sus barcos cuando ésta se extinguía, retirándolos mucho antes del amanecer.

Cierta noche, el teniente primero Domínguez Lacreu recordó al soldado a quien recriminara no cavar diligentemente su refugio, confiando en que los británicos jamás llegarían:

—¿Viste que valía la pena escarbar? —El silbido de un proyectil en viaje cortó el posible diálogo pues ambos —oficial y soldado— debieron resguardarse velozmente en el mismo pozo.

Durante otra exploración al puerto de la base del Peñón, Tapia y Loguzzo ratificaron que allí sólo permanecía el barco minador, ya que el petrolero, cumplida su tarea, había reemprendido viaje.

Al regresar esa noche con la pesca obtenida por Chilavert mientras sus compañeros practicaban la inspección, vieron con sobresalto que un poderoso reflector los ilumina-

naba, avanzando en su dirección, mientras el bramido de un motor se imponía por sobre el del propio *Johnson*.

Una lancha se les puso a la par y viró frente a la proa del bote. Mediante un megáfono se intimó a los tripulantes de éste:

—¡Eh, vosotros! ¡Deteneos y levantad las manos!

Los buzos acataron la orden y tres hombres pasaron de la lancha al bote, que se hundió peligrosamente por el exceso de peso. Los hombres portaban metralletas.

—¿Qué hacéis aquí a estas horas?

El contrabando es intenso en la zona. Una de sus modalidades consiste en encerrar mercaderías en grandes bolsas impermeables que se abandonan en el mar, señalando su ubicación con boyas; desde la costa parte una embarcación y recoge las bolsas.

—Pesca submarina.

No les creyeron a los argentinos. Sin embargo, en el bote no había señales de contrabando y, en cambio, allí estaban los arpones neumáticos y piezas cobradas.

Algo recordó de pronto uno de los agentes que habían saltado desde la lancha guardacostas. Con una linterna alumbró la cara de los buzos y dijo:

—¿Pero no sois vosotros *Los Tres Mosqueteros*?

—Bueno, así nos llaman en la playa.

—Haberlo dicho. Abastecéis a mi suegra de pescado bueno y barato.

Mal acostumbrados, los pescadores ofrecieron a los representantes del orden parte de su cosecha. La negativa fue tajante:

—No, señores. Ni hablar. El día que necesitemos pescado os lo compraremos. Quedar con Dios, amigos.

La lancha se alejó, zumbando.

8 - La mano del destino

—Señor, una fragata inglesa, tipo 42, está entrando en la base.

Tal información, transmitida por el responsable del Grupo de Apoyo, sacudió al teniente Chilavert como una descarga eléctrica.

—¡Por fin! —exclamó— ¡Un buque gemelo del *Sheffield* lo acompañará en el fondo del mar!

Esas modernas naves, por lo visto, se habían hecho reiteradamente presentes en la historia próxima del binomio Tapia/Chilavert. Aquél probó sus aptitudes de buzo táctico atentando contra la *Santísima Trinidad*; fue ese barco el que condujo a Chilavert hasta las Malvinas, el 2 de abril; la *Sheffield* fue hundida como respuesta al torpedeamiento del *Belgrano*, que consternara a ambos, junto con el país entero; ahora otra fragata, también del tipo 42 como las *Santísima Trinidad* y *Sheffield*, caía en la trampa que preparara el equipo argentino del que formaban parte Chilavert y Tapia.

Eran las 15:35 del 10 de mayo.

Momentos antes que la sucursal en Málaga del Banco de Santander cerrara sus puertas, cinco enmascarados ir-

rumpieron en ella, portando escopetas de repetición con sus caños recortados: la proverbial *lupara*, el arma de la maffia, recobró vigencia con la difusión del terrorismo, ya que quienes lo practican, como así también aquellos que se les oponen, repararon pronto en la tremenda eficacia de esa suerte de cañón portátil, infalible a corta distancia. Ante la amenaza de las *Itaka*, los pocos clientes que en él se encontraban y los empleados del Banco permanecieron inmóviles.

—¡Que nadie mueva ni un dedo! —ordenó el que aparecía como jefe de los asaltantes—. ¡No sueñen con hacer sonar una alarma porque los cocinamos a todos! Y vos, che —agregó dirigiéndose a uno de sus secuaces—, ponele ese *caño*⁸ a la caja.

Todo sucedió con gran rapidez. Minutos después una explosión sacudía el local, los ladrones llenaron dos valijas con el contenido de la caja fuerte y antes que, atraída por el estallido, llegara al lugar la Guardia Civil, el grupo había huído en dos automóviles que aguardaban con los motores en marcha.

Horas después aparecerían los vehículos utilizados, abandonados y, probablemente, reemplazados por otros.

Los preparativos para la incursión final al Peñón fueron precisos y veloces. Chilavert y Loguzzo se trasladaron hasta el alojamiento de los técnicos y, desde allí, valiéndose de potentes binoculares, pudieron observar la fragata en las aguas interiores del puerto de la base británica. Estaba atracando la nave a uno de los muelles y se advertía

8. Bomba, en la jerga empleada por los terroristas, aludiendo al tipo de carcasa que utilizaban habitualmente para confeccionarlas en sus talleres clandestinos.

actividad en torno a ella. Respecto a su clasificación, no resultaba difícil ya que se destacaba en su arboladura la peculiar cúpula que distingue a las de su tipo.

—Debe venir de Malta —supuso Chilavert—, y se estará reabasteciendo. Hay que apurarse.

Transportaron en el automóvil la boya cuyos alegres colores disimulaban su auténtica y temible naturaleza. Una vez en la casa que ocupaban los buzos, procedieron a dismantelar el simulacro, dividiendo en panes más pequeños y manuable algunos de los ocho gajos que formaban el conjunto. A tal fin utilizaron la mesa del comedor, sobre la cual alinearon también las espoletas.

—Aunque podríamos implantarlas y no activarlas hasta último momento, me parece mejor llevarlas separadas del *plástico* —opinó Tapia.

—De acuerdo —coincidió Chilavert—. ¿Cuál te parece una demora prudente para que las cargas exploten?

—Mirá, con estas espoletas podés hacer cualquier cosa: revientan siempre. No importa que las descubran, que el barco salga de viaje, que se desate un temporal... explotan o explotan. Sea porque se cumpla el tiempo que hayamos calculado, sea porque las tocan, sea porque se produzca una vibración fuerte no más. Podemos tomarnos todo el tiempo necesario para colocar las bombas, volver, levantar campamento y estar en viaje a la Argentina cuando estallen.

—¿Catorce horas?

—Pueden ser veinticuatro.

—Dieciocho, entonces.

—Muy bien: dieciocho.

Comenzaron enseguida a considerar la opción que planteaba elegir aquellos tanques que los buzos llevarían a

la espalda. Era, de todos modos, un problema casi resuelto pues, hasta entonces, habían empleado los tubos cargados con aire comprimido, sin que ello generara tropiezo alguno.

—Sería el colmo de la mala suerte que justo hoy nos descubran por las burbujas, si hasta ahora nadie se fijó en ellas.

Loguzzo llenó de combustible el tanque del bote y, por mera rutina, verificaron cada detalle en los respectivos equipos de buceo.

—Hoy no llevaremos guantes —resolvió el teniente—. Así se nos caigan las manos en pedazos tenemos que poder emplearlas con la mayor libertad para no cometer torpezas... No, mejor todavía: nadaremos con guantes hasta que estemos cerca del puerto; allí nos los sacamos y dejamos que se vayan al fondo.

Caía la tarde.

—Bueno, ya es hora —indicó Chilavert—. Coloquemos los explosivos dentro de cada bolso.

Estaban ejecutando esa tarea cuando la puerta se abrió con violencia y un grupo numeroso de Guardias Civiles los rodeó, apuntándoles con sus armas.

La Guardia Civil actuó con eficacia a raíz del asalto al Banco. Interrogados sumariamente los testigos, todos coincidieron en que los ladrones eran argentinos: les habían oído tratarse de “vos”, utilizar el consabido “che” y emplear la palabra “recién”.

Una de las medidas dispuestas de inmediato caía de su peso: allanar todas las casas y departamentos alquilados por argentinos en las inmediaciones, es decir en la propia Málaga y localidades próximas, incluida La Línea. La Je-

fatura de Málaga solicitó refuerzos para realizar los múltiples procedimientos de modo casi simultáneo.

Verificada la naturaleza de aquellos panes que manipulaban los argentinos al momento de irrumpir en su casa y secuestradas las espoletas que tenían dispuestas, al oficial a cargo del procedimiento no le cupo duda alguna respecto a haber capturado los ladrones del Banco: de ese Banco cuya caja hiciera volar un grupo de argentinos utilizando explosivo plástico.

El trato recibido por los buzos no fue, precisamente, delicado. Como todas las policías del mundo, la española era ruda. Ni la explicación referida al fanatismo de los argentinos por la pesca submarina, ni siquiera la versión de recambio con que contaban, resultaron en modo alguno aceptables: los explosivos y las espoletas que preparaban cuando fueron sorprendidos constituían testimonios adversos demasiado elocuentes.

Ya en Málaga, Chilavert resolvió por fin hablar con el jefe de la Guardia Civil local. Había cierto imperio y cierto tono de franqueza en su voz que convencieron a quienes lo interrogaban.

—Soy el teniente Facundo Chilavert, de la Armada argentina, señor —se presentó una vez que estuvo a solas con el oficial—. Nuestro país está en guerra con Gran Bretaña, como Ud. no ignora. Llegamos aquí con la misión de hundir barcos ingleses dentro de la base de Gibraltar.

El Guardia Civil lo miró de hito en hito. Dadas sus funciones, cabía presumir que era un buen conocedor de hombres. Se levantó del sillón que ocupaba y, rodeando su escritorio, enfrentó a Chilavert, cuadrándose ante él.

—Le creo, teniente. Haberlo dicho antes —dijo y le tendió la mano.

Alentado por el sesgo de la entrevista, el marino solicitó la libertad de los tres para seguir adelante con la misión que se les había asignado.

—Eso no, teniente. Respeto profundamente vuestra causa y la comparto. Pero está entre mis obligaciones no permitir que en España se lleven a cabo acciones dirigidas contra un país que mantiene relaciones normales con el mío. Actuar de otro modo es lo que le criticamos a Francia con relación a la ETA. Debe usted comprender.

—¿Y qué hará con nosotros?

—No los retendremos. Pero mis hombres han de acompañarlos hasta que embarquen ustedes en el primer avión que salga hacia la Argentina. Además, me dará su palabra de honor en cuanto a que no intentarán escapar.

Chilavert calculó las posibilidades con que contaban para cumplir todavía su misión. Los Guardias Civiles habían secuestrado el bote, los explosivos y sus equipos de buceo: nada se podía hacer ya. Contestó:

—Cuenta con mi palabra, señor.

La curiosa historia de los buzos argentinos que viajaron para sabotear Gibraltar corrió enseguida por la Jefatura de Málaga. *Los Tres Mosqueteros* fueron agasajados sin medida. Comieron opíparamente y respondieron un brindis tras otro.

Entre copa y copa, Loguzzo, apelando a su viveza

criolla, pidió permiso para usar el teléfono.

—Una amiga —explicó con aire cómplice.

Un Guardia lo acompañó hasta el aparato. Marcó los números correspondientes al alojamiento de los técnicos y esperó.

—¡Hola! —dijo cuando atendieron desde el otro extremo de la línea—. ¿Maricarmen? Sí, soy yo... Hemos tenido una pequeña dificultad con la policía, mujer... Sí, nos acompañarán de vuelta a casa...

Eso bastó para que el técnico advirtiera el tipo de dificultades que afrontaban los buzos. Dificultades cuyos detalles precisos ignoraba pero que, fueran los que fueren, determinaban que hubiera que dar la misión por cancelada y emprender vuelo de inmediato.

Ya clareaba cuando, antes de partir en el vehículo que los llevaría a Madrid bajo custodia, Chilavert, Tapia y Loguzzo accedieron a un pedido pintoresco de los Guardias Civiles: fotografiarse juntos, frente al local de la Jefatura.

El 14 de mayo se difundió en Buenos Aires el siguiente comunicado oficial, vinculado con el curso de la guerra:

“En el día de la fecha (7:10) dos aviones *Sea Harrier* ingleses bombardearon la zona de Puerto Argentino siendo repelidos por artillería antiaérea.”

Poco antes de la hora del almuerzo, el almirante Anaya recibió un llamado telefónico del canciller Costa Méndez:

—Hola ¿Almirante Anaya?... Vea, me acaba de llamar el Ministro del Interior de España. Pregunta por un grupo de hombres que habría sido interceptado allí cuando se proponía sabotear la base británica de Gibraltar. Sería

gente de la Armada.

—¿Puede darme los nombres, señor?

—Espere, voy a ver... Sí, aquí están: Santiago Pefauré, Jorge Silveyra y José Atienza.

—En principio, no conozco esos nombres, señor. Lo llamo enseguida para confirmárselo.

El marino se comunicó con Girling, quien le ratificó que todos los participantes del *Operativo Algeciras* estaban de regreso en el país, sanos y salvos. Después, llamó a Costa Méndez por el teléfono policial.

—¿Señor?... Sí, el almirante Anaya. Le confirmo, señor: esos nombres no corresponden a personal de la Armada.

EPÍLOGO

Cuando el Ministro del Interior español se comunicó con el canciller argentino Costa Méndez, todos los involucrados en el *Operativo Algeciras* habían vuelto a Buenos Aires, tal como el almirante Girling informara a Anaya, ante la consulta de éste. El posible incidente diplomático quedó así conjurado y archivados los antecedentes del caso en el Servicio Secreto Naval, rotulados como asunto "Estrictamente Confidencial".

Los explosivos, el bote y los equipos de buceo nunca pudieron ser recobrados.

Pese a la reserva que rodeó el episodio, hasta medios de la marina trascendió la denominación que los bañistas de aquella playa andaluza que le sirviera como base de operaciones aplicaron a Chilavert, Tapia y Loguzzo quienes, en adelante, serían llamados *Los Tres Mosqueteros*.

La Guerra de las Malvinas siguió su arduo trámite. El 21 de mayo, a las 04:00, los hombres del teniente coronel Jones ponían pie en el brazo sur de la Bahía de San Carlos, utilizando vehículos anfibios LCVP desembarcados del ferry *Norland*. Minutos después, en el brazo este, lo hacían los infantes de marina del batallón 40 de comandos, desembarcados del buque de asalto *Pearless*; junto con ellos ganaban la playa tropas de exploración de los

Blues & Royals, provistas de blindados *Scorpion* y *Scimitar*. Con ello tenía comienzo la ofensiva británica al través de la Isla Soledad.

El avance inglés fue rápido y sostenido. Sin embargo, mientras el mismo se llevaba a cabo, varias acciones realizadas por los argentinos contribuirían a que el precio pagado por los vencedores para culminar su campaña resultara inesperadamente alto. Mientras tenía lugar el desembarco de San Carlos, efectivos adelantados del Ejército, a cargo del subteniente Reyes y del teniente Esteban, hostilizaron a los incursores produciéndoles bajas. La Fuerza Aérea, que atacó reiteradamente ese día, hundió la fragata tipo 21 *Ardent* y averió nueve navíos. Fueron derribados tres aviones *Harrier* y destruidos otros tantos helicópteros. Los argentinos sufrieron también graves pérdidas: doce aviones y tres helicópteros.

El 23 de mayo la Fuerza Aérea pierde tres aparatos y el Ejército dos helicópteros; una fragata inglesa es hundida y dos averiadas.

El 24 de mayo caen en combate tres aviones argentinos y dos resultan accidentados; son averiados ocho barcos británicos, una barcaza de desembarco es destruida y —según versión inglesa— muere el piloto de un *Harrier* en misión nocturna.

El 25 de mayo —fecha patria para los argentinos— éstos pierden tres aviones y otro resulta dañado. Pero la Fuerza Aérea hunde el destructor *Coventry* y la Aviación Naval destruye con un *Exocet* el portacontenedores *Atlantic Conveyor*, que llevaba a bordo doce helicópteros *Wessex* y tres helicópteros pesados *Chinook*. Una fragata resulta averiada y derribados dos *Harrier* y dos helicópteros británicos.

Entre el 27 y el 29 de mayo se prolonga el combate

del istmo de Darwin que, con su estrecha lengua de tierra, une dos porciones de la Isla Soledad. Las fuerzas argentinas están al mando del teniente coronel Piaggi —de correctísima actuación— y entre los oficiales que allí estuvieron les cupo papel destacado al subteniente Gómez Centurión, al teniente Esteban —que ya se había batido en San Carlos— al teniente Estévez y al teniente primero Chanampa. La unidad británica que intervino fue el 2º batallón de Paracaidistas, comandado por el teniente coronel Jones que moriría en esa batalla. El mayor Chris Keeble, segundo de Jones, al pedir refuerzos para obtener el éxito que por fin logró, expresaría sumamente contrariado que no tenían sentido “todas esas necedades de que los ‘argies’ no quieren pelear pues están luchando muy duramente”.

El 30 de mayo, en una operación coordinada por la Aviación Naval, dos aviones *Super Etendard* pertenecientes a ésta y cuatro *Skyhawk* de la Fuerza Aérea efectuaron un audaz ataque al portaviones *Invincible*. Luego de un largo viaje que supuso varios reaprovisionamientos en vuelo, las máquinas argentinas aparecieron sobre la nave desde el sur-este, contrariando toda previsión de los marinos ingleses. Uno de los *Super Etendard* disparó un misil *Exocet* mientras los *Skyhawks* se lanzaban tras el cohete, que hizo blanco en la superestructura del portaviones. Tras la explosión del misil, dos de los cazabombarderos argentinos llegaron a descargar sus bombas y cañones contra el buque; los otros dos fueron abatidos por sus defensas, aunque la turbina en llamas de uno de ellos alcanzaría al navío, como una suerte de pesado proyectil suplementario. Los británicos niegan hasta hoy tal ataque.

El 8 de junio fue conocido como “el día más negro de

la flota británica”, que operaba ya próxima a Puerto Argentino. Reiteradas embestidas de los aviones argentinos en Bahía Agradable le ocasionaron durante esa jornada, en efecto, daños de gran magnitud. Mientras los atacantes perdían tres máquinas, los ingleses sufrían las pérdidas siguientes: dos buques logísticos cargados con tropas fueron hundidos —el *Sir Galahad* y el *Sir Tristram*—, al igual que un navío LCU de desembarco, resultaba averiada una fragata y destruido un *Harrier*.

El 12 de junio resultó alcanzada por última vez una nave de la Corona. Un misil *Exocet* fue transformado ingeniosamente de mar/mar en tierra/mar y, disparado desde una rampa construida artesanalmente, hizo impacto en el crucero *Glamorgan* a las 0:30 de ese día.

El fin se aproximaba, no obstante. Los soldados ingleses iban ocupando las alturas inmediatas a la capital de las islas, pese a la resistencia que algunas unidades les oponían y pese a las acciones llevadas a cabo por comandos argentinos.

En las cercanías de Puerto Argentino, el Batallón de Infantería de Marina 5 (BIM-5) comandado por el capitán Robacio, lucharía hasta más allá del límite de sus posibilidades, agotando la munición con que contaba y causando numerosas bajas al adversario. Sorprendentemente, concluida la guerra, un alto jefe militar solicitaría a la Armada que aplicara una sanción a Robacio por... haber demorado largamente el acatamiento a la orden de rendición impartida por el general Menéndez aquel 14 de junio: al serle requerido a ese alto jefe que confirmara por escrito tal solicitud, el mismo prefirió no insistir en su absurda pretensión.

Jorge Tapia se casó con Violeta Bermúdez en mayo de 1983. Mónica Salgado de Chilavert tuvo otra hija en 1984. El suboficial Loguzzo permaneció obstinadamente soltero.

Una férrea amistad siguió vinculando al grupo que constituían *Los Tres Mosqueteros*, quienes no perdieron tampoco la compenetración ni el espíritu adquirido durante la *Operación Algeciras*.

Los combates del archipiélago —que los argentinos no consideran una guerra perdida sino tan sólo la primera batalla librada para recuperarlo— eran ya un recuerdo que combinaba exaltación y dolor en la memoria de los pobladores del país. Pero el cese formal de las hostilidades no había sido firmado entre los beligerantes. Sobre esa base, y fundado quizá también en las peculiares características adquiridas por el equipo que conformaban Chilavert, Tapia y Loguzzo, alguien quiso ver la mano de *Los Tres Mosqueteros* en un hecho ocurrido por esa época, respecto al cual se mantuvo un secreto casi impenetrable.

Por causas desconocidas —quizá de orden técnico— un submarino británico *Trident* recaló al parecer en el puerto chileno de Valparaíso, permaneciendo allí cinco días. Exactamente dieciocho horas después de abandonarlo, el sumergible desapareció en alta mar, sin que se volvieran a tener noticias suyas. La Corona jamás informó sobre tal pérdida, pues el peligro de contaminación que suponen las cabezas nucleares de los misiles con que cuenta ese tipo de naves hubiera causado una gravísima conmoción internacional.

Luego de zarpar el *Trident* de Valparaíso, tres turistas

argentinos regresaron a Buenos Aires en un vuelo regular de *Lan-Chile*. Naturalmente, sus nombres no coincidían con ninguno que figurara en las nóminas correspondientes a personal de la Armada.

“El Retoño”, febrero 4 de 1987

FUENTES

Para escribir la presente novela, el autor declara haber utilizado las fuentes que siguen:

Testimonios directos de quienes protagonizaron algunos de los hechos relatados.

Documentación secreta, que obtuvo por medios que no está autorizado a revelar.

Diarios y revistas de la época.

Sus propios recuerdos.

En cuanto a obras publicadas, consultó éstas:

Evita Montonera, publicación oficial de la Organización Montoneros, Nº 8, año 1975.

Confesiones de un Montonero, de Eugenio Méndez, editorial Sudamericana-Planeta, 1986.

La Guerra Inaudita, de Rubén O. Moro, editorial Pleamar, 1985.

Malvinas - La Trama Secreta, de Oscar R. Cardoso, Ricardo Kirschbaum y Eduardo Van der Kooy, editorial Sudamericana-Planeta, 1983.

Guerra Aérea Sudatlántica, de Jeffrey Ethell y Alfred Price, Instituto de Publicaciones del Centro Naval, 1987.

La Guerra de las Malvinas (versión inglesa y versión argentina), edición en fascículos de José Fernández Reguera, 1986.

Cronología Diaria, anexo a la edición en fascículos antes citada, de Raúl Larra, editor Juan Fernández Reguera, 1986.

Malvinas - Contrahistoria, de Héctor R. Simeoni, editorial Inédita, 1984.

Malvinas a Sangre y Fuego, de Nicolás Kasanzew, editorial Abril, 1983.

Guerra Aérea en las Malvinas, de Benigno Héctor Andrada, Emecé Editores, 1983.

Así Lucharon, de Carlos M. Túrolo (h.), Editorial Sudamericana, 1983.

El Peón de la Reina, de Virginia Gamba, editorial Sudamericana, 1984.

Estrategia: intervención y crisis, de Virginia Gamba, Editorial Sudamericana, 1985.

Comandos en Acción, de Isidoro Ruiz Moreno (h.), Emecé Editores, 1986.

Acciones Terrestres en las Islas Malvinas, de los coroneles Aquiar, Cervo, Machinandiarena, Balza y Dalton, edición del Círculo Militar, 1985.

Los Tigres del Mar, de Jorge Muñoz, ediciones Cruz del Sur, 1985.

Todos los títulos citados corresponden a ediciones o traducciones impresas en la Argentina.

INDICE

PRIMERA PARTE

Operativo Trini

1 - Operativo Trini	21
2 - La guerra sucia	31
3 - Una reunión de guerrilleros	43
4 - Enfrentamiento en "La Damita"	53

SEGUNDA PARTE

Operativo Rosario

1 - Operativo Rosario	67
2 - Entre la vida y la muerte	79
3 - 2 de abril de 1982.....	90
4 - Nace una amistad	103
5 - Las Malvinas recobradas.....	116
6 - Un país unido.....	126

TERCERA PARTE

Operativo Algeciras

1 - Operativo Algeciras	139
2 - El teniente Tapia	150
3 - Una boya de alegres colores	162
4 - Por rutas divergentes	174
5 - A la sombra del peñón.....	185
6 - El día y la noche del 1º de mayo	197
7 - Los tres mosqueteros	207
<i>Epílogo</i>	225
<i>Fuentes</i>	231

Isidoro J. Ruiz Moreno

Comandos en acción

El Ejército en Malvinas

Este interesante y revelador libro relata fielmente las operaciones de las Compañías de Comando del Ejército, integradas únicamente por militares profesionales, en la guerra de las Malvinas. Fue escrito en base a los testimonios de los propios oficiales que estuvieron en la acción. Su autor, el Dr. *Isidoro J. Ruiz Moreno*, es profesor de historia en la Universidad de Buenos Aires en la Escuela Superior de Guerra.

Benigno H. Andrada

Guerra aérea en las Malvinas

La versión directa de los pilotos que intervinieron en los combates, sin omitir los "derribos y fracasos". Un relato emocionante, notable por su vigor y sinceridad. Parece un libro de ficción, pero los hechos fueron patéticamente reales.

Elías Neuman

El patrón

Radiografía de un crimen

Un hachero santiaguense llegó a Buenos Aires con el deseo de progresar. Buscó un patrón que lo protegiera. Encontró, en cambio, a un siniestro carnicero que lo sumergió en una verdadera esclavitud. Un crimen espeluznante realmente sucedido. Por el autor de *Crónica de muertes silenciadas*.

M. Hastings - S. Jenkins

La batalla por las Malvinas

La versión más completa, objetiva y veraz escrita hasta ahora sobre la guerra de las Malvinas, según los comentarios y críticas aparecidos en Londres, Nueva York y Buenos Aires. *Max Hastings*, corresponsal de guerra, estuvo en el teatro de operaciones hasta el final de la lucha; *Simon Jenkins*, columnista político, penetró en Londres en el secreto de los problemas de su gobierno. "Un libro inglés digno de ser leído" (*M. Schönfeld*).

OTROS TÍTULOS

en la misma colección

Martín Alberto Noel

Casi amante

Abel Posse

La reina del Plata

Mabel Pagano

La calle del agua

Teresa y Hugo Caballero

Ósmosis

Angélica Gorodischer

Jugo de mango

Ernesto Schóo

El placer desbocado

María Esther Vázquez

Desde la niebla

Diana Piazzola

Astor

Juan Forn
Corazones cautivos más arriba

Silvina Bullrich
Cuando cae el telón
La creciente

Eduardo Gudiño Kieffer
Para comerte mejor
Nombres de mujer
Kérkyra, Kérkyra

Abel Posse
Los perros del paraíso
Los demonios ocultos

Gloria Lenardón
La reina mora

Nicolás Cócaro
Las cautivas del mariscal
Juntadores de maíz

Ricardo Kunis
Ciudadanos furtivos

Pedro Arenas Zaefferer
Mundos paralelos

6B1/91.7E

PQ7798.17 A4706 1989
Gallardo, Juan Luis.
Operacion Algeciras

UNIVERSITY OF CA. RIVERSIDE LIBRARY



3 1210 00735 6346

“Al almirante Anaya le agradaba tratar con Girling: su pragmatismo heredado de un bisabuelo inglés, su robusto sentido común, le ayudaban a aclarar sus propias ideas, a moderar ciertos arrebatos.

— Lo que propongo es golpear en Europa.

— ¿Exactamente con qué fin?

— Suponga que tengamos éxito en la operación: los europeos advertirán que, así como los que actuamos fuimos nosotros, bien pudieron haber sido los rusos; y caerán en la cuenta de que los buques destinados a protegerlos de los rusos están a miles de millas de Europa, cerca del Polo Sur... Sentirán que esta guerra los afecta, o los puede afectar... y presionarán para que los buques regresen.

— ¿En qué lugar de Europa golpearía?

— En Gibraltar.

Operación Algeciras es la nueva novela, ágil y entretenida, de **Juan Luis Gallardo**, basada en un episodio real poco conocido de la guerra de las Islas Malvinas.



9

789500 408639

11.223

I.S.B.N.: 950.04.0863-5